Aristoteles y Dante descubren los secretos del universo

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

GANADOR DEL PREMIO
PEN/FAULKNER DE FICCIÓN

13

Aristóteles es introvertido y tímido. Dante es transparente y expresivo. Por motivos que parecen escapar a toda razón, estos dos chicos de diecisiete años se encuentran y construyen una amistad entrañable que les permitirá redefinir el mundo del otro y aprender a creer en ellos mismos para descubrir los secretos del universo. El escritor multipremiado, Benjamin Alire Sáenz, explora la lealtad y la confianza entre dos jóvenes que están aprendiendo a ser adultos en un escenario fronterizo tan mexicano como estadounidense. Juntos deberán crecer al mismo tiempo en que se adaptan a una sociedad que también está búsqueda, identidad.

Benjamin Alire Sáenz

Aristóteles y Dante descubren los secretos del universo

Título original: *Aristotle and Dante Discover the Secrets of the Universe*
Benjamin Alire Sáenz, 2012
Traducción: Sonia Verjovsky Paul

Retoque de cubierta: Titivillus

Revisión: 1.0
27/04/2017

Para todos los chicos que han tenido que aprender a jugar con otras reglas

Agradecimientos

Lo pensé dos veces antes de escribir este libro. Es más, después de terminar el primer capítulo más o menos, casi había decidido abandonar el proyecto. Sin embargo, tengo la suerte y la bendición de estar rodeado de personas comprometidas, valientes, talentosas e inteligentes que me inspiraron a terminar lo que comencé. Este libro no lo habría escrito sin ellos. Así que aquí está mi breve y sin duda incompleta lista de personas a las que quisiera agradecer: Patty Moosebrugger, gran agente, gran amiga; Daniel y Sasha Chacon, por su gran afecto y su opinión de que necesitaba escribir este libro; para Héctor, Annie, Ginny y Bárbara, que siempre estuvieron ahí; mi editor, David Gale, quien creyó en su libro, y el equipo completo de Simon & Schuster, en especial Navah Wolf; mis colegas del departamento de Escritura Creativa, cuyo trabajo y generosidad me retan constantemente a ser mejor escritor y mejor persona; y finalmente, quisiera agradecer a mis estudiantes, pasados y presentes, que me recuerdan que el lenguaje y la escritura importarán siempre. Mi gratitud a todos ustedes.

¿Por qué sonreímos? ¿Por qué reímos? ¿Por qué nos sentimos solos? ¿Por qué estamos tristes y confundidos? ¿Por qué leemos poesía? ¿Por qué lloramos cuando vemos una pintura? ¿Por qué se alborota nuestro corazón cuando amamos? ¿Por qué sentimos vergüenza? ¿Qué es esa cosa en las entrañas llamada «deseo»?

Las otras reglas
del verano

El problema con mi vida
era que se le había ocurrido a alguien más.

Uno

Una noche de verano me quedé dormido con la esperanza de que el mundo sería otro cuando despertara. En la mañana, cuando abrí los ojos, el mundo era el mismo. Me quité las sábanas y me quedé acostado mientras el calor se filtraba por mi ventana abierta.

Mi mano alcanzó el disco del radio. Tocaban «Alone». Mierda; «Alone»; una canción de un grupo llamado Heart. No era mi canción favorita. No era mi banda favorita. No era mi tema favorito. *«You don't know how long…»*

Tenía quince años.

Estaba aburrido.

Me sentía miserable.

Si por mí fuera, el sol podría haberle derretido todo el azul al cielo. Así el cielo podría sentirse tan miserable como yo.

El DJ estaba diciendo cosas fastidiosas y obvias como: «¡Ya es verano! ¡Qué calor hace afuera!». Y luego ponía esa pista retro de *El Llanero Solitario*, algo que le gustaba poner todas las mañanas porque pensaba que era una manera genial de despertar al mundo. «¡Hi-Yo, Silver!». ¿Quién contrató a este tipo? Me estaba matando. Creo que se suponía que mientras escuchábamos la «Obertura» de *Guillermo Tell*, debíamos imaginar al Llanero Solitario y a Toro cabalgando por el desierto con sus caballos. Quizás alguien le debería de haber dicho al tipo que ya no teníamos diez años. «¡Hi-Yo, Silver!». Mierda. La voz del DJ estaba al aire otra vez: «¡Despierta, El Paso! ¡Es lunes 15 de junio de 1987! ¡1987! ¿Lo pueden creer? ¡Y hoy mandamos muchas felicitaciones a Waylon Jennings, quien cumple cincuenta años!». ¿Waylon Jennings? ¡Era una estación de rock, maldita sea! Pero entonces dijo algo que sugería que quizá tenía un cerebro.

Contó la historia de cómo Waylon Jennings sobrevivió al choque de avión que mató a Buddy Holly y a Richie Valens. Con eso, puso la versión de «La bamba» de Los Lobos.

«La bamba». Con esa me las podía ingeniar.

Golpeé mis pies descalzos contra el piso de duela. Mientras seguía el ritmo con el movimiento de mi cabeza, me empecé a preguntar qué había pasado por la mente de Richie Valens antes de que el avión se estrellara contra el despiadado suelo. «¡Oye, Buddy! Se acabó la música».

Que la música se acabe tan pronto. Que la música se acabe tan pronto cuando apenas comenzó. Qué cosa tan triste.

Dos

Entré a la cocina. Mi mamá preparaba el almuerzo para una reunión con sus amigas-de-la-iglesia. Me serví un vaso de jugo de naranja.

Mi mamá me sonrió.

—¿Vamos a dar los buenos días?

—Lo estoy pensando —dije.

—Bueno, por lo menos lograste levantarte de la cama.

—Lo tuve que pensar un buen rato.

—¿Qué pasa con los niños y el sueño?

—Nos sale bien. —Eso la hizo reír—. De todos modos, no estaba durmiendo. Estaba escuchando «La bamba».

—Richie Valens —dijo casi murmurando—. Tan triste.

—Igual que tu Patsy Cline.

Asintió. A veces la encontraba cantando esa canción, «Crazy», y sonreía. Y ella sonreía. Era como si compartiéramos un secreto. Mi mamá. Tenía linda voz.

—Los accidentes aéreos —murmuraba mi madre. Creo que hablaba más sola que conmigo.

—Richie Valens habrá muerto joven… pero hizo algo. O sea, *de verdad hizo algo*. ¿Y yo? ¿Yo qué he hecho?

—Tienes tiempo —dijo—. Hay mucho tiempo.

La eterna optimista.

—Pues, primero hay que volverse persona —dije.

Me miró con extrañeza.

—Tengo quince años.

—Sé cuántos años tienes.

—Los quinceañeros no contamos como gente.

Mi mamá se rio. Era maestra de preparatoria. Yo sabía que estaba más o menos de acuerdo conmigo.

—¿Y de qué se trata la gran reunión?

—Estamos reorganizando el banco de alimentos.

—¿Banco de alimentos?

—Todos deben comer.

A mi mamá le apasionaban los pobres. Lo había vivido. Sabía cosas sobre el hambre que yo nunca conocería.

—Sí —dije—. Supongo.

—¿Quizá nos puedas ayudar?

—Claro —dije. Odiaba que me ofrecieran de voluntario. El problema con mi vida era que se le había ocurrido a alguien más.

—¿Qué vas a hacer hoy? —sonaba como un desafío.

—No me voy a ir con una pandilla.

—No es gracioso.

—Soy mexicano. ¿No es lo que hacemos?

—*No* es gracioso.

—No es gracioso —dije—. Va, no es gracioso.

Me dieron ganas de salir de casa. No es que tuviera algún lugar adónde ir.

Cuando mi mamá invitaba a sus amigas-de-la-iglesia, sentía como que me sofocaba. No era tanto que todas sus amigas tuvieran más de cincuenta años; no se trataba de eso. Ni siquiera todos los comentarios sobre cómo me estaba volviendo hombre frente a sus ojos. O sea, reconocía las tonterías cuando las escuchaba. Y en cuanto a las tonterías, estas eran del tipo lindo, inocuo, cariñoso. Podía tolerar que me tomaran por los hombros y me dijeran: «Déjame verte. Déjame ver. Ay, qué muchacho tan guapo. Te pareces a tu papá». No porque hubiera mucho que ver. Solo era yo. Y sí, sí, me parecía a mi papá. No sentía que fuera algo tan grandioso.

Pero lo que de verdad me sacaba de quicio era que mi mamá tenía más amigos que yo. ¿Así o más patético?

Decidí ir a nadar a la alberca de Memorial Park. Era una pequeña ocurrencia. Pero al menos era mía.

Cuando estaba saliendo por la puerta, mi mamá tomó la toalla vieja que

me había echado al hombro y la cambió por una mejor. En el mundo de mi madre había ciertas reglas relacionadas con las toallas que yo simplemente no entendía. Pero las reglas no paraban en las toallas.

Miró mi camiseta.

Reconocía una mirada de desaprobación cuando la veía. Antes de que me obligara a cambiarme, le lancé una de mis propias miradas.

—Es mi camiseta favorita —le dije.

—¿No la usaste ayer?

—Sí —le dije—. Es Carlos Santana.

—Sé quién es —me dijo.

—Papá me la dio de cumpleaños.

—Si bien me acuerdo, no parecías tan entusiasmado cuando abriste el regalo de papá.

—Esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa?

—No sé. Otra cosa. ¿Una camiseta para mi cumpleaños? —Miré a mamá—. Supongo que simplemente no lo entiendo.

—No es tan complicado, Ari.

—No habla.

—A veces, cuando la gente habla, no siempre dice la verdad.

—Supongo —le dije—. En fin, ya me encanta esta camiseta.

—Se nota. —Estaba sonriendo.

También yo estaba sonriendo.

—Papá la consiguió en su primer concierto.

—Yo estaba ahí. Lo recuerdo. Está vieja y andrajosa.

—Soy sentimental.

—Sí, cómo no.

—Mamá, es verano.

—Sí —dijo—, sí es verano.

—Otras reglas —le dije.

—Otras reglas —repitió.

Me encantaban las otras reglas del verano. Mi madre las toleraba.

Extendió su mano y pasó sus dedos por mi pelo.

—Prométeme que no te la pondrás mañana.

—Está bien —le dije—. Lo prometo. Pero solo si me prometes que no las vas a meter a la secadora.

—Puede ser que deje que la laves tú solo —me sonrió—. No te ahogues.

Le devolví la sonrisa.

—Si me ahogo, no regales a mi perro.

Lo del perro era broma. No teníamos uno.

Mi mamá. Ella entendía mi sentido del humor. Yo entendía el suyo. Éramos buenos en ese sentido. No es que no fuera misteriosa de alguna manera. Algo que yo entendía *por completo*: entendía por qué mi papá se enamoró de ella. Por qué ella se enamoró de mi padre era algo que todavía no me cabía en la cabeza. Una vez, cuando tenía como seis o siete años, estaba superenojado con mi papá porque quería que jugara conmigo y él parecía tan distante. Era como si yo ni siquiera estuviera ahí. Le pregunté a mi mamá con toda mi rabia de niño: «¿Cómo te pudiste casar con ese tipo?».

Me sonrió y pasó sus dedos por mi pelo. Eso siempre fue lo suyo. Me miró directamente a los ojos y me dijo con calma: «Tu padre era hermoso». Ni siquiera lo dudó.

Quería preguntarle qué le había pasado a toda esa belleza.

Tres

Cuando salí hacia el calor del día, hasta las lagartijas sabían que no había que estar reptando por ahí. Los parches alquitranados en las grietas de la calle se derretían. El azul del cielo era pálido y se me ocurrió que quizá todos habían escapado de la ciudad y su calor. O quizá todos murieron como en una de esas pelis de ciencia ficción, y yo era el último chico en la Tierra. Pero justo cuando me pasó esa idea por la cabeza, una banda de tipos que vivían en el barrio pasó junto a mí en sus bicis, haciéndome desear que *sí* fuera el último chico sobre la Tierra. Se reían y mataban el tiempo y parecía que se la estaban pasando muy bien. Uno de los tipos me gritó:

—¡Oye, Mendoza! ¿Estás pasando un rato con todos tus amigos?

Los saludé con la mano, fingiendo tomarlo con espíritu deportivo, *ja, ja, ja*. Y luego les hice un gesto obsceno.

Uno de los tipos se detuvo, se volteó y comenzó a girar alrededor de mí en su bicicleta.

—¿Quieres volver a hacer eso? —preguntó.

Le volví a hacer el gesto.

Detuvo su bicicleta justo frente a mí y trató de sostener mi mirada.

No funcionó. Yo sabía quién era. Su hermano, Javier, se había metido conmigo una vez. Le di una paliza. Enemigos de por vida. No me arrepentía. Sí, bueno, era irascible. Lo admito.

Puso voz de malo. Como si me asustara.

—No te metas conmigo, Mendoza.

Le volví a hacer un gesto obsceno y le apunté el dedo a la cara como si fuera una pistola. Salió disparado en su bici. Muchas cosas me daban miedo, pero no los tipos como él.

La mayoría de los chicos no se meten conmigo. Ni siquiera los tipos que daban la vuelta en jaurías. Me volvieron a pasar en sus bicis, gritándome cosas. Todos tenían trece y catorce años, y meterse con tipos como yo solo era un juego para ellos. Mientras se desvanecían sus voces, comencé a sentir lástima por mí mismo.

Sentir lástima por mí mismo era todo un arte. Creo que a una parte de mí le gustaba hacer eso. Quizá tenía algo que ver con mi orden de nacimiento. Creo que eso tenía que ver, ¿sabes? No me gustaba el hecho de ser un seudohijo único. No sabía de qué otra manera considerarme. Era hijo único sin serlo en realidad. Eso apestaba.

Mis hermanas gemelas me llevaban doce años. Doce años era toda una vida. Lo juro que lo era. Y siempre me habían hecho sentir como un bebé, o un juguete, o un proyecto, o una mascota. De verdad me gustan los perros, pero a veces me daba la sensación de solo ser la mascota del equipo. Es decir, esa palabra que se refiere a los animales que sirven de compañía a la familia. *Mascota*. Estupendo. Ari, la mascota de la familia.

Y mi hermano era once años mayor que yo. Era incluso menos accesible para mí que mis hermanas. Ni siquiera podía mencionar su nombre. ¿A quién demonios le gusta hablar de sus hermanos mayores que están en la cárcel? No a mi mamá ni a mi papá, sin duda. Tampoco a mis hermanas.

Quizá todo ese silencio sobre mi hermano me hizo algo. Creo que lo hacía. No hablar puede hacer que un chico se vuelva bastante solitario.

Mis papás eran jóvenes y apenas se mantenían a flote cuando nacieron mis hermanas y mi hermano. «Mantenerse a flote» era la expresión favorita de mis padres. En algún momento, después de tener tres hijos y tratar de terminar la universidad, mi papá se unió a la infantería de Marina. Y luego se fue a la guerra.

La guerra lo cambió.

Yo nací cuando volvió a casa.

A veces pienso que mi papá tiene un montón de cicatrices. En su corazón. En su cabeza. Por todos lados. No es cosa fácil ser hijo de un hombre que se fue a la guerra. Cuando tenía ocho años, escuché a mi mamá hablar con mi tía Ofelia por teléfono. «Creo que la guerra no terminará jamás para él». Después le pregunté a mi tía Ofelia si eso era cierto.

—Sí —dijo—. Es cierto.

—¿Pero por qué la guerra no deja en paz a mi papá?

—Porque tu papá tiene una conciencia —dijo.

—¿Qué le pasó en la guerra?

—Nadie lo sabe.

—¿Por qué no lo cuenta?

—Porque no puede.

Así que así era. Cuando tenía ocho años, no sabía nada sobre la guerra. Ni siquiera sabía lo que era una conciencia. Lo único que sabía era que a veces mi papá estaba triste. Odiaba que estuviera triste. Me hacía sentir triste también. No me gustaba lo triste.

Así que era el hijo de un hombre que tenía a Vietnam viviendo dentro de él. Sí, tenía todo tipo de razones trágicas para sentir lástima por mí mismo. Tener quince años no ayudaba. A veces pensaba que tener quince años era la peor tragedia de todas.

Cuatro

Cuando llegué a la alberca, me tuve que dar un duchazo. Esa era una de las reglas. Sí, reglas. Odiaba ducharme con un montón de otros tipos. No sé, simplemente no me gustaba. Ya sabes, a algunos tipos les gustaba hablar mucho, como si fuera normal estar en la ducha con un montón de tipos y hablar sobre el maestro que odiabas o la última película que viste o la chica con la querías hacer algo. Yo no tenía nada qué decir. Tipos en la ducha. No era lo mío.

Caminé a la alberca, y me senté del lado bajito, y metí los pies en el agua.

¿Qué haces en una alberca cuando no sabes nadar? Aprender. Supongo que esa era la respuesta. *Sí* había logrado enseñarle a mi cuerpo a mantenerse a flote en el agua. De alguna manera me había tropezado con algún principio de la física. Y lo mejor de todo era que había hecho el descubrimiento yo solo.

Yo solo. Estaba enamorado de esa frase. No era muy bueno para pedir ayuda, una mala costumbre que heredé de mi padre. Y, de todos modos, los instructores de natación que se hacían llamar «salvavidas» apestaban. No les interesaba mucho enseñarle a un mocoso flaquito de quince años a nadar. Lo que sí les interesaba bastante eran las chicas a las que de repente les habían brotado senos. Estaban obsesionados con los senos. Esa es la verdad. Escuché a uno de los salvavidas hablar con otro de los salvavidas mientras se suponía que debía estar observando a un grupo de niñitos.

—Una chica es como un árbol cubierto de hojas. Solo te dan ganas de escalarla y arrancarle todas esas hojas.

El otro tipo se rio.

—Eres un idiota —le dijo.

—No, soy un poeta —dijo—. Un poeta del cuerpo.

Y después los dos estallaron en carcajadas.

Sí, claro, esos dos eran Walt Whitman en ciernes. Verás, el tema con los chicos era que en realidad no me gustaba estar cerca de ellos. O sea, los chicos me incomodaban. No sabía por qué, no exactamente. Solo que, no sé, no pertenecía. Creo que lo que me avergonzaba por completo era que yo era un tipo. Y de verdad me deprimía que hubiera la clara posibilidad de crecer y volverme como uno de esos imbéciles. ¿Una chica es como un árbol? Sí, ese tipo era tan listo como un trozo de leña infestado de termitas. Mi mamá diría que solo era una etapa. Sus cerebros pronto regresarían. Sí, como no.

Quizá la vida *sí* era solo una serie de etapas; una etapa tras otra tras otra. Quizá en un par de años yo estaría pasando por la misma etapa que esos salvavidas de 18 años. No es que de verdad creyera en la teoría de etapas de mi mamá. No me sonaba como una explicación; me sonaba como un pretexto. Creo que mi mamá no entendía todo el rollo de los chicos. Tampoco yo entendía todo el rollo de los chicos. Y eso que era un chico.

Tenía la sensación de que algo estaba mal conmigo. Supongo que era un misterio hasta para mí mismo. Eso apestaba. Tenía problemas serios.

Una cosa era segura: de ninguna manera iba a pedirle a uno de esos idiotas que me echara la mano con la natación. Mejor estar solo y miserable. Mejor ahogarse.

Así que me quedaba solo y trataba de flotar. No es que me estuviera divirtiendo.

Fue ahí cuando escuché su voz, medio chillona: «Yo te puedo enseñar a nadar».

Me moví al lado de la alberca y me levanté en el agua, entrecerrando los ojos con la luz del sol. Se sentó en la orilla de la alberca. Lo miré con suspicacia. Si un tipo se estaba ofreciendo para enseñarme a nadar, entonces de seguro era otro perdedor. ¿Dos perdedores? ¿Qué tan divertido podía ser eso?

Una de mis reglas era que más valía estar aburrido solo que aburrido con otro. Básicamente vivía por esa regla. Quizá por eso no tenía amigos.

Me miró. Esperaba. Y luego me volvió a preguntar:

—Te puedo enseñar a nadar, si quieres.

Como que me gustó su voz. Sonaba como que estaba resfriado; ya sabes, como que estaba a punto de perder la voz.

—Hablas raro —le dije.

—Alergias —me dijo.

—¿Alérgico a qué?

—Al aire —dijo.

Eso me hizo reír.

—Mi nombre es Dante —dijo.

Eso solo me hizo reír más.

—Lo siento —dije.

—Está bien. La gente se ríe de mi nombre.

—No, no —le dije—. Es que da la casualidad de que me llamo Aristóteles.

Sus ojos se iluminaron. O sea, el tipo estaba listo para escuchar toda palabra que dijera.

—Aristóteles —repetí.

Y luego los dos nos pusimos un poquito locos. Riendo.

—Mi papá es profesor de inglés —dijo.

—Por lo menos tienes un pretexto. Mi papá es cartero. *Aristóteles* es el nombre de mi abuelo.

Y luego pronuncié el nombre de mi abuelo con un acento bien formal y mexicano: «Aristótiles».

—Y mi primer nombre es *Ángel*.

Y luego lo volví a pronunciar: «Ángel».

—¿Te llamas Ángel Aristóteles?

—Sí. Ese es mi nombre.

Nos volvimos a reír. No podíamos parar. Me pregunté de qué nos reíamos. ¿Era solo por nuestros nombres? ¿Nos reíamos porque sentíamos alivio? ¿Estábamos felices? La risa era otro de los misterios de la vida.

—Solía decirle a la gente que mi nombre era Dan. O sea, ya sabes, solo quitaba dos letras. Pero paré de hacerlo. No era honesto. Y de todos modos, siempre me descubrían. Y me sentía como un mentiroso y un idiota. Me avergonzaba de mí mismo por avergonzarme de mí mismo. No me gustaba

sentirme así. —Se encogió de hombros.

—Todos me dicen «Ari» —le dije.

—Es un placer, Ari.

Me gustó cómo dijo: *«Es un placer, Ari»*. Como si lo dijera sinceramente.

—Está bien —le dije—. Enséñame a nadar.

Supongo que lo dije como si le estuviera haciendo un favor. O no lo notó, o no le importó.

Dante era un maestro muy preciso. Era un nadador de verdad; entendía todo sobre los movimientos de los brazos y las piernas, y la respiración; entendía cómo funcionaba un cuerpo mientras estaba en el agua. El agua era algo que adoraba, algo que respetaba. Entendía su belleza y sus peligros. Hablaba de nadar como si fuera una forma de vida. Tenía quince años. ¿Quién era este tipo? Parecía un poco frágil… pero no lo era. Era disciplinado, y rudo, y conocedor; y no fingía ser estúpido y ordinario. No era ninguna de esas dos cosas.

Era divertido y centrado y feroz. O sea, el tipo podía ser feroz. Y no tenía gota de crueldad. Yo no entendía cómo podías vivir en un mundo cruel y que nada de esa crueldad se te pegara. ¿Cómo podría vivir un tipo sin un poco de crueldad?

Dante se volvió un misterio más en un universo lleno de misterios.

Todo ese verano nadamos y leímos cómics, y leímos libros y discutimos sobre ellos. Dante tenía todos los viejos cómics de *Superman* de su padre. Le encantaban. También le gustaba *Archie y Verónica*. Yo odiaba esa mierda.

—No es mierda —dijo.

A mí, a mí me gustaban *Batman*, *Spider-Man* y *Hulk, el hombre increíble*.

—Demasiado oscuro —dijo Dante.

—Lo dice un tipo que ama el *Corazón de las tinieblas* de Conrad.

—Eso es distinto —dijo—. Conrad escribía literatura.

Yo me la pasaba discutiendo que los cómics también eran literatura. Pero para un tipo como Dante, la literatura era un asunto muy serio. No recuerdo haber ganado jamás un argumento con él. Era incluso mejor para

debatir. También era mejor lector. Por él leí el libro de Conrad. Cuando lo terminé de leer, le dije que lo había odiado.

—Excepto —le dije— que es cierto. El mundo es un lugar oscuro. Conrad tiene razón en eso.

—Quizá tu mundo, Ari, pero no el mío.

—Sí, sí —le dije.

—Sí, sí —me dijo.

La verdad es que le mentí. Me encantó el libro. Pensé que era la cosa más hermosa que jamás hubiera leído. Cuando mi padre vio lo que estaba leyendo, me dijo que era uno de sus libros favoritos. Quería preguntarle si lo había leído *antes* o *después* de pelear en Vietnam. No tenía sentido hacerle preguntas a mi padre. Nunca las contestaba.

Yo tenía la idea de que Dante leía porque le gustaba leer. Yo leía porque no tenía otra cosa qué hacer. Él analizaba las cosas. Yo solo las leía. Tengo la sensación de que yo tenía que buscar más palabra en el diccionario que él.

Yo era más oscuro que él. Y no estoy hablando solo sobre el color de nuestra piel. Me dijo que yo tenía una visión trágica de la vida.

—Por eso te gusta *Spider-Man*.

—Solo soy más mexicano —le dije—. Los mexicanos son gente trágica.

—Puede ser —dijo.

—Eres el estadounidense optimista.

—¿Es un insulto?

—Puede ser —le dije.

Nos reímos. Siempre nos reíamos.

No éramos parecidos, Dante y yo. Pero sí teníamos unas cuantas cosas en común. Para empezar, a ninguno de los dos nos dejaban mirar la tele durante el día. A nuestros padres no les gustaba lo que la televisión le hacía a la mente de un chico. Los dos habíamos crecido con sermones que sonaban más o menos así: «¡Eres un niño! ¡Sal y haz algo! Hay un mundo entero allá fuera que te espera»…

Dante y yo éramos los últimos dos chicos en Estados Unidos que crecieron sin tele. Un día me preguntó:

—¿Crees que nuestros papás tiene razón, que hay todo un mundo allá

fuera que nos espera?

—Lo dudo —dije.

Se rio.

Luego tuve esta idea.

—Subamos al autobús y veamos qué hay ahí fuera.

Dante sonrió. Los dos nos enamoramos de viajar en autobús. A veces andábamos en autobús toda la tarde. Le dije a Dante:

—Los ricos no andan en autobús.

—Por eso nos gusta.

—Puede ser —le dije—. ¿Somos pobres?

—No —luego sonrió—. Si escapáramos de casa, entonces los dos seríamos pobres.

Pensé que había dicho algo muy interesante.

—¿Lo harías alguna vez? —pregunté—. ¿Escaparte?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro.

—Estoy loco por mi mamá y mi papá.

Eso de verdad me hizo sonreír. Nunca había escuchado a nadie decir eso sobre sus padres. O sea, nadie estaba loco por sus padres. Excepto Dante.

Y luego me susurró en el oído.

—Esa señora dos asientos adelante de nosotros. Me parece que está teniendo un aventurilla.

—¿Cómo lo sabes? —susurré.

—Se quitó el anillo de bodas mientras se subía al autobús.

Asentí y sonreí.

Inventábamos historias sobre la otra gente que iba en el autobús.

Nunca he estado muy cerca que digamos a otra gente. Básicamente era un solitario. Había jugado básquet y beisbol y hecho el rollo de los niños exploradores, pero siempre guardé mi distancia de los demás chicos. Nunca me sentí como si fuera parte de su mundo.

Chicos. Los miraba. Los estudiaba.

A fin de cuentas, no encontraba que la mayoría de los tipos que me

rodeaba fuera muy interesante. De hecho, me disgustaban bastante.

Quizá era un poco arrogante. Pero no creo que lo fuera. Solo que no entendía cómo hablar con ellos, cómo ser yo mismo alrededor de ellos. Estar con otros chicos no me hacía sentir más listo. Estar con otros chicos me hacía sentir estúpido e inadecuado. Era como si todos fueran parte de un club y que yo no era miembro.

Cuando tuve la edad para ir a los niños exploradores, le dije a mi papá que no lo haría. Ya no lo podía soportar.

—Pruébalo un año —dijo.

Mi papá sabía que a veces me gustaba pelear. Siempre me estaba dando sermones sobre la violencia física. Trataba de mantenerme alejado de las pandillas de la escuela. Trataba de evitar que me convirtiera en alguien como mi hermano, que acabó en la cárcel. Así que por mi hermano, cuya existencia ni siquiera era reconocida, yo tenía que ser un buen niño explorador. Eso apestaba. ¿Por qué tenía que ser un buen chico solo porque tenía un hermano que era un mal chico? Odiaba la manera en que mi mamá y papá hacían los cálculos familiares.

Le seguí la corriente a mi papá. Lo intenté un año. Lo odiaba, excepto cuando aprendí a hacer RCP. O sea, no me gustó la parte que tenía que ver con respirar en la boca de otra persona. Eso como que me ponía los pelos de punta. Pero por alguna razón, todo eso me fascinaba, cómo podías lograr que un corazón comenzara a latir otra vez. Pero después de que me dieron un parche por aprender a resucitar a alguien, lo dejé. Vine a casa y le di el parche a mi papá.

—Creo que estás cometiendo un error. —Eso fue lo único que dijo mi papá.

«No voy a terminar en el bote». Eso es lo que le quería decir. En vez de ello, solo fanfarroneé:

—Si me obligas a regresar, te juro que voy a empezar a fumar yerba.

Mi papá me miró con extrañeza.

—Es tu vida —dijo. Como si de verdad eso fuera cierto.

Y otra cosa sobre mi padre: no daba sermones. No de verdad. Cosa que me reventaba. Hablaba con oraciones muy breves: «Es tu vida». «Inténtalo». «¿Seguro que quieres hacer eso?». ¿Por qué no podía hablar y

ya? ¿Cómo se suponía que lo debía conocer cuando no me dejaba? Odiaba eso.

Me iba lo suficientemente bien. Tenía amigos en la escuela. Más o menos. No era increíblemente popular. ¿Cómo podría serlo? Para ser increíblemente popular tenías que hacer que la gente creyera que eras divertido e interesante. Simplemente no era un timador a ese grado.

Había un par de tipos con los que solía llevarme, los hermanos Gómez. Pero se fueron a vivir a otro lado. Y había un par de chicas, Gina Navarro y Susie Byrd, a las que les gustaba atormentarme como pasatiempo. Chicas. Eran un misterio también. Todo era un misterio.

Supongo que no me iba tan mal. Quizá no todos me amaban, pero tampoco era uno de esos chicos a los que todos odiaban.

Era bueno para pelear. Así que la gente me dejaba solo.

Era más que nada invisible. Creo que me gustaba así.

Y luego llegó Dante.

Cinco

Después de mi cuarta lección de natación, Dante me invitó a su casa. Vivía a menos de una cuadra de la alberca, en una vieja casona frente al parque.

Me presentó a su padre, el profesor de inglés. Nunca había a conocido a un chicano que fuera profesor de inglés. No sabía que existieran. Y en realidad ni parecía profesor. Era joven, y guapo, y relajado, y parecía que una parte de él todavía era niño. Parecía un hombre enamorado de estar vivo. Tan distinto de mi padre, que siempre guardó su distancia del mundo. Había una oscuridad en mi padre que yo no entendía. El padre de Dante no tenía oscuridad alguna en él. Hasta sus ojos negros parecían estar llenos de luz.

Esa tarde, cuando conocí al padre de Dante, él llevaba unos jeans y una camiseta, y estaba sentado en una silla de piel en su oficina, mientras leía un libro. Nunca había conocido a alguien que en efecto tuviera una oficina en su propia casa.

Dante se acercó a su padre y lo besó en la mejilla. Yo nunca habría hecho eso. Nunca.

—No te rasuraste esta mañana, papá…

—Es verano —dijo su papá.

—Eso significa que no tienes que trabajar.

—Eso significa que tengo que terminar de escribir mi libro.

—Escribir un libro no es trabajo.

El padre de Dante ser rio con ganas cuando dijo eso.

—Tienes mucho que aprender sobre el trabajo.

—Es verano, papá. No quiero oír hablar del trabajo.

—Nunca quieres oír hablar del trabajo.

A Dante no le gustó hacia dónde se dirigía la conversación, así que trató

de cambiar el tema.

—¿Te vas a dejar crecer la barba?

—No —se rio—. Da demasiado calor. Y además, tu mamá no me besa si paso más de un día sin rasurarme.

—Guau, qué estricta.

—Sí.

—¿Y qué harías sin sus besos?

Esbozó una amplia sonrisa, luego alzó la mirada hacia mí.

—¿Cómo soportas a este tipo? Tú debes ser Ari.

—Sí, señor.

Estaba nervioso. No estaba acostumbrado a conocer a los padres de nadie. La mayoría de los padres que había conocido en mi vida no estaban tan interesados en hablar conmigo.

Se levantó de su silla y bajó su libro. Caminó hasta mí y me dio la mano.

—Yo soy Sam —dijo—. Sam Quintana.

—Es un placer, señor Quintana.

Había escuchado esa frase, «es un placer», miles de veces. Cuando Dante me la dijo, sonó verdadero. Pero cuando yo lo dije, me sentí tonto y poco original. Quería esconderme en algún lado.

—Me puedes decir Sam —dijo.

—No puedo —dije. Dios, me quería esconder.

Asintió.

—Eso es muy dulce —dijo—. Y respetuoso.

La palabra «dulce» no había pasado jamás por los labios de mi papá.

Le lanzó una mirada a Dante.

—El joven es respetuoso. Quizá puedas aprender algo de él, Dante.

—¿O sea que quieres que te diga «señor Quintana»?

Los dos contuvieron las ganas de reírse. Volteó su atención de nuevo hacia mí.

—¿Cómo va la natación?

—Dante es un buen maestro —dije.

—Dante es bueno para muchas cosas. Pero no es muy bueno para limpiar su cuarto. Limpiar su cuarto se relaciona demasiado a la palabra

«trabajo».

Dante le lanzó una mirada.

—¿Qué estás insinuando?

—Eres muy veloz, Dante. Seguro lo heredaste de tu mamá.

—No te pases de listo, papá.

—¿Cómo dijiste?

—¿Te ofende la palabra?

—No es la palabra. Quizá sea la actitud.

Dante entornó los ojos y se sentó en la silla de su padre. Se quitó los tenis.

—No te pongas muy cómodo —apuntó hacia arriba—. Hay una pocilga allá arriba que lleva tu nombre.

Me hizo sonreír, la manera en que se llevaban, la manera relajada y afectuosa con la que se hablaban uno al otro, como si el amor entre padre e hijo fuera sencillo y sin complicaciones. Mi mamá y yo… A veces lo que había entre nosotros era relajado y sin complicaciones. A veces. Pero yo y mi papá no teníamos eso. Me pregunté cómo sería eso, entrar a una habitación y darle un beso a mi padre.

Fuimos arriba y Dante me mostró su cuarto. Era una habitación grande de techo alto y pisos de duela y muchas ventanas viejas que dejaban entrar la luz. Había cosas por todos lados. Ropa tirada sobre el piso, una pila de discos viejos, libros distribuidos por doquier, blocs legales con cosas escritas en ellas, fotos Polaroid, un par de cámaras, una guitarra sin cuerdas, partituras y una pizarra de corcho con notas y fotos.

Puso un poco de música. Tenía un tocadiscos. *Un tocadiscos de verdad de los años sesenta*.

—Era de mi mamá —dijo—. Lo iba a tirar. ¿Lo puedes creer? —puso *Abbey Road*, su disco favorito—. Vinil —dijo—. Vinil de verdad. Nada de esa porquería de casetes.

—¿Qué tienen de malo los casetes?

—No confío en ellos.

Me pareció superraro decir eso. Chistoso y raro.

—Los discos se rayan fácilmente.

—No, si los cuidas.

Volteé a mirar su habitación desordenada.

—Puedo ver que de verdad te gusta cuidar las cosas.

No se enojó. Se rio.

Me pasó un libro.

—Ten —dijo—. Puedes leer esto mientras recojo mi cuarto.

—Quizá solo debería, sabes, dejarte… —Me detuve. Mis ojos buscaron por la habitación desordenada—. Da un poco de miedo aquí dentro.

Sonrió.

—No lo hagas —dijo—. No te vayas. Odio limpiar mi cuarto.

—Quizá si no tuvieras tantas cosas.

—Solo son cosas —dijo.

No dije nada. Yo no tengo cosas.

—Si te quedas, no será tan terrible.

De alguna manera me sentí fuera de lugar, pero…

—Está bien —dije—. ¿Te ayudo?

—No, es mi trabajo —lo dijo con un dejo de resignación—. Como diría mi madre: «Es tu responsabilidad, Dante». «Responsabilidad» es la palabra favorita de mi mamá. Cree que mi papá no me presiona lo suficiente. Y claro que no lo hace. Digo, ¿qué espera? Papá no es de los que presionan. Se casó con el tipo. ¿No sabe qué clase de tipo es?

—¿Siempre analizas a tus papás?

—Ellos nos analizan a nosotros, ¿no?

—Es su trabajo, Dante.

—Dime que no analizas a tu mamá y papá.

—Supongo que sí lo hago. No me hace nada bien. Todavía no los entiendo.

—Bueno, yo entendí a mi papá; a mi mamá, no. Mi mamá es el misterio más grande del mundo. Digo, es predecible cuando se trata de criar. Pero en realidad es inescrutable.

—Inescrutable. —Sabía que cuando volviera a casa tendría que buscar la palabra en el diccionario.

Dante me miró como si me tocara a mí decir algo.

—En general entiendo a mi mamá —dije—. Mi papá. Él es inescrutable también.

Me sentí como un fraude al usar esa palabra. Quizá ese era el tema conmigo. No era un chico de verdad. Era un fraude.

Me pasó un libro de poesía.

—Lee esto —dijo. Yo nunca antes había leído un libro de poemas y ni siquiera estaba seguro de que *supiera* leer un libro de poemas. Lo miré impasiblemente.

—Poesía —dijo—. No te va a matar.

—¿Y qué si lo hace? «Niño muere de aburrimiento mientras lee poesía».

Trató de no reírse, pero no era tan bueno para controlar toda la risa que lo habitaba. Negó con la cabeza y comenzó a juntar toda la ropa del suelo.

Indicó su silla.

—Solo tira esas cosas al suelo y siéntate.

Recogí una pila de libros de arte y un cuaderno de dibujo y los puse en el suelo.

—¿Qué es esto?

—Un cuaderno de dibujo.

—¿Puedo ver?

Negó con la cabeza.

—No me gusta mostrárselo a nadie.

Qué interesante. Que tuviera secretos…

Apuntó hacia el libro de poesía.

—En serio, no te mata.

Toda la tarde, Dante limpió. Y yo leí ese libro de poemas de un poeta llamado William Carlos Williams. Nunca había oído hablar de él, pero nunca había oído hablar de nadie. Y hasta entendí una parte. No todo, pero algo. Y no lo odié. Eso me sorprendió. Era interesante, no estúpido o tonto, o cursi, o demasiado intelectual; ninguna de esas cosas que pensaba que era la poesía. Algunos poemas eran más fáciles que otros. Algunos eran inescrutables. Se me ocurría que quizá *sí* conocía el significado de esa palabra.

Me puse a pensar que los poemas eran como la gente. A alguna personas las entendía de inmediato. A otras no las entendía nunca, y nunca las entendería.

Me impresionaba el hecho de que Dante pudiera ser tan sistemático en su manera de organizar todo en su cuarto. Cuando entramos, el lugar era todo caos. Pero cuando acabó, todo estaba en su lugar.

El mundo de Dante tenía orden.

Había organizado todos sus libros en una repisa y en su escritorio.

—Guardo los libros que voy a leer a continuación sobre mi escritorio —dijo.

Un escritorio. Un escritorio de verdad. Cuando yo tenía que escribir algo, usaba la mesa de la cocina.

Me quitó el libro de poemas y empezó a buscar un poema. El título del poema era «Muerte». Era tan perfecto en su cuarto recién ordenado, el sol del oeste que se derramaba hacia adentro, su rostro en la luz y el libro en su mano, como si fuera su destino estar ahí, en sus manos, y *solo* en sus manos. Me gustaba su voz mientras leía el poema como si lo hubiera escrito él:

Ya está muerto
el perro no tendrá que
dormir sobre las papas
nunca más para evitar
que se congelen

Ya está muerto
ese viejo bastardo—

Cuando Dante leyó la palabra «bastardo» sonrió. Sé que le encantaba decirla, porque era una palabra que no le dejaban usar, una palabra prohibida. Pero aquí en su cuarto podía leer esa palabra y volverla suya.

Toda la tarde me senté en esa gran y cómoda silla en el cuarto de Dante, y él se acostó sobre su cama recién hecha. Y leyó poemas.

No me preocupé por entenderlos. No me importó lo que significaran. No me importó, porque lo importante era que la voz de Dante se sentía real. *Y yo me sentía real*. Hasta Dante, estar con otra gente era la cosa más dura del mundo para mí. Pero Dante hacía que platicar, y vivir, y sentir

parecieran como que todas esas cosas fueran perfectamente naturales. No en mi mundo; ahí no lo eran.

Fui a casa y busqué la palabra «inescrutable». Significaba algo que no se podía entender fácilmente. Escribí todos los sinónimos en mi diario. «Desconocido». «Insondable». «Enigmático». «Misterioso».

Esa tarde aprendí dos palabras nuevas. «Inescrutable». Y «amigo».

Las palabras eran distintas cuando vivían en tu interior.

Seis

Una tarde, Dante vino a mi casa y se presentó con mis padres. ¿Quién hace este tipo de cosas?

—Soy Dante Quintana —dijo.

—Me enseñó a nadar —dije. No sé por qué, pero solo necesitaba confesarles ese hecho a mis padres. Y luego volteé a ver a mi mamá—. Me dijiste que no me ahogara… Así que encontré a alguien que me ayudara a guardar mi promesa.

Mi papá le lanzó una mirada a mi mamá. Creo que se sonreían el uno al otro. «Sí», estaban pensando, «finalmente encontró un amigo». Odiaba eso.

Dante le dio la mano a mi padre… y luego le dio un libro.

—Le traje un regalo —dijo.

Me quedé ahí parado y lo miré. Había visto el libro sobre la mesa de centro en su casa. Era un libro de arte repleto del trabajo de pintores mexicanos. Parecía tan adulto, para nada como un chico de quince años. De alguna manera, hasta su pelo largo que no le gustaba peinarse lo hacía parecer más adulto.

Mi papá sonrió mientras estudiaba el libro… Pero luego dijo:

—Dante, en verdad esto es muy generoso… Pero, no sé si puedo aceptar esto. —Mi papá sostenía el libro con cuidado, temeroso de dañarlo. Él y mi madre intercambiaron miradas. Les gustaba hablar sin hablar. Yo inventaba cosas sobre lo que se decían el uno al otro con esas miradas.

—Es sobre arte mexicano —dijo Dante—. Así que lo *tiene* que aceptar.

Casi podía ver su mente girar mientras pensaba en un argumento convincente. Un argumento convincente que fuera cierto.

—Mis padres no querían que viniera con las manos vacías. —Miró a mi padre con mucha seriedad—. Así que lo tienen que aceptar.

Mi madre tomó el libro de manos de mi papá y miró la portada.

—Es hermoso el libro. Gracias, Dante.

—Denle las gracias a mi papá. Fue su idea.

Mi papá sonrió. Era la segunda vez en menos de un minuto que mi papá sonreía. Esta no era una ocurrencia común. Sonreír no era lo máximo para papá.

—Agradece a tu padre de mi parte, ¿lo harías, Dante?

Mi papá tomó el libro y se sentó con él. Como si fuera algún tipo de tesoro. Ya ven, no entendía a mi papá. Nunca podía adivinar cómo reaccionaría a las cosas. Nunca.

Siete

—No hay nada en tu cuarto.

—Hay una cama, un reloj, un radio, una mecedora, un librero, unos libros. Eso no es nada.

—Nada en las paredes…

—Quité mis pósteres.

—¿Por qué?

—No me gustaban.

—Eres como un monje.

—Sí. Aristóteles, el monje.

—¿No tienes pasatiempos?

—Claro. Clavar la mirada sobre paredes vacías.

—Quizá serás sacerdote.

—Tienes que creer en Dios para ser sacerdote.

—¿No crees en Dios? ¿Ni siquiera un poquito?

—Quizá un poquito. Pero no mucho.

—¿Así que eres agnóstico?

—Claro. Un agnóstico católico.

Eso de verdad hizo reír a Dante.

—No lo dije para hacerme el chistoso.

—Lo sé. Pero *sí es* chistoso.

—¿Crees que está mal… dudar?

—No. Creo que es listo.

—No creo ser tan listo. No como tú, Dante.

—Eres listo, Ari. Muy listo. Y de cualquier manera, ser listo no lo es todo. La gente solo se ríe de ti. Mi papá dice que está bien que la gente se ría de ti. ¿Sabes qué me dijo? Me dijo: «Dante, eres un intelectual. Eso es lo

que eres. Que no te avergüence eso».

Noté que su sonrisa era un poco triste. Quizá todos estaban un poco tristes. Quizá.

—Ari, estoy tratando de no avergonzarme.

Yo sabía lo que significaba sentirse avergonzado. Solo que Dante sabía por qué. Y yo no.

Dante. De verdad me agradaba. De verdad me agradaba muchísimo.

Ocho

Miré a mi padre pasar las hojas con el pulgar. Era obvio que adoraba ese libro. Y por ese libro aprendí algo nuevo sobre mi padre. Había estudiado Arte antes de unirse a la infantería de Marina. Eso no parecía encajar con la imagen que tenía de mi padre. Pero me gustaba la idea.

Una tarde, mientras miraba el libro, me llamó a su lado.

—Mira esto —dijo—. Es un mural de Orozco.

Clavé la mirada en el mural que se reproducía en el libro… Pero me interesaba más su dedo mientras golpeteaba contra el libro con aprobación. Ese dedo había jalado un gatillo en una guerra. Ese dedo había tocado a mi madre con una ternura que yo no entendía del todo. Quería hablar, decir algo, hacerle preguntas. Pero no pude. Todas las palabras se me atoraron en la garganta. Así que solo asentí.

Jamás había pensado en mi padre como el tipo de hombre que entendiera el arte. Supongo que lo veía como un exinfante de Marina que se había vuelto cartero después de volver a casa de Vietnam. Un cartero exinfante de Marina al que no le gustaba hablar mucho.

Un cartero exinfante de Marina que vino a casa de la guerra y tuvo un hijo más. No se trataba de que yo pensara que yo había sido su idea. Siempre pensé que era mi madre quien me quiso tener. No porque realmente supiera de quién había sido idea mi vida. Inventaba demasiadas cosas en mi cabeza.

Podría haberle hecho muchas preguntas a mi padre. Podría. Pero había algo en su rostro y ojos, y en su sonrisa torcida que me impedía hacerlo. Supongo que yo no quería creer que él quisiera que yo supiera quién era él. Así que solo juntaba pistas. Mirar a mi padre leer ese libro fue otra pista en mi colección. Algún día, todas las pistas tendrían sentido y resolvería el

misterio de mi padre.

Nueve

Un día, después de nadar, Dante y yo fuimos a caminar por ahí. Nos detuvimos en el 7-Eleven. Compró una Coca y cacahuates.

Yo compré un chocolate.

Me ofreció un trago de su Coca.

—No me gustan las Cocas —le dije.

—Qué raro.

—¿Por qué?

—A todo el mundo le gustan las Cocas.

—A mí no.

—¿Qué te gusta?

—El café y el té.

—Eso es raro.

—Está bien, soy raro. Ya cállate.

Se rio. Caminamos por ahí. Supongo que simplemente no queríamos volver a casa. Hablamos de cosas. Cosas tontas. Y luego me preguntó:

—¿Por qué les gustan los apodos a los mexicanos?

—No sé. ¿Nos gustan?

—Sí. ¿Sabes cómo le dicen mis tías a mi mamá? Le dicen «Chole».

—¿Se llama Soledad?

—¿Ves lo que digo, Ari? Lo sabes. Sabes cuál es el apodo de Soledad. Está como en el aire. ¿De qué se trata eso? ¿Por qué no le pueden decir «Soledad» y ya? ¿Qué es este rollo de «Chole»? ¿De dónde sacaron «Chole»?

—¿Por qué te molesta tanto?

—No sé. Se me hace raro.

—¿Esa es tu palabra del día?

Se rio y se tragó unos cacahuates.

—¿Tu mamá tiene apodo?

—Lily. Se llama Liliana.

—Lindo nombre.

—También «Soledad».

—En realidad no. ¿Te gustaría que te dijeran «Solo»?

—Pero también significa «solitario» —dije.

—¿Ves? Qué nombre tan triste.

—No me parece triste. Creo que es un nombre hermoso. Me parece que le queda como anillo al dedo a tu mamá —dije.

—Puede ser. Pero Sam, Sam le queda perfecto a mi papá.

—Sí.

—¿Cómo se llama tu papá?

—Jaime.

—Me gusta ese nombre.

—En realidad se llama Santiago.

Dante sonrió.

—¿Ves lo que te digo sobre los apodos?

—Te molesta ser mexicano, ¿no es así?

—No.

Lo miré.

—Sí, me molesta.

Le ofrecí un poco de mi chocolate.

Le dio una mordida.

—No lo sé —dijo.

—Sí —dije—. Te molesta.

—¿Sabes qué pienso, Aro? Pienso que no le agrado a los mexicanos.

—Me parece raro decir eso —dije.

—Raro —dijo.

—Raro —dije.

Diez

Una noche, cuando no había luna en el cielo nocturno, la mamá y el papá de Dante nos llevaron al desierto para que pudiéramos usar su telescopio nuevo. En el camino, Dante y su papá cantaban con Los Beatles. No porque cualquiera de ellos tuviera buena voz para cantar. No les importaba.

Se acariciaban mucho. Una familia de gente que toca y besa. Cada vez que Dante entraba a la casa, le daba un beso en la mejilla a su mamá y papá —o ellos lo besaban—, como si tanto besuqueo fuera perfectamente normal.

Me preguntaba qué haría mi padre si alguna vez me le acercara y le besara la mejilla. No creo que me fuera a gritar. Pero… No lo sé.

Nos tomó un rato manejar hacia el desierto. El señor Quintana parecía conocer un buen lugar donde podíamos mirar las estrellas.

Algún lugar lejos de las luces de la ciudad.

Contaminación de luz. Así la llamaba Dante. Dante parecía saber muchísimo sobre la contaminación de luz.

El señor Quintana y Dante colocaron el telescopio.

Los miré y escuché el radio.

La señora Quintana me ofreció una Coca. La tomé, aunque no me gustaban las Cocas.

—Dante dice que eres muy listo.

Los halagos me ponían nervioso.

—No soy tan listo como Dante.

Luego escuché la voz de Dante interrumpir nuestra conversación.

—Me parece que ya habíamos hablado de esto, Ari.

—¿De qué? —dijo su madre.

—Nada… Solo es que la mayoría de la gente lista es una perfecta

mierda.

—¡Dante! —dijo su madre.

—Sí, mamá, ya sé, mi lenguaje.

—¿Por qué te gusta decir tantas groserías, Dante?

—Es divertido —dijo.

El señor Quintana se rio.

—*Sí* es divertido —dijo. Pero luego dijo—: Este tipo de diversión tiene que ocurrir cuando tu madre no esté por ahí.

A la señora Quintana no le gustó el consejo del señor Quintana.

—¿Qué clase de lección le estás dando, Sam?

—Soledad, creo que… —Pero la discusión entera la mató Dante, quien miraba por su telescopio—. ¡Guau, papá! ¡Mira eso! ¡Mira!

Por un largo rato, nadie dijo nada.

Todos queríamos ver lo que Dante estaba mirando.

Nos quedamos parados en silencio alrededor del telescopio de Dante en medio del desierto, mientras esperábamos nuestros turnos para ver todos los contenidos del cielo. Cuando comencé a mirar por el telescopio, Dante comenzó a explicarme lo que estaba mirando. No escuché una sola palabra. Algo sucedió dentro de mí mientras contemplaba el vasto universo. A través de ese telescopio, el mundo estaba más cerca y grande de lo que jamás hubiera imaginado. Y todo era tan hermosos y abrumador y —no sé — que me hizo consciente de que había algo dentro de mí que importaba.

Mientras Dante me miraba buscar en el cielo por el lente de un telescopio, murmuró:

—Algún día descubriré todos los secretos del universo.

Eso me hizo sonreír.

—¿Qué vas a hacer con todos esos secretos, Dante?

—Yo sabré qué hacer con ellos —dijo—. Quizás cambiar el mundo.

Le creí.

Dante Quintana era el único ser humano al que hubiera conocido jamás que pudiera decir algo así. Sabía que nunca crecería y diría cosas estúpidas como «una chica es como un árbol».

Esa noche dormimos en su jardín de atrás.

Podíamos escuchar a sus papás hablar en la cocina, porque la ventana

estaba abierta. Su mamá hablaba en español y su papá hablaba en inglés.

—Hacen eso —dijo.

—Los míos también —dije.

No hablamos mucho. Solo nos tiramos ahí y miramos las estrellas.

—Demasiada contaminación de luz —dijo.

—Demasiada contaminación de luz —contesté.

Once

Un dato importante sobre Dante: no le gustaba usar zapatos.

Íbamos en patineta al parque, y se quitaba los tenis y frotaba sus pies en el pasto como si se los estuviera limpiando ahí. Íbamos al cine y se quitaba los tenis. Una vez los dejó ahí, y tuvimos que regresar por ellos.

Nos perdimos el autobús. Dante se quitaba los zapatos en el autobús también.

Una vez me senté con él en misa. Se desató los cordones y se quitó los zapatos justo ahí, en el banco de iglesia. Como que le lancé una mirada. Entornó los ojos y apuntó al crucifijo y susurró:

—Jesús no lleva zapatos.

Los dos nos quedamos ahí sentados y nos reímos.

Cuando venía a mi casa, Dante colocaba sus zapatos en el porche delantero antes de entrar.

—Los japoneses hacen eso —decía—. No traen la tierra del mundo a la casa de otra persona.

—Sí —le decía yo—, pero no somos japoneses. Somos mexicanos.

—En realidad no somos mexicanos. ¿Vivimos en México?

—Pero de ahí vinieron nuestros abuelos.

—Está bien, está bien. ¿Pero en realidad sabemos algo de México?

—Hablamos español.

—No tan bien.

—Habla por ti, Dante. Eres un pocho.

—¿Qué es un pocho?

—Un mexicano a medias…

—Está bien, así que quizá soy un pocho. Pero lo que intento decir es que podemos adoptar otras culturas.

No sé por qué, pero solo empecé a reírme. La verdad es que me llegó a gustar la guerra que Dante estaba teniendo contra los zapatos. Un día, simplemente cedí y le pregunté.

—Y entonces, ¿por qué tienes este rollo con los zapatos?

—No me gustan. Así es. Es todo. No hay ningún gran secreto. No hay nada de complicado en todo el tema. Bueno, excepto que hay esta cosa llamada «mi mamá». Y ella me obliga a usarlos. Dice que hay leyes. Y luego habla de las enfermedades que me podrían dar. Y luego dice que la gente va a pensar que solo soy otro mexicano pobre más. Dice que hay niños en pueblos mexicanos que morirían por tener un par de zapatos. «Te puedes permitir unos zapatos, Dante». Eso es lo que dice. ¿Y sabes qué le contesto siempre? «¡No, no puedo me puedo permitir unos zapatos! ¿Tengo trabajo? No. No puedo permitirme nada». Normalmente esa es la parte de la conversación en la que se estira el pelo para atrás. Odia que la gente me pueda confundir con otro mexicano pobre. Y luego dice: «Ser mexicano no significa que tengas que ser pobre». Y solo le quiero decir: «Mamá, esto no se trata de ser pobre. Y no se trata de ser mexicano. Solo que no me gustan los zapatos». Pero sé que todo el tema de los zapatos tiene que ver con la manera en que creció. Así que solo termino por asentir cuando se repite: «Dante, podemos permitirnos zapatos». Sé que nada del tema tiene que ver con la palabra «permitirnos». Pero, sabes, siempre me lanza esta mirada. Y luego yo le devuelvo la misma mirada, y así va la cosa. Mira, yo y mi mamá y los zapatos no es una buena discusión. —Clavó la mirada afuera, sobre el cálido cielo de la tarde; era una costumbre que tenía. Significaba que estaba pensando—. Usar zapatos en un acto no natural, ¿sabes? Esa es mi premisa básica.

—¿Tu premisa básica? —A veces hablaba como científico o filósofo.

—Ya sabes, el principio fundacional.

—¿El principio fundacional?

—Me estás mirando como si pensaras que estoy loco.

—*Estás* loco, Dante.

—No lo estoy —dijo. Y luego lo repitió—: *No lo estoy*. —Parecía estar casi molesto.

—Está bien —le dije—. No lo estás. No estás loco y no eres japonés.

Estiró la mano y me desató los tenis mientras hablaba.

—Quítate los zapatos, Ari. Vive un poco.

Salimos a la calle y jugamos un juego que Dante inventó al momento. Era un concurso para ver quién podía lanzar sus tenis más lejos. Dante era muy sistemático en cuanto a la manera en que elaboraba el juego. Tres rondas, lo que significaba seis lanzamientos. Conseguimos un trozo de gis cada quien y marcábamos dónde caía el zapato. Tomó prestada la cinta para medir de su padre que alcanzaba los nueve metros. No porque fuera lo suficientemente larga.

—¿Por qué tenemos que medir los metros? —pregunté—. ¿No podemos lanzar el zapato nada más y marcarlo con el pedazo de gis? Quien tenga la marca de gis más lejana es el ganador.

Simple.

—Tenemos que saber la distancia exacta —dijo.

—¿Por qué?

—Porque cuando haces algo, tienes que saber exactamente lo que estás haciendo.

—Nadie sabe exactamente lo que está haciendo —dije.

—Eso es porque la gente es floja y poco disciplinada.

—¿Alguna vez te han dicho que hablas como un lunático que habla perfecto inglés?

—Es culpa de mi padre —dijo.

—¿La parte lunática o la parte del inglés perfecto? —negué con la cabeza—. Es un juego, Dante.

—¿Y? Cuando juegas un juego, Ari, tienes que saber lo que estás haciendo.

—*Sí* sé lo que estamos haciendo, Dante. Estamos inventando un juego. Estamos lanzando nuestros tenis en la calle para ver cuál de nosotros puede lanzar su zapato más lejos. Eso es lo que estamos haciendo.

—Es una versión del lanzamiento de jabalina, ¿no?

—Sí, supongo.

—Miden la distancia cuando lanzan la jabalina, ¿no es así?

—Sí, pero ese es un deporte de verdad, Dante. Este no.

—Este *también* es un deporte de verdad. Yo soy de verdad. Tú eres de

verdad. Y las reglas que establecemos… son reales también. ¿Qué más quieres?

—Pero estás haciendo que esto sea demasiado trabajo. Después de cada lanzamiento, tenemos que medir. ¿Eso qué tiene de divertido? Lo divertido es lanzar.

—No —dijo Dante—, lo divertido es el juego. Está en todos lados.

—No entiendo —dije—. Lanzar un zapato es divertido. Lo entiendo. Pero sacar la cinta para medir de tu papá y extenderla sobre la calle parece trabajo. ¿Eso qué tiene de divertido? Y no solo eso: ¿qué si viene un coche?

—Nos quitamos del camino. Y además, podríamos jugar en el parque.

—La calle es más divertida —dije.

—Sí, la calle es más divertida —coincidimos en algo.

Dante me miró.

Encontré su mirada. Sabía que no tenía la menor oportunidad. Sabía que íbamos a tener que jugar el juego según *sus* reglas. Pero la verdad es que a Dante le importaba. Y a mí no me importaba tanto. Así que jugamos el juego con nuestras herramientas: nuestros tenis, dos trozos de gis y la cinta para medir de su padre. Inventamos las reglas conforme avanzábamos… y cambiaban a cada rato. Al final, hubo tres sets, como en el tenis. Hubo seis lanzamientos por set. Dieciocho lanzamientos para hacer un juego. Dante ganó dos de tres sets. Pero yo tuve los lanzamientos más largos. Quince metros y 11 centímetros.

El papá de Dante salió de la casa y negó con la cabeza.

—¿Chicos, qué están haciendo?

—Jugamos un juego.

—¿Qué te dije, Dante? Sobre jugar en la calle. Hay un parque *justo ahí*. —Indicó con su dedo hacia el parque—. ¿Y qué…? —Se detuvo y estudió la escena—. ¿Están aventando sus tenis por ahí?

Dante no le tenía miedo a su papá. No porque su papá diera miedo. Pero aun así, su papá era un papá y estaba parado ahí, retándonos. Dante ni se inmutó, seguro de poder defender su postura.

—*No* estamos lanzando nuestros tenis por ahí, papá. Estamos jugando un juego. Es la versión del hombre común y corriente del lanzamiento de la jabalina. Y estamos viendo quién puede lanzar su zapato más lejos.

Su papá se rio. *Quiero decir que se rio*.

—Eres el único chico en el universo entero que podría inventar un juego como pretexto para darle una maldita paliza a sus tenis —se volvió a reír—. A tú mamá le va a encantar esto.

—No se lo tenemos que contar.

—Sí, tenemos que hacerlo.

—¿Por qué?

—Por la regla de cero secretos.

—Estamos jugando en medio de la calle. ¿Cómo puede ser un secreto?

—Es un secreto si no se lo contamos —le dio una amplia sonrisa a Dante, no enojado, pero como un papá que estaba siendo un papá—. Llévalo al parque, Dante.

Encontramos un buen lugar para colocar el juego en el parque. Estudié el rostro de Dante mientras lanzaba sus tenis con todas sus fuerzas. Su papá tenía razón. Dante *había* encontrado un juego como pretexto para darle una paliza a sus tenis.

Doce

Una tarde, después de que terminamos de nadar, estábamos pasando el rato en su porche.

Dante miraba sus pies fijamente. Eso me hizo sonreír.

Quiso saber a qué le estaba sonriendo.

—Solo estaba sonriendo —dije—. ¿Qué, uno no puede sonreír?

—No me estás diciendo la verdad —dijo.

Tenía esta obsesión de decir la verdad. Era tan malo como mi papá. Excepto que mi papá se guardaba la verdad para sí solo. Y Dante creía que tenías que decir la verdad en palabras. En voz alta. Decírsela a alguien.

Yo no era como Dante. Era más como mi papá.

—Está bien —dije—. Sonreía porque te estabas mirando los pies.

—Qué cosa tan chistosa sonreír por eso —dijo.

—Es raro —dije—. ¿Quién hace eso, mirarse los pies, excepto tú?

—No es malo estudiar tu propio cuerpo —dijo.

—También es muy raro decir eso —dije.

En nuestra casa simplemente no hablábamos de nuestros propios cuerpos. Solo era algo que no hacíamos en nuestra casa.

—Como sea —dijo.

—Como sea —dije.

—¿Te gustan los perros, Ari?

—Amo los perros.

—Yo también. No necesitan usar zapatos.

Me reí. Comencé a pensar que uno de mis trabajos en el mundo era reírme de las bromas de Dante. Solo que Dante no decía las cosas para ser chistoso, en realidad. Solamente estaba siendo él mismo.

—Le voy a preguntar a mi papá si me puede conseguir un perro. —

Tenía esa mirada en su rostro, una especie de fuego. Y me pregunté sobre ese fuego.

—¿Qué tipo de perro quieres?

—No lo sé, Ari. Uno que venga de un refugio. Ya sabes, uno de esos perros que alguien tiró.

—Sí —dije—, ¿pero cómo vas a saber cuál escoger? Hay un montón de perros en el refugio. Y todos quieren que los salven.

—Eso es porque la gente es tan cruel. Se deshacen de los perros como si fueran basura. Odio eso.

Mientras estábamos sentados ahí hablando, escuchamos un ruido, chicos que gritaban desde el otro lado de la calle. Tres de ellos quizá un poco más chicos que nosotros. Dos de ellos tenían pistolas de aire y apuntaban a un pájaro al que le acababan de dar.

—¡Le dimos a uno! ¡Le dimos a uno! —Uno de ellos apuntaba su pistola contra el árbol.

—¡Oigan! —gritó Dante—. ¡Párenle!

Ya había llegado a la mitad de la calle antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Corrí tras él.

—¡Deténganse! ¿Qué demonios les pasa? —La mano de Dante estaba extendida, señalándoles para que terminaran—. Denme esa pistola.

—Estás loco si crees que te voy a dar mi pistola de aire.

—Es contra la ley —dijo Dante. Parecía enloquecido. Verdaderamente enloquecido.

—Segunda enmienda —dijo el tipo.

—Sí, segunda enmienda —dijo el otro tipo. Aferró con fuerza su pequeño rifle.

—La segunda enmienda no aplica para las pistolas de aire, estúpido. Y de todos modos, no se permiten pistolas en terrenos municipales.

—¿Y qué piensas hacer al respecto, pedazo de mierda?

—Voy a hacer que paren —dijo.

—¿Cómo?

—Pateándoles sus flacuchos traseritos de vuelta a la frontera con México —dije yo.

Supongo que solo tenía miedo de que esos tipos lastimarían a Dante.

Solo dije lo que sentía que tenía que decir. No eran tipos grandes y tampoco eran listos. Eran niños crueles y estúpidos, y había visto lo que podían hacer los niños crueles y estúpidos. Quizá Dante no era lo suficientemente cruel para pelearse. Pero yo lo era. Y nunca me había sentido mal por darle una paliza a un tipo que necesitara paliza.

Nos quedamos ahí parados un rato, midiéndonos los unos a los otro. Podía ver que Dante no sabía qué iba a hacer a continuación.

Parecía que uno de los chicos estaba por apuntarme con su pistola de aire.

—Yo no lo haría si fuera tú, pedazo de excremento de perro.

Y así nada más, extendí la mano y le quité la pistola. Sucedió rápidamente y no se lo esperaba. Una cosa que aprendí por meterme en peleas. Muévete rápido, toma al tipo por sorpresa. Siempre funcionaba. Era la primera regla de las peleas. Y ahí estaba yo con su pistola de aire en las manos.

—Tienes suerte de que no meta esto por el trasero.

Tiré la pistola en el suelo. Ni siquiera tuve que decirles que se largaran de ahí. Simplemente se fueron, mascullando obscenidades en voz baja.

Dante y yo nos miramos.

—No sabía que te gustaba pelear —dijo Dante.

—En realidad no me gusta. No mucho —dije.

—Sí —dijo Dante—, te gusta pelear.

—Quizá me guste —dije—. Y no sabía que tú fueras un pacifista.

—Quizá no un pacifista. Quizá solo piense que necesitas una buena razón para andar por ahí matando pájaros. —Me escudriñó la cara. Yo no estaba seguro de lo que trataba de encontrar ahí—. También eres bueno para lanzar palabrotas por ahí.

—Sí, bueno, Dante, no le digamos nada a tu mamá.

—Tampoco le diremos nada a la tuya.

Lo miré.

—Tengo una teoría de por qué son tan estrictas las mamás.

Dante casi sonrió.

—Es porque nos aman, Ari.

—Esa es una parte. La otra parte es que quieren que sigamos siendo

niños para siempre.

—Sí, creo que eso haría feliz a mi mamá, que yo fuera un niño para siempre. —Dante bajó la mirada hacia el pájaro muerto. Unos minutos antes estaba loco de furia. Ahora parecía como que iba a llorar.

—Nunca te he visto así de enojado —dije.

—Nunca te he visto así de enojado a ti tampoco.

Los dos sabíamos que estábamos enojados por diferentes razones.

Por un momento nos quedamos ahí y ya, mirando el pájaro muerto.

—Solo era un pequeño gorrión —dijo. Y luego comenzó a llorar.

No sabía qué hacer. Solo me quedé ahí parado y lo miré.

Cruzamos la calle otra vez y nos sentamos en su porche. Arrojó sus tenis al otro lado de la calle con toda su fuerza e ira. Se limpió las lágrimas de la cara.

—¿Tuviste miedo? —preguntó.

—No.

—Yo sí.

—¿Y?

Y luego nos quedamos callados otra vez. Odiaba el silencio. Finalmente, solo hice una pregunta tonta:

—¿Y por qué existen los pájaros, para el caso?

Me miró.

—¿No lo sabes?

—Supongo que no lo sé.

—Los pájaros existen para enseñarnos cosas sobre el cielo.

—¿Eso crees?

—Sí.

Quería decirle que ya no llorara, decirle que lo que esos chicos le hicieron a ese pájaro no importaba. Pero sabía que *sí* importaba. Le importaba a Dante. Y de todos modos, no servía de nada decirle que no llorara, porque necesitaba llorar. Simplemente era así.

Y entonces finalmente paró. Dio una bocanada profunda y me miró.

—¿Me ayudarías a enterrar al pájaro?

—Claro.

Tomamos una pala del garaje de su papá y caminamos al parque, donde

el pájaro muerto estaba tirado en el pasto. Recogí el pájaro con la pala y lo llevé cargando al otro lado de la calle, al jardín de atrás de Dante. Cavé un hoyo bajo un gran laurel de flor.

Pusimos al pájaro en el hoyo y lo enterramos.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Dante estaba llorando de nuevo. Y me sentí cruel porque no tenía ganas de llorar. En realidad no sentía nada por el pájaro. Era un pájaro. Quizás el pájaro no merecía que le disparara un niño estúpido cuya idea de diversión era dispararle a las cosas. Pero aún así era solo un pájaro.

Yo era más duro que Dante. Creo que había tratado de esconderle esa dureza porque había querido agradarle. Pero ahora lo sabía. Que yo era duro. Y quizá eso estaba bien. Quizá le podría gustar el hecho de que yo era duro así como a mí me gustaba el hecho de que él *no fuera* duro.

Los dos nos quedamos mirando la tumba del pájaro.

—Gracias —dijo.

—Claro —dije.

Sabía que él quería estar solo.

—Oye —murmuré—, te veo mañana.

—Vamos a nadar —dijo.

—Sí, vamos a nadar.

Una lágrima le caía por la mejilla. A la luz del crepúsculo parecía un río.

Me pregunté cómo sería ser el tipo de chico que lloraba por la muerte de un pájaro.

Le dije adiós con la mano. Me dijo adiós con la mano también.

Mientras caminaba a casa, pensé en los pájaros y el significado de su existencia. Dante tenía una respuesta. Yo no. No tenía una idea de por qué existían los pájaros. Ni siquiera me había hecho esa pregunta.

La respuesta de Dante me hizo sentido. Si estudiáramos a los pájaros, quizá podríamos aprender a ser libres. Creo que eso es lo que estaba diciendo. Yo tenía un nombre de filósofo. ¿Cuál era *mi* respuesta? ¿Por qué no tenía respuesta?

¿Y por qué sería que algunos tipos tenían lágrimas en ellos y otros no tenían lágrima alguna? Distintos niños vivían por distintas reglas.

Cuando llegué a casa, me senté en el porche delantero.

Miré al sol ponerse.

Me sentía solo, pero no de una manera mala. De verdad me gustaba estar solo. Quizá me gustaba demasiado. Quizá mi padre era así también.

Me acordé de Dante y reflexioné sobre él.

Y me pareció que el rostro de Dante era un mapa del mundo. Un mundo sin oscuridad.

Guau, un mundo sin oscuridad. ¿Qué podía haber más bello?

Gorriones
que caen del cielo

Cuando era niño, solía despertarme
creyendo que el mundo se estaba acabando.

Uno

La mañana después de que enterramos al gorrión me levanté ardiendo en fiebre.

Me dolían los músculos, me ardía la garganta, la cabeza me palpitaba casi como un corazón. Me quedaba mirando las manos, casi creyendo que le pertenecían a alguien más. Cuando trataba de levantarme, no tenía balance, no tenía equilibro, y el cuarto giraba y giraba. Traté de dar un paso, pero mis piernas no estaban lo suficientemente fuertes como para cargar mi peso. Caí de nuevo sobre la cama, y mi radio reloj se estrelló contra el suelo.

Mi mamá apareció en mi cuarto y por alguna razón no parecía real.

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Eres tú? —Creo que estaba gritando.

Ella sostenía una pregunta en sus ojos.

—Sí —dijo. Se veía tan seria.

—Me caí —dije.

Ella dijo algo… Pero no pude traducir lo que me decía. Todo parecía tan extraño y pensé que quizás estaba soñando, pero su mano sobre mi brazo se sintió como un contacto de verdad.

—Estás ardiendo —dijo.

Sentí sus manos sobre mi rostro.

Seguía sin saber dónde estaba, así que se lo pregunté.

Me abrazó por un momento.

—Shhh.

El mundo estaba tan silencioso. Había una barrera entre yo y el mundo, y pensé por un momento que este nunca me había querido y ahora estaba aprovechando la oportunidad para deshacerse de mí.

Alcé la mirada y vi a mi madre parada frente a mí, extendiendo dos

aspirinas, un vaso de agua.

Me incorporé y alcancé las pastillas y las puse en mi boca. Cuando agarré el vaso, podía ver cómo me temblaban las manos.

Me puso un termómetro bajo la lengua.

Estudió el tiempo en su reloj, luego sacó el termómetro de mi boca.

—Cuarenta —dijo—. Tenemos que bajar esa fiebre —negó con la cabeza—. Son todos esos gérmenes de la alberca.

El mundo pareció cerrarse por un instante.

—Solo es un resfriado —susurré. Pero parecía como que era otro el que hablaba.

—Creo que tienes influenza.

«Pero es verano». Las palabras las tenía en la punta de lengua pero no las podía decir. No podía parar de temblar. Me puso otra cobija encima.

Todo estaba dando vueltas, pero cuando cerré los ojos, el cuarto estaba quieto y oscuro.

Luego llegaron los sueños.

Caían pájaros del cielo. Gorriones. Millones y millones de gorriones. Todos caían como lluvia y me golpeaban mientras caían, y yo estaba cubierto de su sangre y no podía encontrar un lugar dónde protegerme. Sus picos quebraban mi piel como flechas. Y el avión de Buddy Holly estaba cayendo del cielo y podía escuchar a Waylon Jennings cantar «La bamba». Podía escuchar a Dante llorar… Y cuando volteé a ver dónde estaba, vi que sostenía el cuerpo flácido de Richie Valens en sus brazos. Y luego el avión cayó sobre nosotros. Y todo lo que vi fue la sombra y la tierra incendiándose.

Y luego desapareció el cielo.

Debo de haber estado gritando, porque mi mamá y papá estaban en el cuarto. Estaba temblando y todo estaba empapado con mi sudor. Y luego me di cuenta de que estaba llorando y no lograba obligarme a parar.

Mi papá me levantó y me meció en la silla. Me sentí pequeño y débil, y quería abrazarlo de vuelta, pero no podía porque no tenía nada de fuerza en los brazos, y quería preguntarle si me había abrazado así cuando era niño porque no lo recordaba, y por qué no lo recordaba. Comencé a pensar que quizá todavía estaba soñando, pero mi mamá estaba cambiando las sábanas

de mi cama, así que sabía que todo era real. Excepto yo.

Creo que estaba balbuceando. Mi papá me aferró con más fuerza y susurró algo, pero ni sus brazos ni susurros evitaban que yo temblara. Mi mamá secó mi cuerpo sudado con una toalla, y ella y mi papá me cambiaron y me pusieron una camiseta limpia y ropa interior limpia. Y luego dije la cosa más extraña:

—No tiren mi camiseta. Me la dio mi papá.

Sé que estaba llorando, pero no sabía por qué, porque no era el tipo de chico que lloraba, y pensé que quizá era alguien más era el que estaba llorando.

Podía escuchar a mi padre susurrar:

—Shhh, está bien.

Me volvió a acostar sobre la cama, y mi mamá se sentó junto a mí y me obligó a tomar agua y a tomar más aspirinas.

Vi la mirada en el rostro de mi papá y supe que estaba preocupado. Y me entristeció que lo hubiera hecho preocupar tanto. Me pregunté si realmente me había abrazado, y quería decirle que en realidad no lo odiaba, era solo que no lo entendía. No entendía quién era, y yo quería, quería tanto entender. Mi mamá le dijo algo a mi papá en español y él asintió. Yo estaba demasiado cansado para que me importaran las palabras en cualquier idioma.

El mundo estaba tan callado.

Me quedé dormido… Y volvieron los sueños. Estaba lloviendo afuera y había truenos y rayos todo a mi alrededor. Y me podía ver a mí mismo mientras corría en la lluvia. Estaba buscando a Dante y estaba gritando porque estaba perdido: «¡Dante! ¡Regresa! ¡Regresa!». Y luego ya no estaba buscando a Dante, estaba buscando a mi papá y estaba gritando por él: «¡Papá! ¡Papá! ¿Adónde fuiste? ¿Adónde fuiste?».

Cuando volví a despertar, estaba empapado de nuevo con mi propio sudor.

Mi papá estaba sentado en mi mecedora, estudiándome.

Mi mamá entró al cuarto. Miró a mi papá… y luego a mí.

—No era mi intención asustarlos. —No lograba hablar con más fuerza que un susurro.

Mi mamá sonrió y pensé que debe haber sido realmente bonita cuando era niña. Me ayudó a incorporarme.

—Amor, estás empapado. ¿Por qué no te das un rico duchazo?

—Tuve pesadillas.

Acomodé mi cabeza en su hombro. Quería que los tres nos quedáramos así para siempre.

Mi papá me ayudó a ir al baño. Me sentía débil y desgastado, y cuando el agua tibia golpeó mi cuerpo, pensé en mis sueños… Dante, mi papá. Y me pregunté cómo se vería mi papá cuando tenía mi edad. Mi mamá me había dicho que era hermoso. Me pregunté si era tan bello como Dante. Y me pregunté por qué pensé eso.

Cuando volví a la cama, mi mamá había vuelto a cambiar las sábanas.

—Ya se te bajó la fiebre —dijo.

Me dio otro vaso de agua. No lo quería, pero me lo tomé todo. No sabía la sed que tenía, y le pedí más agua.

Mi papá todavía seguía ahí, sentado en mi mecedora.

Nos estudiamos el uno al otro por un momento, mientras yo estaba acostado en la cama.

—Me estabas buscando —dijo.

Lo miré.

—En tu sueño. Me estabas buscando.

—Siempre te estoy buscando —susurré.

Dos

Al siguiente día, cuando desperté, pensaba que había muerto. Sabía que no era cierto… Pero el pensamiento estaba ahí. Quizá una parte tuya moría cuando te enfermabas. No lo sé.

La solución de mi madre a ese predicamento era obligarme a tomar litros de agua… Un doloroso vaso a la vez.

Finalmente me puse en huelga y me rehusé a tomar más.

—Mi vejiga se volvió un globo de agua que está a punto de explotar.

—Eso es bueno —dijo—. Estás limpiando tu sistema.

—Ya estoy hasta aquí de la limpieza —dije.

El agua no era la única cosa con la que tenía que lidiar. Tenía que lidiar con su caldo de pollo. Su caldo de pollo se volvió mi enemigo.

El primer plato estuvo increíble. Nunca había tenido tanta hambre. Nunca. Me dio principalmente caldo.

El caldo volvió al siguiente día para el almuerzo. Ahí estuvo bien también, porque ahora me dio todo el pollo y las verduras en la sopa, acompañada de tortillas de maíz calentitas y la sopa de arroz de mi mamá. Pero el caldo volvió en forma de tentempié de la tarde. Y para la cena.

Estaba harto del agua y del caldo de pollo. Estaba harto de estar enfermo. Después de cuatro días en la cama, finalmente decidí que era hora de pasar a lo siguiente.

Se lo anuncié a mi madre.

—Estoy bien.

—No lo estás —dijo mi madre.

—Me están reteniendo como su rehén. —Eso es lo primero que le dije a mi padre cuando volvió a casa del trabajo.

Me sonrió entre dientes.

—Estoy perfecto ya, papá. Lo estoy.

—Todavía te ves un poco pálido.

—Necesito un poco de sol.

—Dale un día más —dijo—. Luego puedes salir al mundo y causar todos los problemas que quieras.

—Está bien —dije—. Pero no más caldo de pollo.

—Eso queda entre tú y tu madre.

Comenzó a salir de mi cuarto. Vaciló por un momento. Estaba de espaldas hacia mí.

—¿Has tenido más pesadillas?

—Siempre tengo pesadillas —dije.

—¿Hasta cuando no estás enfermo?

—Sí.

Se quedó parado en la puerta. Se volteó y me miró.

—¿Siempre estás perdido?

—En la mayoría, sí.

—¿Y siempre me estás tratando de encontrar?

—En general creo que me estoy tratando de encontrar a mí mismo, papá. —Era extraño hablar con él de algo real. Pero también me asustaba. Quería seguir hablando, pero no sabía exactamente cómo decir lo que estaba guardando dentro de mí. Bajé la mirada al suelo. Luego la levanté y lo miré, y me encogí de hombros, como diciendo: «no es gran cosa».

—Lo siento —dijo—. Siento estar tan lejos.

—Está bien —dije.

—No —dijo—. No lo está.

Creo que iba a decir otra cosa, pero cambió de parecer. Se dio la vuelta y salió del cuarto.

Dejé la mirada clavada en el suelo. Y luego escuché la voz de mi papá en el cuarto otra vez.

—También yo tengo pesadillas, Ari.

Quería preguntarle si sus sueños eran sobre la guerra o sobre mi hermano. Quería preguntarle si se levantaba tan asustado como yo.

Lo único que hice fue sonreírle. Me había contado algo sobre sí mismo.

Me sentí feliz.

Tres

Me dieron permiso de ver la televisión. Pero descubrí algo sobre mí mismo. En realidad no me gustaba la televisión. No me gustaba para nada. Apagué la TV y me encontré mirando a mi madre mientras estaba sentada a la mesa de la cocina, revisando algunos de sus viejos planes de lecciones.

—¿Mamá?

Alzó la mirada. Traté de imaginarme a mi madre parada frente a su clase. Me pregunté qué pensaban los chicos de ella. Me pregunté cómo la veían. Me pregunté si les agradaba. ¿La odiaban? ¿La respetaban? Me pregunté si sabían que ella era madre. Me pregunté si eso les importaba.

—¿Qué estás pensando?

—¿Te gusta enseñar?

—Sí —dijo.

—¿Hasta cuando a tus alumnos no les importa?

—Te voy a contar un secreto. No soy responsable de que a mis estudiantes les importe o no. Eso tiene que venir de ellos, no de mí.

—¿Y eso dónde te deja?

—Pase lo que pase, Ari, mi trabajo es que me importe.

—¿Incluso cuando a ellos no?

—Incluso cuando a ellos no.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

—¿Aunque le des clases a chicos como yo, que creen que la vida es aburrida?

—Así son las cosas cuando tienes quince años.

—Solo una etapa —dije.

—Solo una etapa —se rio.

—¿Te agradan los quinceañeros?

—¿Me estás preguntando si me agradas, o me estás preguntando si me agradan mis alumnos?

—Los dos, supongo.

—Te adoro, Ari, sabes que sí.

—Sí, pero también adoras a tus estudiantes.

—¿Tienes celos?

—¿Puedo salir?

Podía evitar preguntas con la misma habilidad que ella.

—Puedes salir mañana.

—Me parece que estás siendo una fascista.

—Esa es una palabra grande, Ari.

—Gracias a ti conozco todo sobre las distintas formas de gobierno. Mussolini era un fascista. Franco era un fascista. Y papá dice que Reagan es un fascista.

—No tomes las bromas de tu papá de manera demasiado literal, Ari. Lo único que está diciendo es que cree que el presidente Reagan es demasiado opresivo.

—Sé lo que está diciendo, mamá. Así como *tú* sabes lo que *yo* estoy diciendo.

—Bien, es bueno saber que crees que tu mamá es más que una forma de gobierno.

—Más o menos lo eres —le dije.

—Entiendo lo que dices, Ari. De todos modos no vas a salir.

Había días en que deseaba ser capaz de rebelarme contra las reglas de mi madre.

—Solo quiero salir de aquí. Estoy completamente aburrido.

Se levantó de donde estaba sentada. Puso las manos sobre mi rostro.

—Hijo de mi vida —dijo—, lamento que creas que soy demasiado estricta contigo. Pero tengo mis razones. Cuando seas más grande…

—Siempre dices eso. Tengo quince años. ¿Cuántos años tengo que tener? ¿Cuántos años, mamá, antes de que pienses que soy lo suficientemente listo como para entenderlo? Ya no soy un niñito.

Tomó mi mano y la besó.

—Lo eres para mí —susurró.

Había lágrimas bajando por su mejillas. Había algo que yo no estaba entendiendo. Primero Dante. Luego yo. Y ahora mi mamá. Lágrimas por todas las malditas partes. Quizá las lágrimas eran algo que se contagiaba. Como la influenza.

—Está bien, mamá —susurré.

Le sonreí. Creo que había esperado una explicación completa de sus lágrimas, pero iba a tener que trabajar para obtenerla.

—¿Estás bien? —dije.

—Sí —dijo—. Estoy bien.

—No creo que lo estés.

—Me estoy esforzando por no preocuparme por ti.

—¿Por qué te preocupas? Solo me dio influenza.

—No me refiero a eso.

—¿Qué?

—¿Qué haces cuando sales de casa?

—Cosas.

—No tienes amigos. —Comenzó a cubrirse la boca con la mano; luego se detuvo.

Quería odiarla por esa acusación.

—No quiero ninguno.

Me miró casi como si fuera un extraño.

—¿Y cómo puedo tener amigos si no me dejas salir?

Recibí una de sus miradas.

—*Sí* tengo amigos, mamá. Tengo amigos de la escuela. Y Dante. Es mi amigo.

—Sí —dijo—. Dante.

—Sí —dije—. Dante.

—Me alegro por Dante —dijo ella.

Asentí.

—Estoy bien, mamá. Solo que no soy el tipo de chico… —No sabía lo que trataba de decirle—. Solo soy diferente.

Ni siquiera sé a qué me refería.

—¿Sabes lo que pienso?

No quería saber lo que pensaba. No lo quería. Pero lo iba a escuchar de todos modos.

—Claro —dije.

Ignoró la actitud.

—Creo que no sabes lo amado que eres.

—*Sí* lo sé.

Comenzó a decir algo, pero luego cambió de opinión.

—Ari, solo quiero que seas feliz.

Quería decirle que para mí era difícil lo feliz. Pero creo que ella ya lo sabía.

—Bueno —dije—, estoy en esa etapa en la que se supone que me debo sentir miserable.

Eso la hizo reír.

Estábamos bien.

—¿Estaría bien que viniera Dante a visitarme?

Cuatro

Dante contestó el teléfono después de que sonó dos veces.

—No has estado yendo a la alberca —sonaba enojado.

—He estado en la cama. Me dio influenza. En general he estado durmiendo, teniendo verdaderas pesadillas y comiendo caldo de pollo.

—¿Fiebre?

—Sí.

—¿Dolor de huesos?

—Sí.

—¿Sudores nocturnos?

—Sí.

—Cosa mala —dijo—. ¿Con qué soñabas?

—No puedo hablar de ello.

No pareció tener ningún problema con eso.

Quince minutos después apareció en mi puerta de enfrente. Escuché el timbre. Lo pude escuchar hablar con mi madre. Dante nunca tenía problema en comenzar conversaciones. Probablemente le estaba contando la historia de su vida a mi mamá.

Lo escuché bajar caminando por el pasillo con sus pies descalzos. Y luego ahí estaba, parado a la puerta de mi cuarto con una camiseta que estaba tan desgastada que casi podía ver a través de ella y un par de *jeans* raídos y agujerados.

—Hola —dijo. Llevaba un libro de poemas, un cuaderno para dibujar y unos lápices de carbón.

—Olvidaste tus zapatos —le dije.

—Se los doné a los pobres.

—Supongo que luego siguen tus jeans.

—Sí. —Los dos nos reímos.

Me estudió.

—Te ves un poco pálido.

—De todos modos me veo más mexicano que tú.

—Todos se ven más mexicanos que yo. Revísalo con la gente que me pasó sus genes. —Había algo en su voz. Todo el tema de lo mexicano le molestaba.

—Está bien, está bien —dije. «Está bien, está bien» siempre significaba que era hora de cambiar de tema—. Así que trajiste tu cuaderno de dibujo.

—Sí.

—¿Me vas a mostrar tus dibujos?

—No. Te voy a dibujar.

—¿Y si no quiero que me dibujes?

—¿Cómo voy a ser un artista si no puedo practicar?

—¿No les pagan a los modelos de los artistas?

—Solo a los bien parecidos.

—¿Así que no soy bien parecido?

Dante sonrió.

—No seas imbécil. —Parecía avergonzado. Pero no tan avergonzado como yo.

Podía sentir cómo me ponía rojo. Hasta los tipos tan morenos como yo nos podíamos sonrojar.

—¿Así que de verdad vas a ser artista?

—Definitivamente. —Me miró directamente—. ¿No me crees?

—Necesito evidencia.

Se sentó en mi mecedora. Me estudió.

—Todavía te ves enfermo.

—Gracias.

—Quizá sean tus sueños.

—Quizá. —No quería hablar de mis sueños.

—Cuando era niño, solía despertarme creyendo que el mundo se estaba acabando. Me levantaba y miraba al espejo y mis ojos estaban tristes.

—Quieres decir como los míos.

—Sí.

—Mis ojos siempre están tristes.

—El mundo no se está acabando, Ari.

—No seas imbécil. Por supuesto que no se está acabando.

—Entonces no estés triste.

—Triste, triste, triste —dije.

—Triste, triste, triste —dijo.

Los dos estábamos sonriendo, tratando de contener nuestra risa… pero no lo pudimos hacer. Yo estaba contento de que hubiera venido. Estar enfermo me hacía sentir frágil, como que podría romperme. No me gustaba sentirme así. Reírme me hacía sentir mejor.

—Te quiero dibujar.

—¿Puedo hacer que te detengas?

—Tú eres el que dijo que necesitabas evidencia.

Me lanzó el libro de poemas que había traído.

—Léelo. Tú lee. Yo dibujo.

Luego se quedó bien callado. Sus ojos comenzaron a buscar todo en el cuarto: yo, la cama, las cobijas, las almohadas, la luz. Me sentí nervioso, y torpe, y cohibido, e incómodo. Los ojos de Dante sobre mí. Bueno, no sabía si eso me gustaba o eso no me gustaba. Solo sabía que me sentía desnudo. Pero había algo que estaba corriendo entre Dante y su libreta de dibujo que me hizo sentir invisible. Y eso hizo que me relajara.

—Haz que me vea bien —dije.

—Lee —dijo—. Solo lee.

No me tomó mucho tiempo olvidar que Dante me estaba dibujando. Y solo leí. Leí, leí y leí. A veces miraba hacia él, pero estaba sumergido en su trabajo. Regresé al libro de poemas. Leí una línea y la traté de entender: «de lo que no es nuestro están hechas las estrellas». Era una cosa hermosa de decir, pero no estaba seguro de lo que significaba. Me quedé dormido pensando en qué podría significar la línea.

Cuando desperté, Dante se había ido.

No había dejado ninguno de los dibujos que había hecho de mí. Pero sí dejó un dibujo de mi mecedora. Era perfecta. Una mecedora contra las paredes desnudas de mi habitación. Había capturado la luz de la tarde que se colaba en el cuarto, la manera en que las sombras caían en la silla y le

daban profundidad y la hacían parecer como algo más que un objeto inanimado. Había algo triste y solitario en el dibujo y me pregunté si esa era su manera de ver el mundo o si era la manera en que veía *mi* mundo.

Me quedé mirando el dibujo por largo rato. Me asustaba. Porque había algo cierto en él.

Me pregunté adónde había aprendido a dibujar. De repente sentí celos de él. Podía nadar, podía dibujar, podía hablar con la gente. Leía poesía y se gustaba a sí mismo. Me pregunté cómo se sentía eso, realmente agradarse. Y me pregunté por qué algunas personas no se agradaban y otras sí; quizá así eran las cosas y ya.

Miré su dibujo, luego miré mi silla. Es ahí cuando vi la nota que me había dejado.

Ari:

Espero que te guste el dibujo de tu silla. Te extraño en la alberca.

Los salvavidas son unos patanes.

Dante

Después de la cena, levanté el teléfono y le llamé.

—¿Por qué te fuiste?

—Necesitabas descansar.

—Siento haberme quedado dormido.

Luego ninguno de los dos dijo nada.

—Me gustó el dibujo —dije.

—¿Por qué?

—Porque se ve justo como mi silla.

—¿Es la única razón?

—Guarda algo —dije.

—¿Qué?

—Emoción.

—Dime —dijo Dante.

—Está triste… Está triste y está sola.
—Como tú —dijo.
Odiaba que viera lo que yo era.
—No estoy triste todo el tiempo —dije.
—Lo sé —dijo.
—¿Me mostrarás los otros?
—No.
—¿Por qué?
—No puedo.
—¿Por qué no?
—Por la misma razón que no me puedes contar tus sueños.

Cinco

La influenza no parecía querer soltarme.

Esa noche, los sueños volvieron. Mi hermano. Él estaba al otro lado del río. Él estaba en Ciudad Juárez y yo en El Paso; nos podíamos ver uno al otro. Y grité: «Bernardo, ¡ven aquí!», y negó con la cabeza. Y luego pensé que no me entendía, así que le grité en un español muy mexicano: «¡Vente pa'cá, Bernardo!». Pensaba que si solo supiera las palabras correctas o le hablara en el lenguaje correcto, entonces podría cruzar el río. Y venir a casa. Si tan solo yo conociera las palabras correctas. Si tan solo hablara el idioma correcto. Y luego mi papá estaba ahí. Él y mi hermano se miraron fijamente y yo no podía soportar la mirada en sus rostros, porque parecía que ahí estaba el dolor de todos los hijos y de todos los padres del mundo. Y el dolor era tan profundo que estaba mucho más allá de las lágrimas, así que sus rostros estaban secos. Y luego cambió mi sueño, y mi hermano y mi padre se habían ido. Estaba parado en el mismo lugar donde había estado parado mi padre, del lado de Juárez, y Dante estaba parado al otro lado, frente a mí. Y estaba sin camisa y sin zapatos, y yo quería nadar hacia él, pero no me podía mover. Y luego me dijo algo en inglés y no lo pude entender. Y luego le dije algo en español, y no me pudo entender.

Y yo estaba tan solo.

Y luego desapareció toda la luz y Dante desapareció en la oscuridad.

Me desperté y me sentí perdido.

No sabía dónde estaba.

La fiebre había vuelto. Pensaba que quizá nada volvería a ser igual. Pero sabía que era solo la fiebre. Me volví a quedar dormido. Los gorriones caían de los cielos. Y era yo quien los mataba.

Seis

Dante vino a visitarme. Yo sabía que no estaba siendo muy divertido. Él lo sabía también. No parecía importarle.

—¿Quieres hablar?

—No —dije.

—¿Quieres que me vaya?

—No —dije.

Me leyó poemas. Pensé en los gorriones que caían del cielo. Mientras escuchaba la voz de Dante, me pregunté cómo sonaría mi hermano. Me pregunté si alguna vez había leído un poema. Tenía la mente llena y abarrotada: gorriones que caían, el fantasma de mi hermano, la voz de Dante.

Dante terminó de leer un poema, y luego fue a buscar otro.

—¿No te da miedo que te dé lo que tengo? —le dije.

—No.

—¿No tienes miedo?

—No.

—No le temes a nada.

—Le temo a muchas cosas, Ari.

Podría haber preguntado: «¿Qué? ¿A qué le temes?». No creo que me lo hubiera dicho.

Siete

La fiebre había desaparecido.

Pero los sueños se quedaron. Mi papá estaba en ellos. Y mi hermano. Y Dante. En mis sueños. Y a veces mi madre también. Tenía una imagen pegada en la mente. Tenía cuatro años y bajaba caminando por la calle, agarrado de la mano de mi hermano. Me pregunté si era una memoria o un sueño. O una esperanza.

Me quedaba tirado por ahí y pensaba en cosas. Todos los problemas ordinarios y misteriosos de mi vida que me importaban solo a mí. No es que me hiciera sentir mejor ponerme a pensar en cosas. Decidí que mi segundo año de preparatoria en Austin apestaría. Dante estudiaba en Cathedral, porque tenían un equipo de natación. Mi mamá y mi papá habían querido enviarme a la escuela ahí, pero me rehusé. No quería ir a una escuela católica de puros niños. Me insistí a mí mismo y a mis papás que ahí todos los chicos eran ricos. Según mi mamá, le daban becas a los chicos listos. Yo contestaba que no era lo suficientemente listo como para conseguir una beca. Mi mamá contestaba que les alcanzaba para enviarme ahí. «¡Odio a esos niños!». Le rogué a mi padre que no me enviara ahí.

Nunca le dije nada a Dante sobre cómo odiaba a los chicos de Cathedral. No lo tenía que saber.

Pensé en la acusación de mi mamá: «No tienes amigos».

Pensé en mi silla y en cómo era verdaderamente un retrato mío.

Yo era una silla. Me sentí más triste de lo que me hubiera sentido jamás.

Sabía que ya no era un niño. Pero todavía me sentía como niño. Pero había otras cosas que comenzaba a sentir. Cosas de hombre, supongo. La soledad de hombre era mucho más grande que la soledad de niño. Y ya no quería que me trataran como niño. No quería vivir en el mundo de mis

padres y no tenía un mundo propio. De una manera rara, mi amistad con Dante me hacía sentir incluso más solo.

Quizá era porque Dante parecía acoplarse a donde fuera. Y yo, yo siempre sentía que no pertenecía a ningún lado. Ni siquiera pertenecía a mi propio cuerpo —*en especial* a mi propio cuerpo—. Me estaba transformando en alguien que no conocía. El cambio dolía, pero no sabía por qué dolía. Y ninguna de mis emociones tenía sentido.

Cuando era más joven, había tenido esta idea de que quería tener un diario. Como que apuntaba cosas en este librito de cuero que compré, lleno de hojas en blanco. Pero nunca fui disciplinado con el asunto. El diario se convirtió en una cosa sin rumbo, con pensamientos sin rumbo, y nada más.

Cuando estaba en sexto grado, mis papás me regalaron un guante de beisbol y una máquina de escribir para mi cumpleaños. Estaba en el equipo, así que el guante tenía sentido. Pero ¿una máquina de escribir? ¿Qué tenía yo que les hiciera pensar en conseguirme una máquina de escribir? Fingí que me gustaba. Pero no era bueno para fingir.

El hecho de que no hable de las cosas no me vuelve un buen actor.

Lo chistoso es que aprendí a escribir a máquina. Finalmente, una habilidad. El tema del beisbol no funcionó. Era lo suficientemente bueno como para lograr entrar al equipo. Pero lo odiaba. Lo hice por mi padre.

No sabía por qué estaba pensando en todas estas cosas… Excepto que era lo que siempre hacía. Supongo que tenía mi propia televisión personal en el cerebro. Podía controlar lo que quería ver. Podía cambiar de canal cuando quisiera.

Pensé en llamar a Dante. Y después pensé que quizá no lo llamaría. En realidad no me sentía con ganas de hablar con nadie. Solo me sentía con ganas de hablar conmigo mismo.

Comencé a pensar en mis hermanas mayores y cómo eran tan cercanas la una a la otra, pero estaban tan lejos de mí. Sabía que era por el tema de la edad. Eso parecía importarles. A ellas. Y a mí. Nací «un poco tarde». Esa era la expresión que usaban mis hermanas. Una vez estaban hablando juntas en la mesa de la cocina y hablaban de mí, y esa fue la expresión que usaron. No era la primera vez que escuchaba a alguien decir eso de mí. Así que decidí confrontar a mis hermanas, porque no me gustaba que pensaran de

mí de esa manera. No sé, como que perdí los estribos. Miré a mi hermana Cecilia y le dije:

—Tú naciste un poco pronto. —Le sonreí y negué con la cabeza—. ¿No es triste? ¿No es demasiado jodidamente triste?

Mi otra hermana, Sylvia, me dio un sermón:

—Odio esa palabra. No hables así. Es una falta de respeto.

Como si me respetaran. Sí, claro que sí.

Le contaron a mi mamá que estaba usando palabrotas. Mi mamá odiaba las «palabrotas». Me miró con esa mirada.

—La palabra con *j* muestra una falta extrema de respeto y una extrema falta de imaginación. Y no entornes los ojos.

Pero me metí en peores problemas por rehusarme a pedir una disculpa.

Lo bueno es que mis hermanas nunca jamás volvieron a usar la expresión «nacido demasiado tarde». Por lo menos no frente a mí.

Creo que estaba triste porque no podía hablar con mi hermano. Y estaba enojado porque en realidad no podía hablar con mis hermanas. No es que no le importara a mis hermanas. Solo es que en general me trataban más como a un hijo que como a un hermano. No necesitaba tres mamás. Así que en realidad estaba solo. Y estar solo me daba ganas de hablar con alguien de mi propia edad. Alguien que entendiera que usar la palabra «con *j*» no era una medida de mi falta de atención. A veces usar esa palabra solo me hacía sentir libre.

Hablar conmigo mismo en mi diario calificaba como hablar con alguien de mi edad.

A veces apuntaba todas las palabrotas que se me ocurrían. Me hacía sentir mejor. Mi mamá tenía sus reglas. Para mi papá: no fumar en la casa. Y para todos: nada de palabrotas. No era lo suyo. Hasta cuando mi padre soltaba una retahíla de palabras interesantes, lo miraba y decía:

—Llévalo fuera, Jaime. Quizá encuentres un perro que aprecie ese tipo de lenguaje.

Mi mamá era muy suave. Pero también era muy estricta. Creo que así es como sobrevivió. Yo no me iba a meter en todo el tema de las palabrotas con mi mamá. Así que la mayoría de las palabrotas las decía en mi cabeza.

Y luego estaba todo este tema de mi nombre. Ángel Aristóteles

Mendoza. Odiaba el nombre «Ángel» y nunca había dejado que nadie me llamara así. Todos los tipos que conocía que se llamaban Ángel eran unos reverendos imbéciles. Y tampoco me gustaba Aristóteles. Y aunque sabía que me habían nombrado así por mi abuelo, también sabía que había heredado el nombre del filósofo más famoso del mundo. Odiaba eso. Todos esperaban algo de mí. Algo que simplemente no podía dar.

Así que me renombré Ari.

Si cambiaba la letra, mi nombre era *Air*, «aire» en inglés.

Pensé que podría ser una gran cosa ser aire.

Podría ser algo y nada a la vez. Podría ser necesario y también invisible. Todos me necesitarían y nadie sería capaz de verme.

Ocho

Mi mamá interrumpió mis pensamientos… Si es que eso eran.

—Dante está al teléfono.

Caminé junto a la cocina y noté que mi mamá estaba limpiando todos sus gabinetes. No importa qué significara el verano, para mamá significaba trabajo.

Me tiré en el sillón de la sala y agarré el teléfono.

—Hola —dije.

—Hola —dijo—. ¿Qué haces?

—Nada. Todavía no me siento de maravilla. Mamá me va a llevar al doctor en la tarde.

—Esperaba que pudiéramos ir a nadar.

—Mierda —dije—. No puedo. Solo, ya sabes…

—Sí, ya sé. ¿Así que nada más estás pasando el rato?

—Sí.

—¿Estás leyendo algo, Ari?

—No. Estoy pensando.

—¿En qué?

—Cosas.

—¿Cosas?

—Ya sabes, Dante, cosas.

—¿Como qué, Ari?

—Ya sabes, como la manera en que mis dos hermanas y mi hermano son mucho mayores que yo y en cómo me hace sentir eso.

—¿Cuántos años tienen, tus hermanas y hermano?

—Mis hermanas son gemelas. No idénticas, pero se parecen. Tienen 27 años. Mi mamá las tuvo cuando tenía 18 años.

—Guau —dijo—. Veintisiete.

—Sí, guau. Tengo quince años y tengo tres sobrinas y cuatro sobrinos.

—Me parece supergenial, Ari.

—Créeme, Dante, no es tan genial. Ni siquiera me dicen tío Ari.

—¿Y cuántos años tiene tu hermano?

—Tiene 25.

—Siempre quise un hermano.

—Sí, bueno, es como si no lo tuviera.

—¿Por qué?

—No hablamos de él. Es como si estuviera muerto.

—¿Por qué?

—Está en la cárcel, Dante. —Nunca le había contado a nadie sobre mi hermano. Nunca le había dicho una palabra sobre él a otro ser humano. Me sentí mal por hablar de él.

Dante no dijo nada.

—¿Podemos no hablar de él? —pregunté.

—¿Por qué?

—Me hace sentir mal.

—Ari, no hiciste nada.

—No quiero hablar de él, ¿está bien, Dante?

—Está bien. Pero sabes, Ari, tienes una vida verdaderamente interesante.

—En realidad no —dije.

—En realidad sí —dijo—. Por lo menos tienes hermanos. Yo, yo solo tengo una mamá y un papá.

—¿Y qué tal primos?

—No les agrado. Creen que soy… Bueno, creen que soy un poco diferente. Son bien mexicanos, ya sabes. Y yo soy medio, bueno, ¿cómo me llamaste?

—Un pocho.

—Es exactamente lo que soy. Mi español no es lo máximo.

—Lo puedes aprender —dije.

—Aprenderlo en la escuela es distinto que aprenderlo en casa o en la calle. Y es superdifícil, porque la mayoría de mis primos son del lado de mi

mamá… y son de verdad pobres. Mi mamá es la más joven y de verdad tuvo que pelearse con su familia para poder ir a la escuela. Su papá no pensaba que una niña debería de ir a la universidad. Así que mi mamá dijo: «Al diablo, voy a ir de todos modos».

—No me imagino a tu mamá diciendo «al diablo».

—Bueno, probablemente no lo dijo… Pero encontró la manera. Era de verdad lista, y trabajó todo el tiempo que estuvo en la universidad y luego sacó algún tipo de beca para ir a hacer un posgrado en Berkeley. Y ahí es donde conoció a mi papá. Yo nací en alguna parte de eso. Tenían sus estudios. Mi mamá se estaba convirtiendo en psicóloga. Mi papá se estaba convirtiendo en profesor de inglés. O sea, los papás de mi papá nacieron en México. Viven en una casita en East LA y no hablan inglés y tienen un restaurante chiquito. Es como si mi mamá y mi papá hubieran creado todo un mundo nuevo para ellos mismos. Yo vivo en su nuevo mundo. Pero ellos entienden el viejo mundo, el mundo del que vienen… Y yo no. No pertenezco a ningún lado. Ese es el problema.

—Sí perteneces —dije—. Perteneces a todo lugar al que vas. Simplemente eres así.

—Nunca me has visto junto a mis primos. Me siento como un bicho raro.

Sabía lo que era sentirse así.

—Lo sé —dije—. También yo me siento como un bicho raro.

—Bueno, por lo menos tú eres mexicano de verdad.

—¿Y yo qué sé de México, Dante?

El silencio al otro lado del teléfono era extraño.

—¿Crees que siempre sea así?

—¿Qué?

—O sea, ¿cuándo comenzaremos a sentir como que el mundo nos pertenece?

Quería decirle que el mundo nunca nos pertenecería.

—No lo sé —dije—. Mañana.

Nueve

Entré a la cocina y miré a mi mamá mientras limpiaba sus gabinetes.

—¿De qué hablaban tú y Dante?

—De cosas.

Quería preguntarle por mi hermano. Pero sabía que no se lo iba a preguntar.

—Me estaba contando de su mamá y su papá, cómo se conocieron en la escuela de posgrado en Berkeley. Cómo nació ahí Dice que se acordaba de que sus papás leían libros y estudiaban todo el tiempo.

Mi mamá sonrió.

—Igual que tú y yo.

—No me acuerdo de eso.

—Yo estaba terminando la licenciatura mientras tu papá estaba en la guerra. Me ayudaba distraerme un rato de las cosas. Me preocupaba todo el tiempo. Mi mamá y mis hermanas me ayudaron a cuidar a tus hermanas y a tu hermano mientras me iba a la escuela y estudiaba. Y cuando volvió tu papá, te tuvimos a ti.

Me sonrió y me hizo eso que hacía de peinarme-el-pelo-con-sus-dedos.

—Tu papá siguió con el correo y yo seguí yendo a la escuela. Te tenía a ti y tenía la escuela. Y tu papá estaba seguro.

—¿Fue difícil?

—Estaba feliz. Y eras tan buen bebé. Pensé que me había ido al cielo. Compramos esta casa. Le hacían falta arreglos, pero era nuestra. Y yo estaba haciendo lo que siempre había querido hacer.

—¿Siempre quisiste ser maestra?

—Siempre. Cuando estaba creciendo, no teníamos nada, pero mi mamá entendió cuánto significaba la escuela para mí. Lloró cuando le dije que me

iba a casar con tu papá.

—¿No le agradaba?

—No, no era eso. Solo quería que yo siguiera yendo a la escuela. Le prometí que lo haría. Me tomó un rato, pero cumplí mi promesa.

Esa era la primera vez que realmente veía a mi madre como persona. Una persona que era tanto más que solo mi mamá. Era extraño pensar en ella así. Quería preguntarle por mi padre, pero no sabía cómo.

—¿Había cambiado? ¿Cuando volvió de la guerra?

—Sí.

—¿Cómo había cambiado?

—Había una herida en alguna parte dentro de él, Ari.

—¿Pero qué es? Lo que le duele, ¿qué es?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saber, mamá?

—Porque es suya. Solo suya, Ari.

Entendí que ella simplemente había aceptado la herida privada de mi padre.

—¿Sanará algún día?

—No lo creo.

—¿Mamá? ¿Te puedo preguntar algo?

—Me puedes preguntar lo que quieras.

—¿Es difícil amarlo?

—No. —Ni siquiera vaciló.

—¿Lo entiendes?

—No siempre. Pero Ari, no siempre tengo que entender a la gente que amo.

—Bueno, quizá yo sí.

—Es difícil para ti, ¿no es así?

—No lo conozco, mamá.

—Sé que te vas a enojar conmigo cuando te diga esto, Ari, pero te lo voy a decir de todos modos. Creo que algún día *sí* lo entenderás.

—Sí —dije—. Algún día.

Algún día entendería a mi padre. Algún día me diría quién es. Algún día. Odiaba esa frase.

Diez

Me gustaba que mi mamá me contara qué sentía sobre las cosas. Parecía poder hacerlo. No es que habláramos tanto, pero a veces lo hacíamos, y era bueno, y sentía como que la conocía. Y no sentía que conocía a mucha gente. Cuando hablaba conmigo, era distinta que cuando estaba siendo mi madre. Cuando estaba siendo mi madre, tenía muchas ideas sobre quién debería de ser yo. Y yo detestaba eso, me peleaba con ella por eso, no quería su aporte.

No pensaba que me correspondiera aceptar lo que todos decían que era y lo que debía ser. «Quizá si no fueras tan callado, Ari»… «Quizá si fueras un poco más disciplinado»… Sí, todos tenían sugerencias sobre lo que estaba mal conmigo y en qué debía convertirme. En especial mis hermanas mayores.

Porque yo era el menor.

Porque yo fui la sorpresa.

Porque nací demasiado tarde.

Porque mi hermano mayor estaba en la cárcel y quizá mi madre y mi padre se culpaban a ellos mismos. Si tan solo hubieran dicho algo, hecho algo. No iban a volver a cometer ese error otra vez. Así que me encajaban la culpa de mi familia… Una culpa de la que ni siquiera mi mamá quería hablar. A veces mencionaba a mi hermano de paso. Pero nunca decía su nombre.

Así que ahora yo era el único hijo. Y sentía el peso de un hijo en una familia mexicana. Aunque no lo quisiera. Pero así era.

Me enojaba que me sintiera como si hubiera traicionado a mi familia al mencionarle a mi hermano a Dante. No se sentía bien. Había tantos fantasmas en nuestra casa: el fantasma de mi hermano, los fantasmas de la

guerra de mi papá, los fantasmas de las voces de mis hermanas. Y pensaba que quizá había fantasmas dentro de mí que ni siquiera había conocido todavía. Estaban ahí. A la espera.

Levanté mi viejo diario y hojeé sus páginas. Encontré una entrada que escribí una semana después de cumplir quince años:

No me gusta tener quince años.

No me gusta tener catorce años.

No me gusta tener trece años.

No me gusta tener doce años.

No me gusta tener once años.

Estuvo bien tener diez. Me gustaba tener diez. No sé por qué, pero tuve un muy buen año cuando estaba en quinto grado. Quinto fue muy bueno. La señora Pedregón era una gran maestra y, por alguna razón, yo parecía agradarle a todos. Un buen año. Un año excelente. Quinto grado. Pero ahora, a los quince, bueno, las cosas son un poco incómodas. Mi voz está haciendo cosas raras y a cada rato choco con las cosas. Mi mamá dice que mis reflejos tratan de mantenerse al tanto del hecho de que estoy creciendo tanto.

No me gusta mucho este asunto de crecer.

Mi cuerpo está haciendo cosas que no puedo controlar y simplemente no me gusta.

De repente tengo pelo por todos lados. Pelo debajo de los brazos y pelo en las piernas y pelo alrededor de mi… Bueno… Pelo entre mis piernas. Está bien, no me está gustando. Tengo hasta pelo creciéndome en los dedos del pie. ¿De qué se trata?

Y los pies me están creciendo más y más. ¿Qué es eso de los pies grandes? Cuando tenía diez años, era bastante pequeño y no me preocupaba el pelo. La única cosa que me preocupaba era tratar de hablar inglés perfecto. Ese año decidí —cuando tenía diez años— que no iba a sonar como otro mexicano. Iba a ser un estadounidense. Y cuando hablara iba a sonar como uno.

Y qué importa si no me veo exactamente como un estadounidense.

De todos modos, ¿cómo se ve un estadounidense?

¿Un estadounidense tiene manos grandes y pies grandes y pelo alrededor de su… Bueno, pelo entre las piernas?

Leer mis propias palabras me avergonzó por completo. O sea, qué pendejo. Debía ser el perdedor más grande del mundo escribiendo sobre el pelo y cosas sobre mi cuerpo. Con razón paré de escribir un diario. Era como mantener un registro de mi propia estupidez. ¿Por qué querría hacer eso? ¿Por qué querría recordarme a mí mismo lo imbécil que era?

No sé por qué no agarré el diario y lo lancé al otro lado del cuarto. Seguí hojeándolo al azar. Y luego encontré una sección sobre mi hermano.

No hay fotos de mi hermano en nuestra casa.

Hay fotos de mis dos hermanas mayores el día de sus bodas. Hay fotos de mi mamá con su vestido de la primera comunión. Hay fotos de mi papá cuando estuvo en Vietnam. Hay fotos mías de bebé, yo el primer día de escuela, yo agarrando un trofeo de primer lugar con mis compañeros de equipo de la pequeña liga.

Hay fotos de mis tres sobrinas y cuatro sobrinos.

Hay fotos de mis abuelos, que están todos muertos.

Por toda la casa, hay fotos.

Pero no hay fotos de mi hermano.

Porque está en la cárcel.

Nadie en mi casa habla de él.

Es como estar muerto.

Es peor que estar muerto. Por lo menos de los muertos hablan y puedes escuchar historias sobre ellos. La gente sonríe cuando cuentas todas estas historias. Y hasta se ríen. Hasta del perro que teníamos se habla.

Hasta a Charlie, el perro muerto, le toca una historia.

A mi hermano no le tocan historias.

Ha sido borrado de nuestra historia familiar. No me parece correcto. Mi hermano es más que una palabra escrita en un pizarrón. O sea, tengo que escribir un ensayo sobre Alexander Hamilton y hasta sé cómo se ve.

Preferiría escribir un ensayo sobre mi hermano.

No creo que a nadie de la escuela le interesaría leer ese ensayo.

Me preguntaba si alguna vez tendría el valor de decirles a mis papás que me contaran sobre mi hermano. Una vez les pregunté a mis hermanas mayores. Tanto Cecilia como Sylvia me lanzaron una mirada. «Jamás lo menciones».

Recuerdo que pensé que, si hubieran tenido una pistola, me habrían disparado.

Me descubrí susurrando una y otra vez: «Mi hermano está en la cárcel, mi hermano está en la cárcel, mi hermano está en la cárcel». Quería sentir esas palabras en mi boca mientras las hablaba en voz alta. Las palabras podían ser como la comida: se sentían como algo en tu boca. Sabían a algo. «Mi hermano está en la cárcel». Esas palabras tenían un sabor amargo.

Pero lo peor era que esas palabras estaban viviendo dentro de mí. Y se estaban escurriendo fuera de mí. Las palabras no eran cosas que pudieras controlar. No siempre.

No sabía lo que me estaba pasando. Todo era caos y tenía miedo. Me sentía como el cuarto de Dante antes de que pusiera todo en orden. Orden. Eso es lo que necesitaba. Así que tomé mi diario y comencé a escribir:

Estas son las cosas que están pasando en mí vida (sin un orden particular):

◊ *Me dio influenza y me siento muy mal, y también me siento muy mal por dentro.*

◊ *Siempre me he sentido muy mal por dentro. Las razones de esto siguen cambiando.*

◊ *Le dije a mi papá que siempre he tenido malos sueños. Y eso es cierto. Nunca le había dicho eso antes a nadie. Ni siquiera a mí mismo. Solo supe que era verdad cuando lo dije.*

◊ *Odié a mi mamá por un minuto o dos porque me dijo que no tengo amigos.*

◊ *Quiero saber de mi hermano. Si supiera más sobre él, ¿lo odiaría?*

◊ *Mi papá me abrazó cuando tenía fiebre y quería que me abrazara para siempre.*

◊ *El problema no es que no ame a mi mamá y a mi papá. El problema es que no sé cómo amarlos.*

◊ *Dante es el primer amigo que he tenido jamás. Eso me asusta.*

◊ *Creo que si Dante de verdad me conociera, no le agradaría.*

Once

Tuvimos que esperar más de dos horas en el consultorio del médico. Pero mi mamá y yo llegamos preparados. Llevé el libro de poemas que Dante había traído a mi casa, el libro de poemas de William Carlos Williams; y mamá, ella trajo la novela que estaba leyendo: *Bless me, Ultima*.

Yo estaba sentado frente a ella en la sala de espera y sabía que a veces me estaba estudiando. Sentí sus ojos sobre mí.

—No sabía que te gustara la poesía.

—Es el libro de Dante. Su papá tiene libros de poesía por toda la casa.

—Es una cosa maravillosa eso que hace su papá.

—¿Quieres decir ser profesor?

—Sí. Qué maravilloso.

—Supongo —dije.

—Cuando yo iba a la universidad, nunca tuve a un profesor chicano. Ni una vez. —Tenía una mirada en el rostro, casi de enojo.

Yo sabía tan poco sobre ella. Sobre lo que había vivido. Lo que se sentía ser ella. Nunca me importó; en realidad, no. Me comenzaba a importar, comenzaba a hacerme preguntas. Comenzaba a cuestionarlo todo.

—¿Te gusta la poesía, Ari?

—Sí. Supongo que sí.

—Quizá serás un escritor —dijo—. Un poeta.

Sonaba como algo tan hermoso cuando me lo dijo. Demasiado hermoso para mí.

Doce

No me pasaba nada. Eso es lo que dijo el médico. Solo me estaba recuperando normalmente de una influenza severa. Una tarde desperdiciada. Solo que había visto rabia aparecer en el rostro de mi madre por un instante. Iba a tener que pensar en eso.

Justo cuando se estaba volviendo menos misteriosa, era más un misterio.

Finalmente me dejaron salir de casa.

Me reuní con Dante en la alberca, pero me faltaba el aire fácilmente. En general miraba a Dante nadar.

Parecía como que iba a llover. Siempre llegaban como en esta época del año las lluvias. Escuché los truenos a lo lejos. Mientras caminábamos hacia la casa de Dante, comenzó a llover. Luego comenzó a diluviar.

Miré a Dante.

—No voy a correr si tú no lo haces.

—No voy a correr.

Así que caminamos en la lluvia. Yo quería caminar más rápido, pero en vez de eso, bajé el paso. Miré a Dante.

—¿Lo puedes soportar?

Sonrió.

Lentamente caminamos hasta su casa. En la lluvia. Empapados.

El papá de Dante hizo que nos pusiéramos ropa seca cuando llegamos a su casa y nos dio un sermón.

—Ya sé que Dante no tiene un gramo de sentido común. Pero Ari, pensaba que tú eras un poco más responsable.

Dante no pudo evitar interrumpir.

—Ya parece, papá.

—Apenas se recuperó de la influenza, Dante.

—Ya estoy bien —dije—. Me gusta la lluvia.

Miré al suelo.

—Lo siento.

Puso su mano en mi barbilla y la levantó. Me miró.

—Chicos de verano —dijo.

Me gustaba la manera en que me miraba. Pensé que era el hombre más amable del mundo. Quizá todo el mundo era amable. Quizá incluso mi padre. Pero el señor Quintana era valiente. No le importaba si el mundo entero se enteraba de que era amable. Dante era justo como él.

Le pregunté a Dante si su papá alguna vez se enojaba.

—No se enoja con mucha frecuencia. Casi nunca. Pero cuando *sí* se enoja, trato de mantenerme fuera de su camino.

—¿De qué se enoja?

—Una vez tiré todos sus papeles.

—¿Hiciste eso?

—No me estaba poniendo atención.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce.

—Así que lo hiciste enojar a propósito.

—Algo así.

De la nada comencé a toser. Nos miramos en pánico.

—Té caliente —dijo Dante.

Asentí. Buena idea.

Nos sentamos, tomando nuestro té y mirando la lluvia caer sobre su porche delantero. El cielo estaba casi negro, y luego comenzó a granizar. Era tan hermoso y escalofriante, que me pregunté sobre la ciencia de las tormentas y cómo a veces parecía que una tormenta quería romper el mundo y cómo el mundo se rehusaba a romperse.

Estaba mirando el granizo cuando Dante me dio un golpecito en el hombro.

—Tenemos que conversar sobre algo.

—¿Conversar?

—Una charla.

—Platicamos todos los días.

—Sí, pero… Quiero decir una charla.

—¿Sobre qué?

—Sobre, ya sabes, cómo somos. Nuestros papás. Cosas así.

—¿Nadie te dijo jamás que no eres normal?

—¿Debería de aspirar a eso?

—No lo eres. No eres normal —negué con la cabeza—. ¿De dónde saliste?

—Mis papás tuvieron sexo una noche.

Casi me pude imaginar a sus papás teniendo sexo… Cosa que fue medio rara.

—¿Cómo sabes que era de noche?

—Buen punto.

Estallamos en risas.

—Está bien —dijo—. Esto es serio.

—¿Es como un juego?

—Sí.

—Yo juego.

—¿Cuál es tu color favorito?

—Azul.

—Rojo. ¿Auto favorito?

—No me gustan los autos.

—A mí tampoco. ¿Canción favorita?

—No tengo una. ¿La tuya?

—«The Long and Winding Road».

—¿«The Long and Winding Road»?

—Los Beatles, Ari.

—No la conozco.

—Gran canción, Ari.

—Juego aburrido, Dante. ¿Nos estamos entrevistando el uno al otro?

—Algo así.

—¿Para qué puesto estoy solicitando trabajo?

—Mejor amigo.

—Pensaba que ya me habías dado el trabajo.

—No estés tan seguro, cabrón arrogante.

Se inclinó hacia mí y me golpeó. No fuerte. Pero tampoco suave.

Eso me hizo reír.

—Linda boquita.

—¿No te gustaría a veces levantarte y gritar todas las groserías que te has aprendido?

—Todos los días.

—¿Todos los días? Eres peor que yo. —Miró el granizo—. Es como nieve cabreada —dijo.

Eso me hizo reír.

Dante negó con la cabeza.

—Somos demasiado buena gente, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Nuestros papás nos volvieron chicos buenos. Lo odio.

—No creo ser tan bueno.

—¿Estás en una pandilla?

—No.

—¿Tomas drogas?

—No.

—¿Bebes?

—Me gustaría.

—A mí también. Pero esa no era la pregunta.

—No, no tomo.

—¿Tienes sexo?

—¿Sexo?

—Sexo, Ari.

—No, nunca he tenido sexo, Dante. Pero me gustaría.

—A mí también. ¿Ves lo que te digo? Somos buenos.

—Buenos —dije—. Mierda.

—Mierda —dijo.

Y luego estallamos en risas.

Toda la tarde. Dante me lanzó preguntas. Las contesté. Cuando paró de granizar y llover, el cálido día se había súbitamente vuelto fresco. El mundo entero parecía estar callado y tranquilo, y yo quería ser el mundo y sentirme

así.

Dante se levantó del descanso del porche y se paró en la banqueta. Levantó sus brazos hacia los cielos.

—Todo es tan malditamente hermoso —dijo. Se giró—. Vamos a caminar.

—Nuestros tenis —dije.

—Papá los metió a la secadora. ¿A quién le importa?

—Sí, ¿a quién le importa?

Sabía que ya había hecho eso antes, caminar descalzo sobre la banqueta mojada, sabía que había sentido la brisa contra mi rostro. Pero no se sentía como si alguna vez lo hubiera hecho. Se sentía como si sucediera por primera vez.

Dante estaba diciendo algo, pero yo escuchaba en realidad. Estaba mirando fijamente el cielo, las nubes oscuras, escuchando los truenos distantes.

Miré a Dante, la brisa viva en su largo pelo oscuro.

—Nos vamos a ir por un año —dijo.

De repente me sentí triste. No, no exactamente triste. Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo.

—¿Se van?

—Sí.

—¿Por qué? O sea, ¿cuándo?

—Mi papá va a ser profesor visitante por un año en la universidad de Chicago. Creo que les interesa contratarlo.

—Eso es estupendo —dije.

—Sí —dijo.

Yo estaba contento, y luego, de golpe, estaba triste. No podía soportarlo, lo triste que estaba. No lo miré. Solo levanté la mirada al cielo.

—Suena muy bien. ¿Y cuándo te vas?

—A finales de agosto.

Seis semanas. Sonreí.

—Qué bien.

—Te la pasas diciendo «qué bien».

—Pues, lo está.

—Sí, lo está. ¿No estás triste de que me vaya?

—¿Por qué habría de estar triste?

Sonrió y entonces, no sé, había una mirada en su rostro y era difícil saber lo que pensaba o sentía, que era extraño porque el rostro de Dante era un libro abierto para todo el mundo.

—Mira —dijo. Apuntó hacia un pájaro en medio de la calle que trataba de volar. Podía ver que una de sus alas estaba rota.

—Se va a morir —susurré.

—Lo podemos salvar.

Dante caminó hasta la mitad de la calle y trató de levantar al pájaro. Lo miré mientras levantaba al pájaro asustado. Eso es lo último que recuerdo antes de que un coche virara por la esquina. «¡Dante! ¡Dante!» Sabía que los gritos venían desde adentro mío. «¡Dante!»

Recuerdo haber pensado que todo era un sueño. Todo. Solo era otra pesadilla. No dejaba de pensar en que el mundo se terminaba. Pensé en los gorriones que caían del cielo.

«¡Dante!»

El fin del verano

¿Recuerdas
el verano de la lluvia…?
Debes dejar caer todo lo que quiera caer.

—Karen Fiser

Uno

Recuerdo el auto que viraba del otro lado de la esquina y a Dante parado en medio de la calle sosteniendo a un pájaro con el ala rota. Recuerdo las calles resbalosas después de la tormenta de granizo. Recuerdo gritar su nombre. «¡Dante!»

Desperté en un cuarto de hospital.

Tenía las dos piernas enyesadas.

También mi brazo izquierdo. Todo parecía verdaderamente lejano y todo mi cuerpo me dolía y no dejaba de pensar: «¿Qué pasó?». Tenía un leve dolor de cabeza. «¿Qué pasó? ¿Qué pasó?» Hasta los dedos me dolían. Juro que me dolían. Me sentía como una pelota de futbol después del partido. Mierda. Debo de haber soltado un gemido o algo así, porque de repente mi mamá y mi papá estaban parados justo a un lado de mi cama. Mi mamá estaba llorando.

—No llores —dije. Tenía la garganta verdaderamente seca y no sonaba como yo. Sonaba como otra persona.

Se mordió el labio y extendió la mano, y me peinó el pelo con los dedos.

Solo me quedé mirándola.

—Solo no llores, ¿está bien?

—Tenía miedo de que nunca te despertaras. —Solo lloraba contra el hombro de mi papá.

Una parte de mí comenzaba a asimilarlo todo. Otra parte de mí solo quería estar en otro lado. Quizá nada de esto estaba ocurriendo de verdad. Pero estaba ocurriendo. Lo estaba. No parecía verdadero. Solo que tenía un dolor severo. Y *eso* era real. Era la cosa más real que hubiera conocido jamás.

—Duele —dije.

Fue ahí cuando mi mamá extinguió sus lágrimas y se volvió a ella misma otra vez. Me alegré. Odiaba verla débil y llorando y cayéndose en pedazos. Me pregunté si así se sintió cuando se llevaron a mi hermano a la cárcel. Apretó un botón en mi suero; luego lo puso en mi mano.

—Si tienes mucho dolor, puedes apretar esto cada quince minutos.

—¿Qué es?

—Morfina.

—Finalmente me puedo meter drogas.

Ignoró mi broma.

—Voy por la enfermera. —Mi mamá: siempre estaba entrando en acción. Me gustaba eso de ella.

Volteé a mirar la habitación y me pregunté por qué me había despertado. Pensaba que si tan solo pudiera dormirme otra vez, entonces ya no me dolería. Prefería mis pesadillas al dolor.

Miré a mi papá.

—Está bien —dije—. Todo está bien.

En verdad no creía en lo que estaba diciendo.

Mi papá llevaba una sonrisa seria.

—Ari, Ari —dijo—. Eres el chico más valiente del mundo.

—No lo soy.

—Lo eres.

—Soy el tipo que le tiene miedo a sus propios sueños, papá. ¿Te acuerdas?

Me encantaba su sonrisa. ¿Por qué no podía sonreír todo el tiempo?

Le quería preguntar qué había pasado. Pero tenía miedo. No sé… Tenía la garganta seca y simplemente no podía hablar, y luego recordé todo y la imagen de Dante sosteniendo a un pájaro herido me pasó volando por la cabeza. No pude recobrar el aliento y tuve miedo, y pensé que quizá Dante estaba muerto, y luego sentí que todo este pánico vivía dentro de mí. «¿Dante?» Escuché su nombre en mi boca.

La enfermera estaba parada junto a mí. Tenía una voz agradable.

—Te voy a revisar la presión —dijo.

Solo me quedé ahí acostado y le dejé hacer lo que quisiera. No me

importó. Ella sonrió.

—¿Cómo está tu dolor?

—Mi dolor está muy bien —murmuré.

Ella se rio.

—Nos diste un buen susto, jovencito.

—Me gusta asustar a la gente —murmuré.

Mi madre negó con la cabeza.

—Me gusta la morfina —dije. Cerré los ojos—. ¿Dante?

—Está muy bien —dijo mi mamá.

Abrí los ojos.

Escuché la voz de mi padre.

—Está asustado. Muy asustado.

—¿Pero está bien?

—Sí. Está bien. Ha estado esperando que te despiertes. —Mi mamá y mi papá se miraron el uno al otro. Escuché la voz de mi mamá—. Está aquí.

Estaba vivo. Dante. Me sentí respirar.

—¿Qué le pasó al pájaro que sostenía?

Mi papá se estiró hacia mí y me apretó la mano.

—Chicos locos —susurró—. Chicos locos, locos.

Lo miré mientras salía de la habitación.

Mi mamá solo se me quedaba viendo.

—¿Adónde fue papá?

—Fue por Dante. No se ha ido. Lleva aquí las últimas 36 horas… Esperando que tú…

—¿Treinta y seis horas?

—Te hicieron cirugía.

—¿Cirugía?

—Te tuvieron que reparar los huesos.

—Está bien.

—Te van a quedar cicatrices. Estuviste despierto un ratito después de la cirugía.

—No lo recuerdo.

—Estabas adolorido. Te dieron algo. Luego perdiste el conocimiento otra vez.

—No lo recuerdo.

—El doctor dijo que probablemente no lo harías.

—¿Dije algo?

—Solo gemías. Preguntaste por Dante. No se quiso ir. Es un joven muy obstinado.

Eso me hizo sonreír.

—Sí, bueno, gana todas nuestras discusiones. Igual que las que tengo contigo.

—Te amo —susurró—. ¿Sabes cuánto te amo?

Era lindo cómo me decía eso. Hacía mucho tiempo que no me lo decía.

—Te amo más. —Cuando era niño, solía decirle eso.

Pensé que iba a volver a llorar. Pero no lo hizo. Bueno, hubo lágrimas, pero no llanto de verdad. Me pasó un vaso de agua y tomé un poquito de un popote.

—Tus piernas —dijo—. El auto te atropelló las piernas.

—No fue culpa del conductor —dije.

Ella asintió.

—Tuviste a un cirujano muy, muy bueno. Todos los quiebres estuvieron debajo de las rodillas. Dios. —Se detuvo—. Pensaban que perderías las piernas. —Se detuvo y se limpió las lágrimas de la cara—. Nunca te voy a volver a dejar salir de la casa, nunca más.

—Fascista —susurré.

Me besó.

—Chico dulce y hermoso.

—No soy tan dulce, mamá.

—No discutas conmigo.

—Está bien —le dije—. Soy dulce.

Comenzó a llorar de nuevo.

—Está bien —le dije—. Todo está bien.

Dante y mi papá entraron a la habitación. Nos miramos y sonreímos. Tenía unas puntadas sobre su ojo izquierdo y el lado izquierdo de su cara estaba todo raspado. Tenía dos ojos morados y llevaba un yeso en su brazo derecho.

—Hola —dijo.

—Hola —dije.

—Como que combinamos —dijo.

—Te gano —susurré.

—Finalmente logras ganar una discusión.

—Sí, finalmente —dije—. Estás hecho mierda.

Estaba parado justo a un lado mío.

—Tú también.

Solo nos miramos.

—Suenas cansado —dijo.

—Sí.

—Me da gusto que te hayas despertado.

—Sí, me desperté. Pero duele menos cuando duermo.

—Me salvaste la vida, Ari.

—El héroe de Dante. Justo lo que siempre quise ser.

—No hagas eso, Ari. No te burles. Casi te matas.

—No lo hice a propósito.

Comenzó a llorar. Dante y sus lágrimas. Dante y sus lágrimas.

—Me empujaste. Me empujaste y me salvaste la vida.

—Parece como que te empujé y le di una paliza a tu cara.

—Me da más carácter —dijo.

—Fue ese maldito pájaro —dije—. Le podemos echar la culpa al pájaro. De todo.

—No más pájaros para mí.

—Claro que no.

Comenzó a llorar de nuevo.

—Ya párale —dije—. Mi mamá ha estado llorando, y ahora tú estás llorando; y hasta parece que papá quiere llorar. Reglas. Tengo reglas. Nada de lágrimas.

—Está bien —dijo—. Nada de lágrimas. Los niños no lloran.

—Los niños no lloran —dije—. Las lágrimas me cansan muchísimo.

Dante se rio. Y luego se puso muy serio.

—Te echaste un clavado como si estuvieras en la alberca.

—No tenemos que hablar de esto.

Solo siguió hablando.

—Te echaste un clavado como, no sé, como algún tipo de jugador de futbol que se lanza contra el tipo con la pelota, y me empujaste del camino. Todo pasó tan rápido y aún así, tú solo, no sé, tú solo supiste qué hacer. Solo que te podrías haber matado. —Miré las lágrimas caer por su rostro—. Y todo porque soy un idiota, parado en medio de la calle tratando de salvar a un pájaro estúpido.

—Estás rompiendo la regla de cero llanto otra vez —dije—. Los pájaros no son estúpidos.

—Casi hice que te mataras.

—Tú no hiciste nada. Solo estabas siendo tú.

—No más pájaros para mí.

—Me gustan los pájaros —dije.

—Ya los dejé. Me salvaste la vida.

—Te dije. No lo hice a propósito.

Eso hizo reír a todos. Dios, qué cansado estaba. Y me dolía tanto, y recuerdo a Dante que me apretaba la mano y me decía una y otra vez: «Lo siento, lo siento, Ari, Ari, Ari, perdóname, perdóname».

Supongo que los efectos secundarios de la cirugía y la morfina me hacían sentir un poco drogado.

Recuerdo haber tarareado «La bamba». Sé que Dante, y mi mamá, y mi papá seguían en el cuarto, pero no me podía quedar despierto.

Recuerdo a Dante que me apretaba la mano. Y recuerdo haber pensado: «¿Perdonarte? ¿De qué, Dante? ¿Qué hay que perdonar?».

No sé por qué, pero había lluvia en mis sueños.

Dante y yo estábamos descalzos. La lluvia no cejaba.

Y yo tenía miedo.

Dos

No sé cuánto tiempo estuve en el hospital. Unos cuantos días. Cuatro días. Quizá cinco. Seis. Diablos, no lo sé. Me pareció eterno.

Me hicieron pruebas. Es lo que hacen en los hospitales. Estaban revisando para asegurarse de que no tuviera otras lesiones internas. En especial lesiones cerebrales. Un neurólogo me vino a ver. No me gustó. Tenía el pelo oscuro y unos ojos de un verde realmente oscuro a los que no les gustaba ver a la gente. A él no parecía importarle. O eso, o le importaba demasiado. La cosa es que no era muy bueno con la gente. No habló mucho conmigo. Tomó muchos apuntes.

Aprendí cómo a las enfermeras les gustaba la cháchara y les encantaba tomarte tus signos vitales. Eso es lo que hacían. Te daban una píldora que te ayudara a dormir, luego se la pasaban despertándote toda la noche. Maldición. Quería dormir. Quería dormir y despertarme para ver que mis yesos habían desparecido. Eso fue lo que le dije a una de mis enfermeras.

—¿Qué no pueden ponerme a dormir y despertarme cuando me quiten los yesos y ya?

—Niño bobo —dijo la enfermera.

Sí. Niño bobo.

Recuerdo este detalle: mi cuarto estaba repleto de flores. Flores de todas las amigas-de-la-iglesia de mamá. Flores de la mamá y el papá de Dante. Flores de mis hermanas. Flores de los vecinos. Flores del jardín de mi mamá. Flores. Mierda. Hasta entonces, nunca había tenido una opinión sobre las flores. Decidí que no me gustaban.

Mi cirujano más o menos me agradaba. Él tenía todo que ver con las lesiones deportivas. Era más o menos joven y se veía que era deportista; ya sabes, un gringo grandote de manos grandes y dedos largos, y yo me

pregunté por eso. Tenía las manos de un pianista. Recuerdo haber pensado eso. Pero no sabía un pepino sobre las manos de los pianistas o las manos de los cirujanos y recuerdo haber soñado con ellas. Sus manos. En mi sueño sanaba el pájaro de Dante y lo dejaba libre en el cielo de verano. Fue un sueño agradable. No tenía de esos con mucha frecuencia.

El doctor Charles. Así se llamaba. Sabía lo que hacía. Un buen tipo. Sí, eso es lo que pensé. Respondió todas mis preguntas. Y yo tenía muchas.

—¿Tengo clavos en las piernas?

—Sí.

—¿Para siempre?

—Sí.

—¿Y no va a tener que volver a entrar?

—Espero que no.

—¿No habla mucho, eh, doc?

Se rio.

—Eres un chico rudo, ¿eh?

—No creo ser tan rudo.

—Bueno, yo creo que *sí* eres rudo. Creo que eres rudo como el demonio.

—¿Sí?

—He visto cosas. Sí. En serio, Aristóteles. ¿Te puedo contar algo?

—Llámeme Ari.

—Ari —sonrió—. Me sorprende lo bien que aguantaste la operación. Y me sorprende lo bien que estás ahora. Es sorprendente, en verdad.

—Es la suerte y los genes —dije—. Los genes los heredé de mi mamá y mi papá. Y la suerte, pues, no sé de dónde vino eso. De Dios, quizá.

—¿Eres religioso?

—En realidad no. Esa sería mi mamá.

—Sí, pues, las mamás y Dios se llevan bastante bien, en general.

—Supongo —dije—. ¿Cuándo voy a parar de sentirme mal?

—En casi nada.

—¿En casi nada? ¿Me va a estar doliendo y dando comezón por ocho semanas?

—Va a mejorar.

—Claro. ¿Y por qué, si mis piernas se rompieron *debajo de* la rodilla, tengo los yesos *arriba* de la rodilla?

—Solo quiero mantenerte quieto por dos o tres semanas. No quiero que te dobles. Podrías lastimarte otra vez. Los tipos duros se presionan. Después de una cuantas semanas, te cambio los yesos. Luego podrás doblar las piernas.

—Mierda.

—¿Mierda?

—¿Unas cuantas semanas?

—Le daremos tres semanas.

—¿Tres semanas sin doblar las piernas?

—No es tanto tiempo.

—Es verano.

—Y luego te mandaré con un fisioterapeuta.

Tomé una bocana de aire.

—Mierda. ¿Y esto? —dije apuntando mi yeso del brazo hacia él. De verdad me estaba deprimiendo.

—Esa fractura no estuvo tan mal. En un mes te lo quitamos.

—¿Un mes? Mierda.

—Te gusta esa palabra, ¿verdad?

—Preferiría usar otras.

Sonrió.

—Con mierda me basta y alcanza.

Quería llorar. Lo hice. Más bien me sentía enojado y frustrado, y sabía que me iba a decir que tenía que ser paciente. Y eso fue exactamente lo que dijo.

—Solo tienes que ser paciente. Vas a quedar como nuevo. Estás joven. Eres fuerte. Tienes estupendos huesos saludables. Tengo todas las razones para creer que vas a sanar muy bien.

Muy bien. Paciencia. Mierda.

Revisó mi sensación en los dedos del pie, me hizo inhalar, me hizo seguir sus dedos con mi ojo izquierdo, y luego el derecho.

—¿Sabes? —dijo—, fue magnífico lo que hiciste por tu amigo Dante.

—Mire, quisiera que la gente dejara de hablar de eso.

Levantó la mirada. Tenía esta expresión en el rostro.

—Podrías haber acabado como parapléjico. O peor.

—¿Peor?

—Jovencito, te podrías haber matado.

Matado. Está bien.

—La gente se la pasa diciéndomelo. Mire, doc, estoy vivo.

—No te gusta mucho ser un héroe, ¿verdad?

—Le dije a Dante que no lo hice a propósito. A todos se les hizo chistoso. No era broma. Ni siquiera recuerdo haberme tirado hacia él. No es como si me hubiera dicho a mí mismo: «Voy a salvar a mi amigo Dante». No fue así. Solo fue un reflejo; ya sabe, como cuando alguien te pega en el huesito debajo de la rodilla. Tu pierna simplemente se jalonea. Así fue. Simplemente pasó.

—¿Solo un reflejo? ¿Simplemente pasó?

—Exactamente.

—¿Y no eres responsable por nada de eso?

—Solo fue una de esas cosas.

—¿Solo fue una de esas cosas?

—Sí.

—Yo tengo otra teoría.

—Por supuesto que la tiene… Es un adulto.

Se rio.

—¿Y qué tienes en contra de los adultos?

—Tienen demasiadas ideas sobre quién somos. O quién deberíamos de ser.

—Ese es nuestro trabajo.

—Lindo —dije.

—Lindo —dijo—. Escucha, hijo, sé que no piensas en ti mismo como valiente, o con coraje, o ninguna de esas cosas. Claro que no lo haces.

—Solo soy un tipo normal.

—Sí, así es como te ves a ti mismo. Pero empujaste a tu amigo del camino de un coche que se acercaba. Hiciste eso, Ari, y no pensaste en ti o en lo que te pasaría. Lo hiciste porque eso es lo que eres. Yo lo pensaría si fuera tú.

—¿Para qué?

—Solo piénsalo.

—No estoy seguro de querer pensar tanto.

—Está bien. Solo para que lo sepas, Ari, creo que eres un joven único. Eso es lo que creo.

—Se lo dije, doc: solo fue un reflejo.

Me sonrió de oreja a oreja y me puso la mano en el hombro.

—Conozco tu tipo, Ari. Ya te descubrí. —No sé exactamente a qué se refería con eso. Pero estaba sonriendo.

Justo después de esa conversación con el doctor Charles, la mamá y el papá de Dante vinieron a visitarme. El señor Quintana se me acercó y me besó en la mejilla. Así como si fuera lo normal hacerlo. Supongo que para él *era* normal. Y en verdad, pensé que el gesto fue medio lindo; ya sabes, dulce, pero de alguna manera me hizo sentir un poquito incómodo. No estaba acostumbrado a eso. Y se la pasaba agradeciéndome una y otra y otra vez. Quería decirle que le parara ya. Pero lo dejé seguir y seguir, porque sabía cuánto amaba a Dante y estaba tan feliz, y yo estaba feliz de que él estuviera feliz. Así que estaba bien.

Quería cambiar el tema. O sea, no tenía mucho de qué hablar. Me sentía fatal. Pero estaban ahí para verme, y yo podía hablar y, ¿sabes?, podía procesar las cosas aunque mi mente estuviera todavía un poco nublada. Así que dije:

—¿Entonces se van a Chicago por un año?

—Sí —dijo—. Dante todavía no me lo perdona.

Como que solo me le quedé mirando.

—Todavía está enojado. Dice que no lo consultamos.

Eso me hizo sonreír.

—No quiere faltar a la natación por un año. Me dijo que podría vivir contigo por un año.

Eso me sorprendió. Dante guardaba más secretos de lo que pensaba. Cerré los ojos.

—¿Estás bien, Ari?

—A veces me vuelve loco la comezón. Así que solo cierro los ojos.

Tenía una mirada realmente gentil en su rostro.

No le dije que lo nuevo para mí era tratar de imaginarme cómo se veía mi hermano cada vez que no podía soportar más la sensación de mis piernas.

—En fin, es bueno hablar —dije—. Me mantiene distraído de otras cosas.

Abrí los ojos.

—Así que Dante está enojado con usted.

—Bueno, le dije que de ninguna manera lo dejaría aquí por un año.

Me imaginé a Dante lanzándole una mirada a su padre.

—Dante es terco.

Escuché la voz de la señora Quintana.

—Lo heredó de mí.

Eso me hizo sonreír. Sabía que era cierto.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo—. Creo que Dante te va a extrañar. Creo que esa es la verdadera razón por la que no se quiere ir.

—Yo también lo voy a extrañar —dije. Me arrepentí de decirlo. Era cierto, está bien, pero tampoco tenía que decirlo.

Su papá me miró.

—Dante no tiene muchos amigos.

—Pensaba que le agradaba a todos.

—Es cierto. Dante le agrada a todos. Pero siempre ha sido una especie de solitario. No parece llevarse con la bola. Siempre ha sido así —me sonrió—. Como tú.

—Puede ser —dije.

—Eres el mejor amigo que jamás haya tenido. Creo que deberías de saberlo.

No quería saber eso. No sabía *por qué* no quería saberlo. Le sonreí. Era un buen hombre. Y estaba hablando conmigo. Conmigo. Con Ari. Y aunque no quería tener esta conversación en particular, supe que simplemente debía dejarme llevar. No había tanta gente buena en el mundo.

—Sabe, si lo piensa, soy un tipo medio aburrido. No sé qué es lo que ve Dante.

No podía creer que les acababa de decir eso.

La señora Quintana estaba parada más lejos. Pero se acercó y se paró

justo al lado de su esposo.

—¿Por qué piensas eso, Ari?

—¿Qué?

—¿Por qué piensas que eres aburrido?

«Dios», pensé, «apareció la terapeuta». Simplemente me encogí de hombros. Cerré los ojos. Está bien, sabía que cuando los abriera, todavía estarían ahí. A Dante y a mí nos perseguía la maldición de padres a los que les importábamos. ¿Por qué no nos podían dejar solos y ya? ¿Qué demonios pasó con los papás que estaban demasiado ocupados, o eran demasiado egoístas, o simplemente les importaba un pepino lo que hacían sus hijos?

Decidí abrir los ojos de nuevo.

Sabía que el señor Quintana iba a decir otra cosa. Podía simplemente sentirlo. Pero quizá percibió algo en mí. No lo sé. No dijo nada más.

Comenzamos a hablar de Chicago. Me dio gusto que no estuviéramos hablando de mí, o de Dante, o de lo que ocurrió. El señor Quintana dijo que la universidad les había encontrado un lugar pequeño. La señora Quintana iba a pedir una licencia de ocho meses de su práctica. Así que en realidad no se iban a ir un año completo. Solo un año escolar.

No recuerdo todo de lo que platicaron los Quintana. Estaban haciendo un esfuerzo tan grande, y una parte de mí estaba contenta de que estuvieran ahí, pero a otra parte de mí le importaba un pepino. Y, claro, la conversación volvió a cambiar a mí y a Dante. La señora Quintana dijo que iba a llevar a Dante a un terapeuta.

—Se siente tan mal —dijo. También que quizá sería buena idea que yo también fuera a ver a un terapeuta. Sí, lo que te diría un terapeuta—. Estoy preocupada por los dos —dijo.

—Debería de ir a tomar café con mi mamá —le dije—. Pueden preocuparse juntas.

Al señor Quintana le pareció que eso era chistoso, pero en realidad no lo dije para ser chistoso.

La señora Quintana me dio una amplia sonrisa.

—Aristóteles Mendoza, no eres mínimamente aburrido.

Después de un rato, estaba de verdad cansado y dejé de concentrarme.

No sé por qué no podía soportar la gratitud en los ojos del señor

Quintana cuando se despidió. Pero fue la señora Quintana la que realmente me llegó. A diferencia de su marido, no era el tipo de mujer que dejara que la gente viera lo que en verdad sentía. No es que no fuera linda y decente y todo eso. Claro que lo era. Solo que cuando Dante decía que su mamá era inescrutable, sabía exactamente de qué estaba hablando.

Antes de irse, la señora Quintana tomó mi rostro entre sus manos, me miró directamente a los ojos, y susurró:

—Aristóteles Mendoza, te amaré por siempre. —Su voz era suave, y segura, y feroz, y no había lágrimas en sus ojos. Sus palabras eran serenas y sobrias, y me miró directamente, porque quería que yo supiera que decía cada palabra con sinceridad.

Esto es lo que entendí: una mujer como la señora Quintana no usaba la palabra «amor» con mucha frecuencia. Y cuando decía esa palabra, hablaba en serio. Y entendí una cosa más: la mamá de Dante lo amaba más de lo que jamás sabría. Yo no sabía qué hacer con ese trozo de información. Así que solo me lo guardé dentro. Eso es lo que hacía con todo. Lo guardé dentro.

Tres

Recibí una llamada de Dante.

—Perdón, no te he ido a ver —dijo.

—Está bien —le dije—. En realidad no estoy de humor para hablar con la gente.

—Yo tampoco —dijo—. ¿Te cansaron mi mamá y papá?

—No. Son lindos.

—Mi mamá dice que tengo que ir a terapia.

—Sí, me dijo algo así.

—¿Tú vas a ir?

—Yo no voy a ninguna parte.

—Tú mamá y mi mamá, ellas hablaron.

—Te apuesto que sí. ¿Así que vas a ir?

—Cuando mamá cree que algo es una buena idea, no hay escapatoria. Es mejor seguirla en silencio.

Eso me hizo reír. Quería preguntarle qué le diría al terapeuta. Pero creo que en realidad no quería saberlo.

—¿Cómo sigue tu cara? —dije.

—Me gusta mirarla.

—Qué raro eres. Quizá sea buena idea que vayas al terapeuta.

Me gustó escucharlo reír. Hizo que las cosas parecieran normales. Una parte de mí pensaba que las cosas nunca volverían a ser normales.

—¿Todavía te duele mucho, Ari?

—No sé. Es como si mis piernas fueran mis patronas. No puedo pensar en otra cosa. Solo me quiero arrancar los yesos y, mierda, no sé.

—Todo es mi culpa. —Odiaba esa cosa en su voz.

—Escucha —dije—. ¿Podemos poner unas reglas aquí?

—¿Reglas? Más reglas. ¿Cómo la regla de no-llanto, dices?

—Exacto.

—¿Ya te quitaron la morfina?

—Sí.

—Solo estás de mal humor.

—Esto no se trata de mi humor. Se trata de las reglas. No sé por qué te molesta tanto, amas las reglas.

—Odio las reglas. En general me gusta romperlas.

—No, Dante, te gusta hacer tus propias reglas. En la medida en que las reglas sean tuyas, te gustan.

—Ah, ¿así que ahora me analizas?

—¿Ya ves? No necesitas ir a un terapeuta. Me tienes a mí.

—Se lo diré a mi madre.

—Cuéntame qué dice. —Creo que los dos sonreíamos—. Mira, Dante, solo quiero decir que tenemos que poner unas reglas aquí.

—¿Reglas postoperatorias?

—Les puedes decir así, si quieres.

—Está bien, ¿y cuáles son las reglas?

—Regla número uno: no hablamos del accidente. Nunca jamás. Regla número dos: deja de darme las gracias. Regla número tres: nada de esto es tu culpa. Regla número cuatro: pasemos a lo siguiente.

—No estoy seguro de que me gusten las reglas, Ari.

—Retómalas con tu terapeuta. Pero esas son las reglas.

—Suenas enojado.

—No estoy enojado.

Podía notar que Dante estaba enojado. Sabía que yo hablaba en serio.

—Está bien —dijo—. No volveremos a hablar del accidente. Es una regla estúpida, pero está bien. ¿Y puedo solo decir «lo siento» una vez más? ¿Y puedo decir «gracias» una vez más?

—Lo acabas de hacer. No más, ¿okey?

—¿Estás entornando los ojos?

—Sí.

—Está bien, no más.

Esa tarde tomó el autobús y me vino a visitar. Se veía, pues, no tan bien.

Trató de fingir que no le dolía mirarme, pero nunca pudo esconder lo que sentía.

—No te sientas mal por mí —le dije—. El doctor me dijo que voy sanar muy bien.

—¿Muy bien?

—Es exactamente lo que dijo. Así que dame de ocho a diez o doce semanas, y volveré a ser el de siempre. Y no porque ser el de siempre sea gran cosa.

Dante se rio. Luego me miró.

—¿Vas a empezar una regla de no-risa?

—La risa siempre es buena. La risa funciona.

—Bien —dijo. Se sentó y sacó unos libros de su mochila—. Te traje material de lectura. *Las uvas de la ira* y *La guerra y la paz*.

—Estupendo —le dije.

Me lanzó una mirada.

—Podría haberte traído más flores.

—Odio las flores.

—Por alguna razón lo adivinaba —me sonrió entre dientes.

Clavé la mirada en los libros.

—Están jodidamente largos —dije.

—De eso se trata.

—Supongo que tengo tiempo.

—Exactamente.

—¿Ya los leíste?

—Claro que sí.

—Claro que sí.

Deslizó los libros sobre la mesita junto a mi cama.

Negué con la cabeza. Sí. Tiempo. Mierda.

Sacó su cuaderno para dibujar.

—¿Me vas a dibujar con estos yesos?

—No. Solo que se me ocurrió que quizá te gustaría mirar algunos de mis bocetos.

—Está bien —dije.

—No te emociones demasiado.

—No es eso. El dolor viene y va.

—¿Te duele ahora mismo?

—Sí.

—¿Estás tomando algo?

—Trato de no hacerlo. Odio cómo me hace sentir la porquería que me dan. —Apreté el botón de la cama, para poder incorporarme. Quería decir: «Odio esto», pero no lo hice. Quería gritar.

Dante me pasó el cuaderno de dibujo.

Comencé a abrirlo.

—Lo puedes mirar después de que me vaya.

Supongo que se dibujó una pregunta en mi rostro.

—Tú tienes reglas. Yo tengo reglas también.

Fue bueno reír. Quería reír, y reír, y reír hasta volverme otro al reírme. Lo verdaderamente estupendo de reírme era que me hacía olvidar la sensación extraña y horrible en mis piernas. Aunque fuera por solo un minuto.

—Cuéntame sobre la gente en el autobús.

Sonrió.

—Había un hombre en el autobús que me contó sobre los extraterrestres de Roswell. Me dijo que…

No sé si en realidad escuché la historia. Supongo que era suficiente con escuchar la voz de Dante. Era como escuchar una canción. Seguí pensando en el pájaro con el ala rota. Nadie me contó lo que le pasó al pájaro. Y no podía ni preguntar, porque estaría rompiendo mi propia regla sobre no hablar del accidente. Dante siguió contando la historia sobre el hombre del autobús y los extraterrestres de Roswell y cómo algunos se habían escapado a El Paso y planeaban tomar control del sistema de transportes.

Mientras lo miraba, me pasó la idea por la cabeza de que lo odiaba.

Me leyó unos poemas. Estaban lindos, supongo. No estaba de humor.

Cuando finalmente se fue, me quedé mirando su cuaderno de dibujo. Nunca dejaba que nadie mirara sus esbozos. Y ahora me los estaba mostrando a mí. A mí. Ari.

Sabía que solo me estaba dejando ver su trabajo porque estaba agradecido.

Odiaba toda la gratitud.

Dante sentía que me debía algo. No quería eso. No eso.

Tomé su cuaderno de dibujo en mis manos y lo tiré al otro lado del cuarto.

Cuatro

Típico que mi mamá entrara al cuarto justo cuando el cuaderno de dibujo de Dante golpeó la pared.

—¿Me quieres contar de qué se trataba eso?

Negué con la cabeza.

Mi mamá levantó el cuaderno de dibujo. Se sentó. Lo iba a abrir.

—No lo hagas —le dije.

—¿Qué?

—No lo mires.

—¿Por qué?

—A Dante no le gusta que la gente mire sus dibujos.

—¿Solo tú?

—Supongo.

—¿Entonces por qué lo lanzaste al otro lado del cuarto?

—No lo sé.

—Sé que no quieres hablar de esto, Ari, pero creo…

—No quiero saber qué piensas, mamá. Solo que no quiero hablar.

—No es bueno que te guardes todo dentro. Sé que esto es duro. Y los próximos dos o tres meses van a ser muy difíciles. Guardarte todo dentro no te va a ayudar a sanar.

—Bueno, quizá me tengas que llevar con un terapeuta para que hable de mis dificultades.

—Conozco el sarcasmo cuando lo escucho. Y no creo que un terapeuta sea tan mala idea.

—¿Están haciendo tratos a escondidas tú y la señora Quintana?

—Eres un pasado de listo.

Cerré los ojos y los abrí.

—Haré un trato contigo, mamá. —Casi podía probar la rabia en mi lengua. Lo juro—. Tú háblame de mi hermano y yo hablaré de lo que siento.

Vi la mirada en su rostro. Parecía sorprendida y herida. Y enojada.

—Tu hermano no tiene nada que ver con esto.

—¿Crees que tú y papá son los únicos que se pueden guardar las cosas dentro? Papá se guarda toda una guerra dentro de él. Puedo guardar las cosas dentro también.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Así no lo veo yo. Ve tú con un terapeuta. Que vaya papá con un terapeuta. Y quizás después de eso, yo vaya con un terapeuta.

—Voy por un café —dijo.

—Tómate tu tiempo.

Cerré los ojos. Supongo que esto iba a ser lo nuevo en mí. No podía exactamente largarme echando chispas. Solo tendría que cerrar los ojos y dejar el universo afuera.

Cinco

Mi papá me visitaba cada tarde.

Quería que se fuera.

Trató de hablar conmigo, pero no servía. Básicamente se sentaba ahí y ya. Eso me volvía loco. Se me metió una idea en la cabeza.

—Dante dejó dos libros —dije—. ¿Cuál quieres leer? Yo leo el otro.

Escogió *La guerra y la paz*.

Para mí estaba bien *Las uvas de la ira*.

No estaba tan mal, mi papá y yo sentados en un cuarto de hospital. Leyendo.

Las piernas me picaban como locas.

A veces, solo respiraba.

La lectura ayudaba.

A veces sabía que mi papá me estaba estudiando.

Me preguntó si todavía estaba teniendo sueños.

—Sí —dije—. Ahora estoy buscando mis piernas.

—Las encontrarás —dijo.

Mi mamá nunca mencionó la conversación que tuvimos sobre mi hermano. Solo fingió que no había ocurrido. No estoy seguro de cómo me sentí al respecto. Lo bueno era que no me estaba presionando a hablar. Pero, ya sabes, solo pasaba el rato, tratando de asegurarse de que estuviera cómodo. *No estaba cómodo*. ¿Quién demonios puede estar cómodo con dos piernas enyesadas? Necesitaba ayuda para hacer todo. Y estaba cansado de las bacinicas. Y estaba cansado de viajar en silla de ruedas. Mi mejor amiga, la silla de ruedas. Y mi mejor amiga, mi mamá. Me estaba volviendo loco.

—Mamá, estás encima de mí. Me vas a obligar a decir esa palabra. De

verdad.

—No te atrevas a decir esa palabra frente a mí.

—Juro que lo haré, mamá, si no paras.

—¿Qué es este papel de listillo que has estado interpretando?

—No es un papel, mamá. No estoy en una obra.

Estaba desesperado.

—Mamá, las piernas me duelen y cuando no me duelen, me pican. Me quitaron la morfina…

—Que es algo bueno —interrumpió mi madre.

—Sí, está bien, mamá. No podemos tener a un pequeño adicto corriendo por ahí, ¿verdad que no?

Como si pudiera correr por ahí.

—Maldición, mamá, solo quiero estar solo. ¿Está bien contigo? ¿Que solo quiera estar solo?

—Está bien —dijo.

Me dio más espacio después de eso.

Dante nunca volvió a visitarme. Llamaba dos veces al día solo para saludar. Se había enfermado. Influenza. Me sentí mal por él. Sonaba terrible. Dijo que tenía sueños. Le dije que yo también tenía sueños. Una vez llamó y dijo:

—Te quiero decir algo, Ari.

—Está bien —dije.

Y luego no dijo nada.

—¿Qué? —le dije.

—Olvídalo —dijo—. No importa.

Pensé que probablemente importaba mucho.

—Está bien —dije.

—Quisiera que pudiéramos nadar otra vez.

—Yo también.

Me dio gusto que llamara. Pero también me dio gusto que no me pudiera venir a ver. No sé por qué. Por alguna razón pensé: «Mi vida será distinta ahora». Y me seguía repitiendo eso. Me preguntaba cómo habría sido perder las piernas. Y en un sentido las había perdido. No para siempre. Pero por un rato.

Traté de usar muletas. No iba a funcionar. No porque las enfermeras y mi mamá no me lo advirtieran. Supongo que solo tenía que verlo por mí mismo. Era simplemente imposible con las dos piernas completamente rectas y la mano izquierda enyesada.

Era difícil hacer todo. Lo peor para mí era que tenía que usar la bacinica. Supongo que podrías decir que lo encontraba humillante. Esa era la palabra. No podía ni siquiera bañarme de verdad… Y en realidad no podía usar las dos manos. Pero lo bueno es que podía usar todos mis dedos. Eso era algo, supongo.

Podía practicar usar la silla de ruedas con las piernas estiradas. Le puse de nombre a la silla Fidel.

El doctor Charles me vino a visitar una última vez.

—¿Ya pensaste en lo que te dije?

—Sí.

—¿Y?

—Y creo que tomaste una muy buena decisión al volverte cirujano. Habrías sido un pésimo terapeuta.

—Así que siempre has sido un sabiondo, ¿eh?

—Siempre.

—Bueno, pues te puedes ir a casa y ser un sabiondo ahí. ¿Cómo te suena?

Quería abrazarlo. Estaba contento. Estaba contento como por diez segundos. Y luego comencé a sentirme verdaderamente ansioso.

Le di un sermón a mi mamá.

—Cuando lleguemos a casa, no tienes permiso de estar encima de mí.

—¿De qué se trata esto de hacer tantas reglas, Ari?

—Nada de estar encima de mí. Es todo.

—Vas a necesitar ayuda —dijo.

—Pero también voy a necesitar que me dejes solo.

Me sonrió.

—El Gran Hermano te está mirando.

Le devolví la sonrisa.

Incluso cuando quería odiar a mi mamá, la amaba. Me pregunté si era normal que los chicos de quince años amaran a sus madres. Quizá lo era.

Quizá no.

Recuerdo meterme en el auto. Me tuve que estirar en el asiento de atrás. Fue una monserga conseguir meterme. Por suerte mi papá era fuerte. Todo era tan malditamente difícil y a mis papás les daba tanto miedo lastimarme.

Nadie dijo nada en el auto.

Mientras miraba hacia fuera, buscaba pájaros.

Quería cerrar los ojos y dejar que el silencio me tragara entero.

Seis

La mañana después de que volví a casa, mi mamá me lavó el pelo.

—Tienes el pelo tan hermoso —dijo.

—Creo que me lo voy a dejar crecer —dije. Como si tuviera una opción. Un viaje al barbero sería una pesadilla.

Me dio un baño de esponja.

Cerré los ojos y me quedé quieto para ella.

Me rasuró.

Cuando salió del cuarto, rompí en sollozos. Nunca había estado así de triste. *Nunca he estado así de triste. Nunca he estado así de triste*.

Mi corazón me dolía incluso más que mis piernas.

Sé que mi mamá me escuchó. Tuvo la decencia de dejarme llorar solo.

Me quedé mirando por la ventana la mayor parte del día. Practiqué impulsarme por la casa en la silla de ruedas. Mi mamá a cada rato reacomodaba las cosas para hacerlo más fácil.

Nos sonreíamos mucho.

—Puedes mirar la tele —dijo.

—Te pudre el cerebro —le dije—. Tengo un libro.

—¿Te gusta?

—Sí. Está medio difícil. No las palabras, sino de lo que se trata. Supongo que los mexicanos no son los únicos pobres del mundo.

Nos miramos. En realidad no sonreímos. Pero nos sonreíamos el uno al otro por dentro.

Mis hermanas vinieron a cenar. Mis sobrinos y sobrinas me firmaron el yeso. Creo que sonreí mucho, y todos hablaban y reían y todo parecía tan normal. Y me dio gusto por mi mamá y mi papá, porque creo que era yo el que estaba volviendo triste la casa.

Cuando se fueron mis hermanas, le pregunté a mi papá que si nos podíamos sentar en el porche delantero.

Me senté sobre Fidel. Mi mamá y papá se sentaron en sus mecedoras para la intemperie.

Tomamos café.

Mi mamá y mi papá estaban tomados de la mano. Me pregunté cómo era eso, tomarse de la mano de alguien. Apuesto a que a veces podías encontrar todos los misterios del universo en la mano de alguien.

Siete

Fue un verano lluvioso. Cada tarde, las nubes se juntaban como un parvada de cuervos, y llovía. Me enamoré de los truenos. Terminé de leer *Las uvas de la ira*. Luego terminé de leer *La guerra y la paz*. Decidí que quería leer todos los libros de Ernest Hemingway. Mi papá decidió que leería todo lo que yo leyera. Quizá esa era nuestra manera de hablar.

Dante venía todos los días.

En general, Dante hablaba y yo escuchaba. También decidió que debería de leerme *Fiesta* en voz alta. No iba a discutir yo con él. Nunca lograría ganarle en terquedad a Dante Quintana. Así que todos los día leía un capítulo del libro. Y luego platicábamos al respecto.

—Es un libro triste —dije.

—Sí. Por eso te gusta.

—Sí —dije—. Exactamente por eso.

Nunca me preguntó nada sobre lo que pensaba de sus dibujos. Me dio gusto eso. Había colocado su cuaderno de dibujo debajo de mi cama y me rehusé a mirarlo. Creo que estaba castigando a Dante. Me había dado un trozo de él mismo que nunca le había dado a otro ser humano. Y yo ni me había preocupado por mirarlo. ¿Por qué estaba haciendo eso?

Un día dejó escapar que finalmente había ido a ver a un terapeuta.

Esperaba que no me dijera nada sobre su sesión de terapia. No lo hizo. Me dio gusto. Y luego como que me enojé de que no lo hubiera hecho. Está bien, estaba temperamental. E inconsistente. Sí, así estaba yo.

Dante no paraba de mirarme.

—¿Qué?

—¿Vas a ir?

—¿Adónde?

—A ver a un terapeuta, idiota.

—No.

—¿No?

Me miré las piernas.

Podía ver que quería volver a decirme «lo siento». Pero no lo hizo.

—Me ayudó —dijo—. Ir con el terapeuta. No estuvo tan mal. De verdad ayudó.

—¿Vas a volver?

—Puede ser.

Asentí.

—Hablar no ayuda a todos.

Dante sonrió.

—No que tú sepas.

Le devolví la sonrisa.

—Sí. No que yo sepa.

Ocho

No sé cómo pasó, pero una mañana vino Dante y decidió que sería él quien me daría el baño de esponja.

—¿Está bien? —dijo.

—Pues, es como el trabajo de mi mamá —dije.

—Me dijo que estaba bien —dijo.

—¿Le preguntaste?

—Sí.

—Ah —dije—. Aun así, es su trabajo, en realidad.

—¿Tu papá? ¿Nunca te ha bañado?

—No.

—¿Rasurado?

—No. No quiero que lo haga.

—¿Por qué no?

—Simplemente no quiero.

Se quedó callado.

—No te voy a lastimar.

Ya me lastimaste. Eso es lo que quería decir. Esas eran las palabras que me entraron a la cabeza. Esas fueron las palabras con las que lo quería abofetear. Las palabras eran crueles. Yo era cruel.

—Déjame —me dijo.

En vez de decirle que se fuera el demonio, le dije que estaba bien.

Había aprendido a volverme completamente pasivo cuando mi mamá me bañaba y rasuraba. Cerraba los ojos y pensaba en los personajes del libro que estaba leyendo. De alguna manera eso me ayudaba a sobrellevarlo.

Cerré los ojos.

Sentí las manos de Dante en mis hombros, el agua tibia, el jabón, el trapo.

Las manos de Dante eran más grandes que las de mi madre. Y más suaves. Era lento, metódico, cuidadoso. Me hizo sentir tan frágil como la porcelana.

No abrí los ojos una sola vez.

No dijimos una sola palabra.

Sentí sus manos en mi pecho desnudo. En mi espalda.

Dejé que me rasurara.

Cuando terminó, abrí los ojos. Las lágrimas le brotaban por la cara. Debí habérmelo esperado. Quería gritarle. Quería decirle que era yo el que debería de estar llorando.

Dante tenía cierta mirada en su cara. Parecía como un ángel. Y lo único que quería hacer era atravesarle la quijada con mi puño. No podía soportar mi propia crueldad.

Nueve

Tres semanas y dos días después del accidente, fui al consultorio médico por nuevos yesos y rayos X. Mi papá se tomó el día libre. De camino al consultorio médico, mi papá estaba muy platicador, cosa que era muy extraña.

—30 de agosto —dijo mi papá.

Okey, era mi fecha de cumpleaños.

—Se me ocurrió que quizá te gustaría un auto.

Un auto. Mierda.

—Sí —dije—. No manejo.

—Puedes aprender.

—Me dijiste que no querías que manejara.

—Yo nunca dije eso. Fue tu mamá la que lo dijo.

No podía ver el rostro de mi mamá desde el asiento trasero, y no podía exactamente acercarme.

—¿Y qué piensa mi madre?

—¿Te refieres a tu mamá, la fascista?

—Sí, ella —dije.

Todos estallamos en risas.

—Así que, ¿qué dices, Ari?

Mi papá sonaba como un niño.

—Creo que te gustaría, ya sabes, uno de esos autos *lowrider*.

Mi mamá no se inmutó.

—Primero muerta.

Perdí los estribos. Creo que probablemente me reí por cinco minutos sin parar. Mi papá se unió a la diversión.

—Está bien —dije finalmente—. ¿Es en serio?

—En serio.

—Quisiera una *pick up* vieja.

Mi mamá y mi papá intercambiaron miradas.

—Podemos hacer que eso suceda —dijo mi madre.

—Solo tengo dos preguntas. La primera pregunta es: ¿me están consiguiendo un auto porque se sienten mal de que sea un inválido?

Mi mamá estaba lista para esa.

—No. Estarás invalido por tres o cuatro semanas. Y luego tomarás un poco de terapia. Y luego estarás bien. Y ya no serás un inválido. Simplemente volverás a seguir jodiendo.

Mi mamá nunca decía groserías. Esto era algo serio.

—¿Cuál era tu segunda pregunta?

—¿Cuál de los dos me va a dar clases de manejo?

Los dos contestaron a la vez.

—Yo.

Se me ocurrió que los dejaría que resolvieran sus diferencias.

Diez

Odiaba vivir en el ambiente pequeño y claustrofóbico de mi casa. Ya no se sentía como casa. Me sentía como un invitado indeseado. Odiaba que me tuvieran que atender todo el tiempo. Odiaba que mis papás fueran tan pacientes conmigo. Lo odiaba. Es la verdad. No hacían nada mal. Solo trataban de ayudarme. Pero los odiaba. Y odiaba a Dante también.

Y me odiaba a mí mismo por odiarlos. Así que ahí estaba, mi propio ciclo vicioso. Mi propio universo de odio.

Pensaba que nunca terminaría.

Pensé que mi vida nunca mejoraría. Pero *sí* mejoró con mis nuevos yesos. Podía doblar las rodillas. Usé a Fidel por otra semana. Luego me quitaron el yeso del brazo y pude usar mis muletas. Le pedí a mi papá que pusiera a Fidel en el sótano para no tener que volver a ver esa estúpida silla de ruedas nunca jamás.

Con el uso pleno de mis manos, me podía bañar. Saqué mi diario y esto es lo que escribí: «¡ME BAÑÉ EN LA DUCHA!».

Estaba efectivamente casi feliz. Yo, Ari, casi feliz.

—Volvió tu sonrisa. —Eso es lo que dijo Dante.

—Las sonrisas son así. Vienen y van.

El brazo me dolía. El fisioterapeuta me dio unos ejercicios. «Mírame, puedo mover mi brazo. Mírame».

Me desperté un día, fui hacia el baño y me quedé mirando en el espejo. «¿Quién eres?» Fui hacia la cocina. Mi mamá estaba ahí, tomando una taza de café y revisando sus planes de lecciones para el nuevo año escolar.

—¿Planeando el futuro, mamá?

—Me gusta estar preparada.

Me senté frente a ella.

—Eres una buena chica exploradora.
—Te choca eso de mí, ¿verdad?
—¿Por qué dices eso?
—Te chocó todo eso, todo ese rollo de los exploradores.
—Papá me obligó a ir.
—¿Estás listo para volver a la escuela?
Levanté mis muletas.
—Sí, puedo usar shorts todos los días.
Me sirvió una taza de café y me peinó el pelo con los dedos.
—¿Quieres que te corte el pelo?
—No. Me gusta.
Me sonrió.
—A mí también me gusta.

Tomamos el café juntos, mi mamá y yo. No hablamos mucho. En general la veía revisar sus fólders. La luz de la mañana siempre se filtraba por la cocina. Y justo entonces, ella se veía joven. Pensé que era verdaderamente hermosa. *Era* bella. Me dio envidia. Ella siempre supo exactamente quién era.

Le quería preguntar: «Mamá, ¿cuándo sabré quién soy?». Pero no lo hice.

Mis muletas y yo caminamos de vuelta a mi habitación y saqué mi diario. Había estado evitando escribir en él. Creo que me daba miedo que todo mi enojo se vertiera sobre las páginas. Y simplemente no quería ver toda esa ira. Era un tipo distinto de dolor. Un dolor que no podía soportar. Traté de no pensar. Solo empecé a escribir:

◊ *La escuela comienza en cinco días. El segundo año. Supongo que tendré que ir a la escuela en muletas. Todos me notarán. Mierda.*

◊ *Me veo manejando por una carretera desértica en una pick up sin nadie a mi alrededor. Estoy escuchando Los Lobos. Me veo acostado en la caja de la pick up, mirando la estrellas. Nada de contaminación de luz*

◊ *La fisioterapia comenzará pronto. El doctor dice que la natación me hará mucho bien. Nadar me hará pensar en Dante. Maldición.*

◊ *Cuando esté lo suficientemente bien, voy a comenzar a levantar pesas. Papá tiene sus pesas viejas en el sótano.*

◊ *Dante se va en una semana. Me alegra. Necesito un descanso de él. Estoy cansado de que venga todos los días solo porque se siente mal. No sé si volveremos a ser amigos algún día.*

◊ *Quiero un perro. Lo quiero sacar a pasear todos los días.*

◊ *¡Caminar todos los días! Me encanta esa idea.*

◊ *No sé quién soy.*

◊ *Lo que de verdad quiero para mi cumpleaños: que alguien hable de mi hermano. Quiero ver su foto en una de las paredes de nuestra casa.*

◊ *De alguna manera había esperado que este fuera el verano en el que descubriría que estaba vivo. El mundo que mi mamá y papá decían que estaba ahí fuera esperándome. Ese mundo en realidad no existe.*

Dante vino esa tarde. Nos sentamos en los escalones del porche delantero. Extendió su brazo, el que se había roto en el accidente.

Extendí *mi* brazo, el que se había roto en el accidente.

—Todo mejor —dijo.

Los dos sonreímos.

—Cuando algo se rompe, se puede arreglar. —Volvió a extender su

brazo—. Como nuevo.

—Quizá no como nuevo —dije—. Pero bien de cualquier manera.

Su rostro había sanado. A la luz de la tarde, estaba perfecto otra vez.

—Fui a nadar hoy.

—¿Cómo estuvo?

—Amo nadar.

—Lo sé —dije.

—Amo nadar —volvió a decir. Se quedó callado un ratito. Y luego dijo —: Amo nadar… *y a ti*.

Yo no dije nada.

—Nadar y tú, Ari. Esas son las cosas que más amo.

—No deberías de decir eso —dije.

—Es verdad.

—No dije que no fuera verdad. Solo dije que no deberías decirlo.

—¿Por qué no?

—Dante, yo no.

—No tienes que decir nada. Sé que somos diferentes. No somos iguales.

—No, no somos iguales.

Yo sabía lo que estaba diciendo y deseaba con todas las ganas que él fuera otra persona, otra persona que no tenía que decir las cosas en voz alta. Solo seguí asintiendo.

—¿Me odias?

No sé qué pasó justo entonces. Desde el accidente había estado enojado con todos, odiaba a todos, odiaba a Dante, odiaba a mamá y a papá, me odiaba a mí mismo. A todos. Pero justo entonces supe que en realidad no odiaba a todos. En realidad no. No odiaba a Dante para nada. No sabía cómo ser su amigo. No sabía cómo ser el amigo de nadie. Pero eso no quería decir que lo odiara.

—No —dije—. No te odio, Dante.

Solo nos sentamos ahí, sin decir nada.

—¿Seremos amigos? ¿Cuando vuelva de Chicago?

—Sí —dije.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Me lo prometes?
Miré su rostro perfecto.
—Lo prometo.
Sonrió. No estaba llorando.

Once

Dante y sus papás vinieron a nuestra casa el día antes de irse a Chicago. Nuestras mamás cocinaron juntas. No me sorprendió que se llevaran tan bien. Eran parecidas de algunas maneras. *Sí* me sorprendió lo bien que se llevaron el señor Quintana y mi papá. Se sentaron en la sala y tomaron cerveza y hablaron de política. O sea, supongo que más o menos estaban de acuerdo en esas cosas.

Dante y yo nos la pasamos en el porche delantero.

Por alguna razón, a los dos nos gustaban los porches delanteros.

En realidad no estábamos hablando mucho. Creo que en realidad no sabíamos qué decirnos. Y luego se me metió esta idea a la cabeza. Estaba jugando con mis muletas.

—Tu cuaderno de dibujo está bajo mi cama. ¿Puedes ir a traérmelo?

Dante vaciló. Pero luego asintió.

Despareció dentro de la casa y lo esperé.

Cuando regresó, me pasó el cuaderno de dibujo.

—Tengo que confesarte algo —dije.

—¿Qué?

—No lo he mirado.

No dijo nada.

—¿Lo podemos ver juntos? —dije.

No dijo nada, así que solo abrí el cuaderno de dibujo. El primer boceto era un autorretrato. Estaba leyendo un libro. El segundo boceto era de su padre, que también estaba leyendo un libro. Y luego había otro autorretrato. Solo su propia cara.

—Te ves triste en este.

—Quizá estaba triste ese día.

—¿Estás triste ahora?

No contestó la pregunta.

Pasé la página y miré un boceto mío. No dije nada. Había cinco o seis bocetos míos que había hecho el día que vino. Los estudié con cuidado. Sus bocetos no tenían nada de descuidado. Nada de descuidado en absoluto. Eran exactos y deliberados y llenos de todas las cosas que sentía. Y aún así parecían tan espontáneos.

Dante no dijo palabra alguna mientras yo miraba sus bocetos.

—Son honestos —dije.

—¿Honestos?

—Honestos y verdaderos. Serás un gran artista algún día.

—Algún día —dijo—. Mira, no te tienes que quedarte con el cuaderno.

—Tú me lo diste. Es mío.

Es lo único que dijimos. Luego solo nos quedamos ahí.

En realidad no nos dijimos adiós esa noche. En realidad no. El señor Quintana me dio un beso en la mejilla. Eso era lo suyo. La señora Quintana puso su mano en mi barbilla y levantó mi cabeza. Me miró a los ojos como si quisiera recordarme lo que me había dicho en el hospital.

Dante me abrazó.

Yo le devolví el abrazo.

—Te veré en unos meses —dijo.

—Sí —dije.

—Te escribiré —dijo.

Sabía que lo haría.

No estaba tan seguro que yo le escribiría de vuelta.

Yo y mi mamá y mi papá nos sentamos afuera en el porche delantero después de que se fueron. Comenzó a llover y solo nos quedamos sentados. Sentados y mirando la lluvia en silencio. Seguía viendo a Dante parado en la lluvia sosteniendo a un pájaro con el ala rota. No podía distinguir si sonreía o no. ¿Qué si había perdido su sonrisa?

Me mordí el labio para no llorar.

—Amo la lluvia —susurró mi madre.

La amo también. La amo también.

Sentí que era el chico más triste del universo. El verano había llegado y

se había ido. El verano había llegado y se había ido. Y el mundo se estaba acabando.

Cartas en una página

Hay palabras que nunca aprenderé a escribir.

Uno

Primer día de escuela, preparatoria de Austin, 1987.

—¿Qué te pasó, Ari?

Tenía una respuesta de una palabra para esa pregunta.

—Accidente.

Gina Navarro me abordó durante el almuerzo y dijo:

—¿Accidente?

—Sí —dije.

—Esa no es una respuesta.

Gina Navarro. De alguna manera se sentía con derecho a acosarme porque me conocía desde primero de primaria. Si había algo que sabía de Gina es que no le gustaban las preguntas sencillas. «La vida es complicada». Ese era su lema. «¿Qué decir? ¿Qué decir?» Así que no le dije nada. Solo la miré.

—Nunca vas a cambiar, ¿verdad, Ari?

—El cambio está sobrevalorado.

—Como si lo supieras.

—Sí, como si lo supiera.

—No estoy segura de que me agrades, Ari.

—Tampoco estoy seguro de que me agrades, Gina.

—Bueno, no todas las relaciones se basan en *agradar*.

—Supongo que no.

—Mira, soy la cosa más cercana que jamás hayas tenido a una relación de largo plazo.

—Me estás deprimiendo completamente, Gina.

—No me culpes de tu melancolía.

—¿Melancolía?

—Búscala en el diccionario. Tus humores patéticos no son culpa de nadie más que tuya. Nada más mírate, ¿no? Eres un desastre.

—¿Soy un desastre? Vete a volar, Gina. Déjame en paz.

—Ese es tu problema. Demasiado tiempo en paz. Demasiado tiempo de Ari. Habla.

—No quiero. —Sabía que no lo iba a soltar.

—Mira, así que nada más cuéntame lo que pasó.

—Ya te dije. Fue un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Es complicado.

—Te estás burlando de mí.

—Lo notaste.

—Eres una mierda.

—Claro que lo soy.

—Claro que lo eres.

—Me estás sacando de mis casillas.

—Deberías de agradecérmelo. Por lo menos yo estoy hablando contigo. Eres el chico menos popular de toda la escuela.

Gesticulé hacia Charlie Escobedo, que estaba saliendo de la cafetería.

—No, ese es el chico menos popular de toda la escuela. No le llego ni a los talones.

Justo entonces estaba pasando Susie Byrd. Se sentó justo a un lado de Gina. Clavó la mirada en mis muletas.

—¿Qué pasó?

—Accidente.

—¿Accidente?

—Eso dice.

—¿Qué tipo de accidente?

—No quiere decirlo.

—Supongo que ninguna de las dos me necesita para esta conversación, ¿verdad?

Gina se estaba enojando. La última vez que había visto esa mirada en su cara me había lanzado una piedra.

—Dinos —dijo.

—Está bien —dije—. Fue después de un aguacero. ¿Se acuerdan de la tarde en que granizó?

Las dos asintieron.

—Ese fue el día. Bueno, había un tipo parado en medio de la calle y estaba llegando un coche. Así que me lancé y lo empujé del camino. Le salvé la vida. El auto me atropelló las piernas. Y esa es toda la historia.

—Dices tantas tonterías —dijo Gina.

—Es verdad —dije.

—¿Esperas que crea que eres algún tipo de héroe?

—¿Me vas a volver a arrojar una piedra?

—De verdad dices puras tonterías —dijo Susie—. ¿Quién era el tipo que supuestamente salvaste?

—No sé. Un tipo.

—¿Cómo se llamaba?

Esperé un poquito antes de contestar.

—Creo que su nombre era Dante.

—¿Dante? ¿Así se llamaba? Como si te creyéramos. —Gina y Susie intercambiaron la mirada: «Este tipo es jodidamente increíble». Esa mirada. Las dos se levantaron de la mesa y se fueron caminando.

Sonreí el resto del día. A veces, lo único que tienes que hacer es contarle la verdad a la gente. No te van a creer. Después de eso, te dejarán solo.

Dos

Mi última clase del día era inglés, con el señor Blocker. Un maestro nuevecito, recién salido de la escuela normal, todo sonrisas y entusiasmo. Todavía pensaba que los estudiantes de preparatoria eran lindos. No sabía la diferencia. Dante lo habría adorado.

Quería conocernos a todos. Claro, lo hizo. Los maestros nuevos; siempre sentía pena por ellos. Le echaban demasiadas ganas. Me daba vergüenza ajena.

La primera cosa que hizo el señor Blocker fue pedirnos que habláramos de *una* cosa interesante que pasó en el verano. Siempre me chocó este rollo rompehielos. Decidí preguntarle a mi mamá sobre los maestros y los ejercicios para romper el hielo.

Gina Navarro, Susie Byrd y Charlie Escobedo estaban todos en la misma clase. Eso no me gustaba. Esos tres siempre estaban haciendo muchas preguntas. Preguntas que no quería contestar. Querían conocerme más. Sí, pues, yo no estaba interesado en que me conocieran. Quería comprar una camiseta que dijera: «SOY INCOGNOSCIBLE». Pero eso solo habría hecho que Gina Navarro me hiciera más preguntas.

Así que ahí estaba, atorado en la clase con Gina, Susie y Charlie… y un nuevo maestro al que le gustaba hacer preguntas. Como que medio escuché las ideas de todos de lo que constituía lo interesante. Johnny Álvarez dijo que había aprendido a manejar. Felipe Calderón dijo que había ido a Los Ángeles a ver a su primo. Susie Byrd dijo que había ido a Girls State, un programa de liderazgo en Austin. Carlos Gallinar declaró que perdió la virginidad. Todos se rieron. «¿Quién fue? ¿Quién fue?» El señor Blocker tuvo que poner algunas reglas después de eso. Decidí simplemente pensar en otra cosa. Era excelente para soñar despierto. Llegué a pensar en la

camioneta que esperaba recibir para mi cumpleaños. Me estaba imaginando yendo por una calle de terracería, las nubes en el cielo azul, la música de U2 en el fondo. Ahí es cuando escuché la voz del señor Blocker dirigida hacia mí.

—¿Señor Mendoza? —Por lo menos dijo bien mi nombre. Levanté la mirada al señor Blocker—. ¿Está con nosotros?

—Sí, señor —dije.

Entonces escuché la voz de Gina gritar:

—No le pasa nada interesante nunca.

Todos se rieron.

—Eso es cierto —dije.

Pensé que quizás el señor Blocker pasaría al siguiente, pero no lo hizo. Solo esperó que dijera algo.

—Una cosa interesante, ¿eh? Gina tiene razón —dije—. No me pasó nada muy interesante este verano.

—¿Nada?

—Se me rompieron las piernas en un accidente. Supongo que eso cuenta como interesante.

Asentí, pero me sentí verdaderamente incómodo, así que decidí ser un pasado de listo como los demás.

—Ah —dije—, nunca había probado la morfina. Estuvo interesante.

Todos se rieron. En especial Charlie Escobedo, que había comprometido su vida a experimentar con sustancias que alteran los ánimos.

El señor Blocker sonrió.

—Debes haber tenido muchísimo dolor.

—Sí —dije.

—¿Vas a estar bien, Ari?

—Sí. —Odiaba esta conversación.

—¿Todavía te duele?

—No —dije. Era una mentira pequeña. La respuesta verdadera era más larga y más complicada. Gina Navarro tenía razón. La vida *era* complicada.

Tres

Levanté mi diario y lo hojeé. Estudié mi caligrafía. Tenía pésima caligrafía. Nadie la podía leer más que yo. Esa era la buena noticia. No porque alguien quisiera leerla. Decidí escribir algo. Esto es lo que escribí:

Aprendí a nadar este verano. No, no es cierto. Alguien me enseñó.

Dante.

Arranqué la página.

Cuatro

—¿Haces ejercicios de integración con tus alumnos el primer día de clases?

—Claro.

—¿Por qué?

—Me gusta llegar a conocer a mis alumnos.

—¿Para qué?

—Porque soy maestra.

—Te pagan por enseñar civismo. La primera, segunda y tercera enmienda de la Constitución. Cosas así. ¿Por qué no empiezas y ya?

—Le enseño a los estudiantes. Los estudiantes son gente, Ari.

—No somos tan interesantes.

—Son más interesantes de lo que crees.

—Somos difíciles.

—Ese es parte de su encanto. —Tenía una mirada interesante en su rostro. Reconocí esa mirada. Mi mamá; ella a veces residía en el espacio entre la ironía y la sinceridad. Ese era parte de *su* encanto.

Cinco

El segundo día de escuela. Normal. Solo que después de la escuela, mientras esperaba a mi mamá, esta chica, Ileana, se me acercó. Sacó un marcador y escribió su nombre en uno de mis yesos.

Me miró a los ojos. Quería desviar la mirada. Pero no lo hice.

Sus ojos eran como el cielo nocturno del desierto.

Sentí que había todo un mundo viviendo dentro de ella. Yo no sabía nada sobre ese mundo.

Seis

Una Chevy Pick Up de 1957. Color rojo cereza con guardafangos cromados, tapones cromados y llantas de banda blanca. Era la camioneta más hermosa del mundo. Y era mía.

Recuerdo haber mirado a los ojos oscuros de mi papá y susurrar:

—Gracias.

Me sentí estúpido y poco adecuado, y lo abracé. Patético. Pero fue sincero, el agradecimiento y el abrazo. Fue sincero.

Una camioneta de verdad. Una camioneta de verdad para Ari.

Lo que no recibí: una foto de mi hermano en una de las paredes de nuestra casa.

No se puede tenerlo todo.

Me senté en la camioneta y me tuve que obligar a regresar a la fiesta. Odiaba las fiestas, hasta las que hacían en mi honor. Justo en ese momento me habría gustado llevar la camioneta fuera, al camino abierto, con mi hermano sentado junto a mí. Y Dante también. Mi hermano y Dante. Esa habría sido fiesta suficiente para mí.

Supongo que *sí* extrañaba a Dante… Aunque trataba con ganas de no pensar en él. El problema con tratar con ganas de no pensar en algo es que pensaba en eso incluso más.

Dante.

Por alguna razón pensé en Ileana.

Siete

Todos los días me despertaba supertemprano y cojeaba hasta mi camioneta, que estaba acomodada en el garaje. La sacaba de reversa hasta la entrada. Había todo un universo a la espera de que lo descubriera en una *pick up*. Sentarme en el asiento del conductor hacía que todo pareciera posible. Era extraño sentir esos momentos de optimismo. Extraño y hermoso.

Encender el radio y solo sentarme ahí era mi versión de rezar.

Mi mamá salió una mañana y me tomó una foto.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó.

—A la escuela —dije.

—No —dijo—. No me refería a eso. La primera vez que puedas manejar esa cosa, ¿adónde la vas a llevar?

—Al desierto —dije. No le dije que quería salir y mirar todas las estrellas.

—¿Solo?

—Sí —dije.

Sabía que me quería preguntar si estaba haciendo más amigos nuevos en la escuela. Pero no lo hizo. Luego su mirada bajó a mis yesos.

—¿Quién es Ileana?

—Una chica.

—¿Está bonita?

—Demasiado bonita para mí, mamá.

—Niño tonto.

—Sí, niño tonto.

Esa noche tuve una pesadilla. Estaba bajando por una calle, manejando mi *pick up*. Ileana estaba sentada junto a mí. Volteé a mirarla y le sonreí. No lo vi a él, Dante, parado en medio de la calle. No pude parar. No pude parar.

Cuando me desperté, estaba empapado en sudor.

En la mañana, mientras estaba sentado en mi camioneta y tomaba una taza de café, mi mamá salió de la casa. Se sentó en los escalones del porche. Dio unas palmadas al escalón junto a ella. Me miró mientras me bajaba con torpeza de la camioneta. Había dejado de estar encima de mí.

Me las arreglé para llegar hasta ella y me senté a su lado en los escalones de enfrente.

—Te quitan los yesos la semana que viene —dijo.

Sonreí.

—Sí.

—Luego la terapia —dijo.

—Luego clases de manejo —dije.

—Tu padre está emocionado de enseñarte.

—¿Perdiste el volado?

Se rio.

—Tenle paciencia, ¿está bien?

—No hay problema, mamá. —Sabía que me quería hablar de algo. Siempre podía darme cuenta.

—¿Extrañas a Dante?

La miré.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Bueno, mira, mamá, es que, bueno, Dante, es como tú. O sea, a veces está encima de uno.

No dijo nada.

—Me gusta estar solo, mamá. Sé que no entiendes eso de mí, pero me gusta.

Asintió y pareció que realmente estaba escuchando.

—Estabas gritando su nombre anoche —dijo.

—Ah —dije—. Solo fue un sueño.

—¿Malo?

—Sí.

—¿Me lo quieres contar?

—En realidad no.

Me dio ese codazo, ese codazo que significa: «vamos a darle por su lado a mamá».

—¿Mamá? ¿A veces tienes pesadillas?

—No mucho.

—No como yo y papá.

—Tú y tu papá están peleando sus propias guerras privadas.

—Puede ser. Odio mis sueños. —Podía sentir a mi madre escucharme. Siempre estaba ahí. La odiaba por eso. Y la amaba—. Estaba manejando mi camioneta y llovía. No lo vi parado en medio de la carretera. No pude frenar. No pude.

—¿Dante?

—Sí.

Me apretó el brazo.

—Mamá, a veces quisiera fumar.

—Te quitaría la camioneta.

—Bueno, por lo menos ya sé lo que me va a pasar cuando rompa las reglas.

—¿Crees que soy mala?

—Creo que eres estricta. Demasiado estricta a veces.

—Lo siento.

—Eso no es cierto. —Agarré mis muletas—. Algún día voy a tener que romper algunas de tus reglas, mamá.

—Lo sé —dijo—. Trata de hacerlo a mis espaldas, ¿podrás?

—Puedes apostarlo, mamá.

Los dos nos sentamos ahí y nos reímos. Como solíamos hacerlo Dante y yo.

—Siento mucho lo de tus pesadillas, Ari.

—¿Papá escuchó?

—Sí.

—Lo siento.

—No puedes evitar lo que sueñas.

—Lo sé. No era mi intención atropellarlo.

—No lo hiciste. Solo fue un sueño.

No le conté que no había estado poniendo atención. Había estado

mirando a una chica cuando debí manejar. Y por eso atropellé a Dante. No le conté eso.

Ocho

Dos cartas de Dante en un día. Estaban sobre mi cama cuando llegué a casa de la escuela. Odiaba que mi mamá supiera de las cartas. Estupidez. ¿Por qué era eso? Privacidad. Exactamente. Un chico no tenía privacidad.

Querido Ari:
Okey, en realidad estoy medio enamorado de Chicago. Me subo al tren elevado a veces e invento historias en mi cabeza sobre la gente. Hay más gente negra aquí que en El Paso. Y eso me gusta. Hay muchos tipos irlandeses y europeos del este y, por supuesto, hay mexicanos. Hay mexicanos por todos lados. Somos como gorriones. ¿Sabes?, todavía no sé de verdad si soy mexicano. Creo que no lo soy. ¿Qué soy, Ari?

NO ME PERMITEN SUBIRME AL TREN ELEVADO DE NOCHE.

REPITO: NO ME LO PERMITEN.

Mi mamá y mi papá siempre creen que me va a pasar algo malo. No sé si eran así antes del accidente. Así que le digo a mi papá: «Papá, un auto no me puede atropellar el trasero en un tren elevado».

Mi papá, que es bastante relajado con la mayoría de las cosas, solo me lanzó una mirada. «Nada de subirte al tren elevado de noche».

A mi papá le gusta su trabajo aquí. Solo tiene que dar una clase y preparar una conferencia sobre algún tema. Creo que está escribiendo sobre el poema largo después del Modernismo o algo así. Estoy seguro de que mi mamá y yo iremos a la conferencia. Amo a mi papá, pero no estoy

tan metido en este rollo académico. Demasiado análisis. ¿Qué pasó con leer un libro porque te gusta?

Mi mamá está aprovechando la oportunidad para escribir un libro sobre adicciones en los jóvenes. La mayoría de sus clientes son adictos adolescentes. No habla mucho sobre su trabajo. Pasa mucho tiempo en la biblioteca estos días y creo que de verdad se la está pasando bien. Mis papás, los dos son cerebritos. Eso me gusta de ellos.

Tengo algunos amigos. Están bien. Distintos, supongo. ¿Sabes?, el grupo de gente en el que me interesé son todos goths. Fui a una fiesta y tomé mi primera cerveza. Bueno, en realidad, tres cervezas. Me emborraché un poquito. No demasiado, pero un poquito. No me decido si me gusta la cerveza o no. Estoy pensando en que cuando sea mayor seré un bebedor de vino. No quiero decir del barato tampoco. No creo ser un snob. Pero mi mamá dice que sufro del síndrome del hijo único. Creo que lo inventó. Y de todos modos, ¿quién tiene la culpa de eso? ¿Quién está evitando que tengan otro hijo?

En la fiesta me ofrecieron un churro. Le di un jalón o dos. Okey, en realidad no quiero hablar de eso.

Mi mamá me mataría si supiera que estoy experimentando con sustancias que alteran el ánimo. Cerveza y yerba. No tan mal. Pero mi mamá tendría una opinión distinta sobre eso. Me ha hablado de lo que llama «drogas de entrada». Los ojos se me ponen vidriosos cuando me da el sermón sobre las drogas y me pone una de esas miradas.

El tema de la yerba y el tema de la cerveza; solo fue una de esas cosas que pasa en una fiesta. No es tan gran cosa si lo piensas. No es que vaya a tener esta discusión con mi mamá. Ni con mi papá, tampoco.

¿Has tomado una cerveza? ¿Fumado yerba? Déjamelo saber.

Escuché a mi mamá y a mi papá hablar. Ya decidieron que si le ofrecen a mi papá trabajo aquí, lo va a rechazar. «No es un buen lugar para Dante». Ya lo decidieron. Claro, no me lo preguntan. Claro que no. ¿Qué tal algún aporte del mismo Dante? A Dante le gusta hablar por sí solo. Sí, le gusta.

No quiero que mis papás organicen su mundo alrededor de mí. Los voy a decepcionar algún día. ¿Y luego qué?

La verdad, Ari, es que extraño El Paso. Al principio, cuando nos mudamos ahí, lo odiaba. Pero ahora pienso en El Paso todo el tiempo.

Y pienso en ti.

Siempre tuyo.

Dante

P D. Voy a nadar casi todos los días después de la escuela. Me corté el pelo. Está supercorto. Pero el pelo corto es bueno para nadar. El pelo largo apesta cuando nadas todos los días. Ni idea de por qué lo tenía largo.

* * *

Querido Ari:

Todo el mundo tiene fiestas por aquí. Mi papá cree que es estupendo que me inviten. Mi mamá… Pues es difícil adivinar lo que piensa. Puedo ver que tiene los ojos abiertos. Me dijo que mi ropa olía a cigarro después de la última fiesta. «Algunas personas fuman», le dije. «No lo puedo evitar». Me miró con esa mirada.

Así que el viernes en la noche fui a esa fiesta. Y, claro, había alcohol. Tomé una cerveza y ya decidí que la cerveza no es lo mío. Sí me gustó el vodka con jugo de naranja. Ari, había tanta gente ahí. Increíble. ¡Éramos como cucarachas! No podías moverte sin chocar con alguien. Así que solo me paseé por ahí y hablé con gente y me la estaba pasando bien.

De alguna manera me encontré hablando con esta chica. Se llama Emma y es lista, y linda, y hermosa. Estábamos en la cocina hablando y me dijo que le encantaba mi nombre. Y de repente, se acerca a mí y mi besa. Supongo que podrías decir que le regresé el beso. Sabía a menta y cigarros, y fue, bueno, Ari, estuvo lindo.

Nos besamos mucho tiempo.

Fumé un cigarro con ella y nos besamos un poco más.

Le gustaba tocar mi cara. Me dijo que era hermoso. Nadie me ha dicho nunca que era hermoso. Las mamás y papás no cuentan.

Y luego fuimos afuera.

Fumó otro cigarro. Me preguntó que si quería uno. Le dije que con uno bastaba porque era nadador.

Todavía estoy pensando en ese beso.

Me dio su número.

No estoy muy seguro de todo esto.

Tu amigo.

Dante

Nueve

Traté de imaginarme a Dante con el pelo corto. Traté de imaginármelo besando a una chica. Dante era complicado. A Gina le habría gustado Dante. No porque los fuera a presentar algún día.

Me acosté en la cama y pensé en contestarle. En vez de eso, me senté a escribir en mi diario.

> *¿Cómo sería besar a una chica? Específicamente a Ileana. No sabría a cigarros. ¿A qué sabe una chica cuando la besas?*

Paré de escribir y traté de pensar en otra cosa. Pensé en el estúpido ensayo sobre la Gran Depresión que no quería escribir. Pensé en Charlie Escobedo que quería que probara las drogas con él. Comencé a pensar en Dante besando a la chica otra vez y luego pensé en Ileana. Quizá *sí* sabría a cigarros. Quizá fumaba. No sabía una maldita cosa de ella.

Me incorporé en la cama. No, no, no. Nada de pensar en los besos. Y luego, no sé por qué, pero me sentí triste. Y luego empecé a pensar en mi hermano. Cada vez que me sentía triste, pensaba en él.

Quizá una parte muy profunda de mí estaba pensando en él siempre. A veces me descubría deletreando su nombre. *B-E-R-N-A-R-D-O*. ¿Qué estaba haciendo mi cerebro, deletreando su nombre sin mi permiso?

A veces creo que no me dejo saber en qué estoy pensando realmente. Eso no tiene mucho sentido, pero tiene sentido para mí. Tengo esta idea de que la razón por la que tenemos sueños es que estamos pensando en cosas que no sabemos que estamos pensando… En esas cosas, pues, que se escabullen de nosotros en nuestros sueños. Quizá somos como llantas con

demasiado aire dentro. El aire tiene que fuera. Eso es lo que son los sueños.

Y ahora que lo pienso, había tenido un sueño sobre mi hermano. Yo tenía cuatro años y él tenía quince, y habíamos salido a caminar. Él me agarraba de la mano y yo lo estaba mirando. Estaba feliz. Era un sueño hermoso. El cielo era azul y transparente y puro.

Quizá el sueño venía de una memoria. Los sueños no vienen de la nada. Ese es un hecho. Creo que quizá quiera estudiar los sueños cuando tenga la edad suficiente como para poder realmente escoger lo que quiero estudiar. De seguro no quiero estudiar a Alexander Hamilton. Sí, quizá estudiaré los sueños y de dónde vienen. Freud. Quizá eso es lo que haré: escribiré un artículo sobre Sigmund Freud. De esa manera tendré una ventaja.

Y quizá ayudaré a la gente que tiene pesadillas. Para que ya no las tengan. Creo que me gustaría hacer eso.

Diez

Decidí que iba a encontrar la manera de besar a Ileana Téllez. ¿Pero cuándo? ¿Dónde? No está en ninguna de mis clases. Casi nunca la veo.

Encontrar su casillero. Ese era el plan.

Once

Cuando regresábamos del consultorio médico, mi mamá me preguntó si le había contestado a Dante.

—Todavía no.

—Creo que le deberías de escribir.

—Mamá, soy tu hijo, no una caja de sugerencias.

Me lanzó una mirada.

—Mantén tus ojos sobre el camino —dije.

Cuando llegué a casa, saqué mi diario y esto es lo que escribí:

Si los sueños no vienen de ningún lado, ¿entonces qué significa que atropellara a Dante en mi sueño? ¿Qué significa que tuviera ese sueño otra vez? Las dos veces estaba mirando a Ileana cuando atropellé a Dante. Okey, esto no está bien.

El aire se está saliendo.

No quiero pensar en esto.

Puedo pensar en los sueños que tengo sobre mi hermano o puedo pensar en los sueños que tengo de Dante.

¿Esas son mis opciones?

Creo que ya debería de hacer algo con mi vida.

Doce

Cuando pienso en el sueño sobre mi hermano, pienso en el hecho de que la última vez que lo vi fue cuando tenía cuatro años. Así que hay una conexión directa entre el sueño y mi vida. Supongo que fue entonces que pasó todo. Yo tenía cuatro y él tenía quince. Fue entonces que hizo lo que sea que haya hecho. Así que ahora está en la cárcel. En la cárcel, no. El reclusorio. Hay una diferencia. Mi tío a veces se emborracha y acaba en la cárcel. Eso de verdad molesta a mi mamá. Pero sale rápido porque no maneja cuando bebe; solo termina en lugares estúpidos y se pone un poco beligerante con la gente. Si no hubieran inventado la palabra «beligerante», la habrían inventado para cuando mi tío bebe. Pero alguien siempre paga la fianza. En el reclusorio no hay tal cosa como que te saquen con fianza. No sales rápido. El reclusorio es un lugar en donde te meten por mucho tiempo.

Así que ahí es donde está mi hermano. El reclusorio.

No sé si está en una cárcel federal o una cárcel estatal. No sé por qué mandan a alguien a una o a la otra. No es algo que nos enseñen en la escuela. Voy a descubrir por qué mi hermano está en la cárcel. Es un proyecto de investigación. Lo he pensado. Lo he pensado y pensado. Periódicos. ¿No guardan los periódicos viejos en algún lado?

Si Dante estuviera aquí, me podría ayudar. Es listo. Sabría exactamente qué hacer.

No necesito a Dante.

Puedo hacer esto solo.

Trece

Querido Ari:
Espero que hayas recibido mis cartas. Okey, es un inicio fatuo. Claro que te llegaron mis cartas. No voy a analizar por qué no me has contestado. Está bien; eso no es totalmente cierto. Sí he analizado por qué no tengo una carta esperándome cuando regreso de la natación. No gastaré papel del bueno en teorías que invento cuando no puedo dormir en la noche. Este es el tema, Ari, no te voy a agobiar por no contestarme. Te lo prometo. Si quiero escribirte, entonces te escribiré. Y si tú no me quieres escribir, no lo tienes qué hacer. Tienes que ser lo que eres. Y yo tengo que ser lo que soy. Así las cosas. Y de todos modos, yo casi siempre era el que hablaba más.

Tengo otra cosa favorita qué hacer aparte de viajar en el tren elevado: ir al Instituto de Arte de Chicago. Guau, Ari. Deberías de ver el arte en ese lugar. Es increíble. Quisiera que estuvieras aquí y podríamos ver todo este arte juntos. Te volvería loco. Te lo juro que sí. Todo tipo de arte, contemporáneo y no tan contemporáneo, y, bueno, podría seguir y seguir, pero no lo haré. ¿Te gusta Andy Warhol?

Hay un cuadro famoso, Nighthawks, de Edward Hopper. Estoy enamorado de esa pintura. A veces creo que todos son como la gente en esa pintura, todos perdidos en sus propios universos privados de dolor o pena o culpa, todos remotos e inescrutables. La pintura me recuerda a ti. Me rompe el corazón.

Pero Nighthawks no es mi cuadro favorito. No por mucho. ¿Alguna vez te dije cuál es mi pintura favorita? Es La balsa de la Medusa, de Géricault. Hay toda una historia detrás de ese cuadro. Se basa en una historia verdadera sobre un naufragio y volvió famoso a Géricault. Verás, la cosa

de los artistas es que cuentan historias. O sea, algunas pinturas son como novelas.

Algún día voy a viajar a París e iré al Louvre para quedarme mirando esa pintura todo el día.

Ya hice los cálculos y se que ya te quitaron los yesos. Sé que dijiste que la regla era que no podíamos hablar del accidente. Voy a decir esto, Ari. Es una regla increíblemente estúpida. No se podría esperar que ninguna persona razonable respetara esa regla —y sé que no califico como persona razonable—. Así que espero que tu terapia vaya bien y que ya estés normal. No porque seas normal. Definitivamente no eres normal.

Te extraño. ¿Puedo decir eso? ¿O hay una regla? Sabes, es interesante que tengas tantas reglas para las cosas. ¿Por qué es eso, Ari? Supongo que todos tienen reglas para las cosas. Quizá sacamos eso de nuestros padres. Los papás dan reglas. Quizá nos dieron demasiadas reglas, Ari. ¿Alguna vez lo pensaste?

Creo que deberíamos de hacer algo sobre estas reglas.

Ya no te voy a decir que te extraño.

Tu amigo.

Dante

Catorce

Encontré el casillero con ayuda de Susie Byrd.

—No le cuentes esto a Gina.

—No lo haré —dijo—. Lo prometo.

Rompió la promesa de inmediato.

—Solo te va traer problemas —dijo Gina.

—Sí, y tiene 18 años —dijo Susie.

—¿Y?

—Solo eres un niño. Ella es una mujer.

—Problemas —repitió Gina.

Le dejé una nota a Ileana. «Hola», decía. Firmé mi nombre. Soy un imbécil. «Hola». ¿Qué es eso?

Quince

Pasé la tarde en la biblioteca pública mirando microfilmes del periódico *El Paso Times*. Estaba buscando un artículo sobre mi hermano. Pero ni siquiera sabía si tenía el año correcto y me di por vencido después de como una hora y media. Debía haber una manera mejor de hacer este tipo de investigación.

Pensé en escribirle una carta a Dante. En lugar de eso, encontré un libro de arte sobre la obra de Edward Hopper. Dante tenía razón sobre *Nighthawks*. Era una gran pintura. Y era cierto eso que Hopper estaba diciendo. Sentí como si mirara dentro de un espejo. Pero no me rompió el corazón.

Dieciséis

¿Sabes cómo se ve la piel muerta cuando te quitan el yeso?

Esa era mi vida, toda esa piel muerta.

Era extraño sentirme como el Ari que solía ser. Solo que no era totalmente cierto. El Ari que solía ser ya no existía.

¿Y el Ari en el que me estaba volviendo? Todavía no existía.

Vine a casa y salí a caminar.

Me encontré mirando el lugar donde había visto a Dante sosteniendo el pájaro. No sé por qué estaba ahí.

Me encontré caminando frente a la casa de Dante.

Había un perro al otro lado de la calle en el parque mirándome fijamente.

Lo devolví la mirada fijamente.

Se tiró en el pasto.

Crucé la calle caminando y el perro no se movió. Solo movió la cola. Eso me hizo sonreír. Me senté en el pasto muy cerca de él y me quité los zapatos. El perro corrió hasta mí y puso su cabeza en mi regazo.

Solo me quedé ahí y lo acaricié. Noté que no llevaba un collar. Después de estudiarlo un poco más, descubrí que él era ella.

—¿Cómo te llamas?

La gente habla con los perros. No porque lo entiendan. Pero quizá entiendan lo suficiente. Pensé en la última carta de Dante. Había tenido que buscar la palabra «fatuo». Me levanté y caminé hasta la biblioteca, que estaba junto al parque.

Encontré un libro de arte que tenía una foto de *La balsa de la Medusa*.

Me fui a casa: Ari, el chico que podía caminar otra vez sin ayuda de las muletas. Quería decirle a Dante que sus cálculos habían estado un poco

mal. «Me las quitaron hoy, Dante. Hoy».

Mientras caminaba a casa pensé en el accidente, y en Dante, y en mi hermano, y me pregunté si sabía nadar. Pensé en mi papá y en cómo nunca hablaba sobre Vietnam. Aunque tenía una foto con algunos de sus amigos de la guerra colgada en la pared de la sala, nunca hablaba de esa foto o de los nombres de sus amigos. Una vez se lo pregunté y fue como si no hubiera escuchado la pregunta. Nunca volví a preguntar. Quizá el problema entre mi padre y yo es que los dos éramos iguales.

Cuando llegué a casa, me di cuenta de que la perra me había seguido. Me senté en los escalones del porche delantero y se acostó sobre la banqueta mirándome.

Mi papá salió.

—¿Recuperando tus piernas?

—Sí —dije.

Miró a la perra.

—Me siguió del parque.

—¿Estás interesado en él?

—Es ella.

Los dos estábamos sonriendo.

—Y sí —dije—. Estoy muy interesado.

—¿Te acuerdas de Charlie?

—Sí. Amaba a esa perra.

—Yo también.

—Lloré cuando se murió.

—Yo también, Ari. —Nos miramos—. Parece como una linda perra. ¿No tiene collar?

—No tiene collar, papá. Hermosa.

—Hermosa, Ari —se rio—. A tu mamá no le gustan los perros en la casa.

Diecisiete

Querido Dante:
Siento no haber escrito. De verdad, lo siento.

Ya puedo caminar normal ahora. Solo para que ya no te sientas culpable, ¿está bien? Los rayos X se ven bien. Ya sané, Dante. Dice el doctor que muchas cosas podrían haber salido mal, comenzando con la cirugía. Pero resulta que nada salió mal. Imagínate, Dante, que no haya salido nada mal. Está bien, ya rompí mi propia regla, así que ya fue suficiente sobre ese tema en particular.

¡Tengo una perra nueva! Se llama Patas, porque la encontré el día en que recuperé las mías. Me siguió de regreso del parque. Mi papá y yo la bañamos en el jardín de atrás. De verdad es una gran perra. Solo se paró ahí y nos dejó bañarla. Una perra realmente mansa y apacible. No sé exactamente qué raza sea. Lo mejor que pudo adivinar el veterinario es que es parte pit bull, parte labrador y parte Dios-sabe-qué-otra-cosa. Es blanca, de tamaño mediano, y tiene círculos cafés alrededor de los ojos. Realmente una perra bonita. La única respuesta de mi madre fue: «El perro se queda en el patio».

Esa regla no duró. De noche dejo que la perra entre a mi cuarto. La perra se duerme a mis pies. En la cama. Mi mamá odia eso. Pero cedió con bastante facilidad. «Bueno, por lo menos tienes un amigo», dijo.

Mi mamá no cree que yo tenga amigos. Eso es más o menos cierto. Pero no soy bueno para hacer amigos. No tengo problema con eso.

No hay mucho qué reportar más allá del perro. No, espera, ¿adivina qué? ¡Me regalaron una pick up Chevy 1957 para mi cumpleaños! Mucho cromo. Amo la camioneta. ¡Una verdadera camioneta mexicana, Dante! Lo

único que necesito son hidráulicos para rebotar. Como si eso fuera a pasar. Hidráulicos. Mi mamá solo se me quedó mirando. «¿Quién lo va a pagar?»

«Conseguiré un trabajo», dije.

Mi papá me dio mi primera lección de manejo. Salimos a una carretera desierta por una granja en el valle superior. Me fue bastante bien. Tengo que practicar bien lo de las velocidades. Soy un poco torpe para cambiarlas y maté la camioneta un par de veces mientras trataba de meter segunda. Todo tiene que ver con el tiempo. Empujar el clutch para dentro, cambio, acelerador, clutch, cambio, acelerador, maneja. Algún día, pronto, voy a aprender a hacer todas esas cosas en un movimiento uniforme. Será como caminar. Ni siquiera lo voy a tener que pensar.

Después de la primera lección, estacionamos la camioneta y mi papá se fumó un cigarro. A veces fuma, pero nunca en la casa. A veces fuma en el jardín de atrás, pero no con mucha frecuencia. Le pregunté si alguna vez iba a dejarlo. «Me ayuda con los sueños». Sé que sus sueños son sobre la guerra. A veces me lo trato de imaginar en las junglas de Vietnam. Nunca le pregunto nada sobre la guerra. Supongo que es algo que se tiene que guardar para sí. Quizá sea algo terrible, guardarte una guerra para ti. Pero quizás así es como debe de ser. Así que en vez de preguntarle por la guerra, le pregunté si alguna vez soñaba con Bernardo. Mi hermano. «A veces». Es lo único que dijo. Manejó mi camioneta de vuelta a casa y no dijo una sola palabra más.

Creo que lo hice sentir mal al mencionar a mi hermano. No lo quiero hacer sentir mal, pero sí quiero. Siempre lo hago sentir mal. Y a otra gente también. Supongo que eso es lo que hago. Y a ti también te hago sentir mal. Lo sé. Y lo siento. Hago lo mejor que puedo, ¿va? Así que si no escribo tantas cartas como tú, no te sientas mal. No lo estoy haciendo para hacerte sentir mal, ¿va? Este es mi problema. Quiero que otra gente me diga cómo se siente. Pero no estoy seguro de querer hacerles el mismo favor.

Creo que voy a sentarme en mi camioneta y pensar en eso.

Ari

Dieciocho

Esta es la lista de lo que es mi vida ahora:

◊ *Estudiar para conseguir mi licencia de manejo y estudiar duro para entrar a la universidad (esto hace feliz a mi mamá).*

◊ *Levantar pesas en el sótano.*

◊ *Correr con Patas, que no solo es una gran perra, sino también una gran corredora.*

◊ *Leer las cartas de Dante (a veces me llegan dos por semana).*

◊ *Discutir con Gina Navarro y Susie Byrd (sobre lo que sea).*

◊ *Tratar de encontrar maneras de toparme con Ileana en la escuela.*

◊ *Revisar los microfilmes de El Paso Times en la biblioteca, para tratar de descubrir algo sobre mi hermano.*

◊ *Escribir en mi diario.*

◊ *Lavar mi camioneta una vez por semana.*

◊ *Tener pesadillas (sigo atropellando a Dante en la calle lluviosa).*

◊ *Trabajar 20 horas en El Carbonero. Cocinar hamburguesas no es tan terrible. Cuatro horas los jueves después de la escuela, seis horas los viernes por la noche y ocho horas los sábados. (Papá no me deja cubrir turnos adicionales.)*

La lista prácticamente cubría toda mi vida. Quizá mi vida no sea tan interesante, pero por lo menos estoy ocupado. Ocupado no significa feliz. Lo sé. Pero por lo menos no estoy aburrido. Estar aburrido es lo peor.

Me gusta tener dinero y me gusta el hecho de que no le estoy dedicando mucho tiempo a sentir lástima por mí mismo.

Me invitan a fiestas y no voy.

Bueno, sí fui a una fiesta… Solo para ver si Ileana estaba ahí. Dejé la fiesta justo cuando Gina y Susie estaban llegando. Gina me acusó de ser un misántropo. Dijo que era el único chico en toda la maldita escuela que jamás había besado a una chica.

—Y nunca besarás a una si te vas de las fiestas justo cuando comienzan a ponerse buenas.

—¿De verdad? —dije—. ¿Nunca he besado a una chica? ¿Y exactamente cómo conseguiste este trozo de información?

—Solo es una corazonada —dijo.

—Estás tratando de hacer que te cuente cosas sobre mi vida —dije—. No va a funcionar.

—¿A quién has besado?

—Ya cierra el pico, Gina.

—¿Ileana? No lo creo. Solo está jugando contigo.

Solo seguí caminando y le hice un gesto obsceno.

Gina, ¿qué pasaba con esa chica? Siete hermanas y ningún hermano; ese era su problema. Supongo que pensaba que simplemente me podía tomar prestado. Podía ser el hermano al que podía molestar. Ella y Susie Byrd solían ir a El Carbonero los viernes por la noche alrededor de la hora del cierre. Solo para seguirme molestando. Solo para hacerme enojar. Pedían

sus hamburguesas y papas y Cocas de cereza, y se estacionaban y tocaban el claxon y esperaban que cerrara, y solo molestar, molestar, molestarme y hacerme enojar. Gina estaba aprendiendo a fumar y mostraba sus cigarros por todos lados como si fuera Madonna.

Una vez tenían cerveza. Me ofrecieron un poco. Está bien, tomé unas cervezas con ellas. Estuvo bien.

Solo que Gina me seguía preguntando a quién había besado.

Pero entonces se me ocurrió algo que la obligaría a dejar de acosarme.

—¿Sabes qué pienso? —le dije—. Creo que quieres que me acerque a ti y te dé el beso de tu vida.

—Eso es asqueroso —dijo.

—¿Por qué el interés, entonces? —dije—. Te encantaría saber qué sabor tengo.

—Eres un idiota —dijo—. Preferiría que un pájaro se cagara en mi boca.

—Claro que sí —dije.

Susie Byrd dijo que estaba siendo cruel. Esa Susie Byrd; siempre tenías que ser lindo cuando estabas con ella. Si decías la cosa equivocada, lloraba. No me gustaba eso de llorar. Era una chica linda. Pero no se ayudaba nada con todo ese llanto.

Gina nunca más volvió a sacar el tema de los besos a colación. Eso fue lo bueno.

Ileana a veces me encontraba. Me sonreía y yo me estaba enamorando un poco de su sonrisa. Aunque no creo que supiera una maldita cosa sobre el amor.

La escuela estaba bien. El señor Blocker todavía estaba muy metido en eso de compartir, pero era buen maestro. Nos hacía escribir mucho. Eso me gustaba. Por alguna razón, de verdad me estaba gustando escribir. La única clase con la que estaba teniendo dificultades era la clase optativa de arte. No podía dibujar nada. Era bastante bueno con los árboles. Apestaba para dibujar caras. Pero en la clase de arte, lo único que tenías que hacer era intentar. Me estaba sacando 10 por el trabajo. Pero no por el talento. La historia de mi vida.

Sabía que no me iba tan mal. Tenía un perro, una licencia de conducir y

dos pasatiempos: buscar el nombre de mi hermano en microfilmes y buscar una manera de besar a Ileana.

Diecinueve

Mi papá y yo agarramos una rutina. Nos levantábamos muy temprano los sábados y domingos para mis clases de manejo. Pensaba… No sé qué pensaba. Quizá pensaba que mi papá y yo hablaríamos de cosas. Pero no lo hacíamos. Hablábamos de manejar. Era estrictamente negocios. Era sobre el tema de aprender a manejar.

Papá era paciente conmigo. Podía explicar cosas sobre manejar un camión y su filosofía de poner atención y tener cuidado de los demás. En realidad era un muy buen maestro, nunca se molestaba (excepto por la vez que mencioné a mi hermano). Dijo algo una vez que de verdad me hizo sonreír: «No puedes esperar ir en dos direcciones cuando estás manejando en una calle de un solo sentido». Pensé que era una cosa chistosa e interesante. Me reí cuando lo dijo. Casi nunca me hacía reír.

Pero nunca me hacía preguntas sobre mi vida. A diferencia de mi mamá, me dejaba con mi mundo privado. Mi papá y yo éramos como esa pintura de Edward Hopper. Bueno, casi, pero no exactamente. Noté que de alguna manera mi papá parecía más relajado consigo mismo cuando él y yo salíamos esas mañanas. Parecía estar tan tranquilo consigo mismo, como si estuviera en casa. Aunque no hablaba mucho, no parecía tan remoto. Quizá mi papá simplemente no necesitaba palabras para arreglárselas en el mundo. Yo no era así. Bueno yo *era* así por fuera, fingiendo no necesitar palabras. Pero *no* era así por dentro.

Había descifrado algo sobre mí mismo: por dentro, no era como mi papá para nada. Por dentro era más como Dante. Eso me asustaba de verdad.

Veinte

Tuve que sacar a mi madre a dar la vuelta antes de que me dejara salir solo.

—Manejas un poco rápido —dijo.

—Tengo 16 años —dije—. Y soy un chico.

No dijo nada. Pero luego dijo:

—Si siquiera sospecho que tomaste un sorbito de alcohol y manejaste esta camioneta, la voy a vender.

Por alguna razón eso me hizo sonreír.

—Eso no es justo. ¿Por qué debería de pagar yo por el hecho de que tengas una mente sospechosa? Como si fuera mi culpa.

Solo me miró.

—Así somos los fascistas.

Nos sonreímos el uno al otro.

—Nada de beber y manejar.

—¿Y qué tal beber y caminar?

—Nada de eso tampoco.

—Supongo que lo sabía.

—Solo me quería asegurar.

—No te tengo miedo, mamá. Solo para que lo sepas.

Eso la hizo reír.

Así que mi vida seguía más o menos sin complicaciones. Recibía cartas de Dante y no siempre le contestaba. Cuando sí le contestaba, mis cartas eran breves. *Sus* cartas *nunca* eran breves. Todavía estaba experimentando con besar a chicas, aunque dijo que preferiría estar besando a chicos. Eso es exactamente lo que dijo. No sabía exactamente qué pensar al respecto, pero Dante iba a ser Dante, y si yo iba a ser su amigo, iba a tener que aprender a estar bien con eso. Y, como él estaba en Chicago y yo estaba en El Paso, era

fácil estar bien con eso. La vida de Dante era mucho más complicada que la mía… Por lo menos cuando se trataba de besar chicos o chicas. Por otro lado, no tenía que preguntarse por un hermano que estaba en la cárcel, un hermano del que sus papás fingían que no existía.

Creo que yo trataba de hacer mi vida sin complicaciones, porque todo dentro de mí se sentía muy confuso. Y tenía las pesadillas para comprobarlo. Una noche soñé que no tenía piernas. Simplemente no estaban. Y no me podía salir de la cama. Me desperté gritando.

Mi papá entro al cuarto y susurró:

—Solo fue un sueño, Ari. Solo una pesadilla.

—Sí —susurré—, solo una pesadilla.

Aunque, ¿sabes?, estaba acostumbrado a ellas en cierto sentido, a las pesadillas. Pero ¿por qué sería que algunas personas nunca recordaban sus sueños? ¿Y por qué no era yo una de esas personas?

Veintiuno

Querido Dante:
¡Saqué mi licencia! Llevé a mi mamá y papá a manejar. Manejé a Mesilla, Nuevo México. Almorzamos juntos. Los volví a llevar a casa y creo que más o menos aprueban mi manera de manejar. Pero lo mejor fue esto. Salí toda la noche y manejé hasta el desierto y me estacioné. Escuché el radio y me acosté en la parte de atrás de mi pick up y miré todas las estrellas. Nada de contaminación de luz, Dante. Estuvo realmente hermoso.

Ari

Veintidós

Una noche, mis papás se fueron a bailar a una boda. Los mexicanos. Les encantan las bodas con baile. Me querían arrastrar ahí con ellos, pero les dije que «no, gracias». Ver a mis papás bailar con música tex-mex era mi idea del Infierno. Les dije que estaba cansado de voltear hamburguesas todo el día y que solo me iba a quedar en casa para relajarme.

—Bueno, si tienes ganas de salir —dijo mi papá—, solo déjanos una nota.

No tenía planes.

Me puse cómodo y estaba por prepararme una quesadilla, cuando Charlie Escobedo vino a tocar a mi puerta y me preguntó:

—¿Qué pasa?

Y le dije:

—No mucho. Me estoy preparando una quesadilla.

Y dijo:

—Qué bien.

No estaba por preguntarle si quería que le hiciera una, aunque el tipo se veía hambriento como el demonio. Pero así se veía. Tenía esa manera de ser hambrienta. Era del tipo flaco. Siempre parecía un coyote en medio de una sequía. Yo sabía de coyotes. Estaba superclavado con los coyotes. Así que como que nos miramos y dije:

—¿Tienes hambre?

No podía creer que acababa de decir eso.

Y luego dijo:

—Nah.

Y luego dijo:

—¿Nunca te has inyectado?

Y le dije:

—Nop.

Y me dijo:

—¿Quieres?

Y le dije:

—Nop.

Y me dijo:

—Deberías probarlo. Es fantástico. ¿Sabes que podríamos conseguir un poco y salir al desierto en tu camioneta y, ya sabes, ponernos? Es dulce, tan dulce, mi hermano.

Y le dije:

—A mí lo que me gusta es el chocolate.

Y me dijo:

—¿De qué demonios estás hablando?

Y le dije:

—Dulce. Dijiste «dulce». Creo que lo dulce mejor lo saco del chocolate.

Y luego se enojó y me llamó un «pinche joto» y todo tipo de palabrejas, y me dijo que me iba a patear el trasero todo el camino a la frontera. Y que quién chingados pensaba qué era, creyendo que era demasiado bueno para inyectarme o hasta fumar cigarros, y que si no sabía yo que no le agradaba a nadie porque me creía el señor Gabacho.

Señor Gabacho.

Odiaba eso. Yo era tan mexicano como él. Y era más grande que él también. No le tenía exactamente miedo a ese pequeño hijo de perra. Y le dije:

—¿Por qué no buscas a otra persona para meterte drogas, vato?

Me imaginé que el tipo se sentía solo. Pero no tenía por qué ser un imbécil al respecto.

Y él dijo:

—Eres gay, vato, ¿sabías?

¿De qué demonios estaba hablando el tipo? ¿Yo era gay porque no me quería inyectar heroína?

Y entonces dije:

—Sí, soy gay y te quiero dar un beso.

Y luego se le cubrió el rostro con una mirada de verdadero disgusto y dijo:

—Te debería de patear el trasero.

Y le dije:

—Hazlo.

Entonces solo me hizo una señal obscena y bueno, solo se fue, lo que estuvo bien conmigo. O sea, el tipo más o menos me agradaba antes de que se metiera en todo ese abuso de sustancias que alteran el ánimo y, a decir la verdad, en realidad tenía curiosidad sobre el tema de la heroína, pero, ¿sabes?, simplemente no estaba listo.

Un tipo tiene que estar listo para las cosas importantes. Así es como yo lo veía.

Comencé a pensar en Dante y en cómo había tomado unas cuantas cervezas, y pensé en el par de cervezas que había tomado con Gina y Susie y me pregunté cómo sería emborracharse. O sea, emborracharse de verdad. Me pregunté si se sentía bien. O sea, Dante hasta había probado la yerba. Comencé a pensar en mi hermano otra vez. Quizá se metió en las drogas. Quizá por eso estaba en el bote.

Creo que, cuando yo era niñito, realmente lo amaba. *Creo que realmente lo amaba*. Quizá por eso me sentía triste y vacío… porque lo había extrañado toda mi vida.

No sé por qué hice lo que hice. Pero lo hice. Salí y encontré a un viejo borracho merodeando por el minisúper en Sunset Heights, mendigando dinero. Se veía de la fregada y olía todavía peor. Pero no era que estuviera interesado en ser su amigo. Le pedí que me comprara un *six pack*. Le dije que también le compraría uno. Él estaba puesto. Estacioné mi auto a la vuelta de la esquina. Cuando salió y me pasó mi *six pack*, me sonrió y me dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —dije—. ¿Y tú?

—Yo. Tengo 45.

Se veía mucho mayor. O sea, el tipo se veía tan viejo como la Tierra. Y luego me sentí mal… por usar al tipo. Pero también él me estaba usando. Así que apliqué las matemáticas.

Al principio comencé a manejar hacia el desierto para tomarme mi *six pack*. Pero luego pensé que quizá no era tan buena idea. Escuchaba la voz de mi mamá en mi cabeza y de verdad me enojaba que su voz estuviera ahí. Así que simplemente decidí ir a casa. Sabía que mis papás no llegarían a casa por un buen rato. Tenía toda la noche para tomar mi cerveza.

Estacioné mi camioneta en la entrada y solo me senté ahí. Tomando mi cerveza. Dejé que *Patas* se metiera a la camioneta conmigo, y trató de lamer mi lata de cerveza, así que le tuve que decir que la cerveza no era buena para los perros. Probablemente la cerveza tampoco fuera buena para los chicos. Pero, ¿sabes?, estaba experimentando. Ya sabes, descubriendo los secretos del universo. No porque pensara que encontraría los secretos del universo en una Budweiser.

Se me metió esta idea en la cabeza: que si bebía de golpe las primeras dos o tres cervezas, entonces me darían un buen subidón. Eso fue exactamente lo que hice. Y funcionó. Se sentía más o menos bien, ¿sabes?

Comencé a pensar en cosas.

Mi hermano.

Dante.

Las pesadillas de mi papá.

Ileana.

Después de beberme de golpe tres cervezas, no estaba sintiendo nada de dolor. Más o menos como la morfina. Pero distinto. Y luego abrí otra cerveza. *Patas* puso su cabeza en mi regazo y solo nos sentamos ahí.

—Te amo, *Patas*.

Era cierto. Amaba a esa perra. Y la vida no parecía tan mala, conmigo sentado ahí en mi camioneta, con mi perro y una cerveza.

Había muchos tipos en el mundo que habrían matado por tener lo que yo tenía. Así que, ¿por qué no era más agradecido? Porque era un ingrato, por eso. Eso es lo que Gina Navarro decía sobre mí. Era una chica lista. No se equivocaba en eso.

Había bajado la ventana y sentí el frío. Había cambiado el tiempo y se acercaba el invierno. El verano no me había traído lo que quería. No pensaba que el invierno lo haría mejor. De cualquier manera, ¿por qué existían las estaciones? El ciclo de la vida. Invierno, primavera, verano,

otoño. Luego comenzaba otra vez.

«¿Qué quieres, Ari?» Eso es lo que me la pasaba preguntándome. Quizá era la cerveza. «¿Qué quieres, Ari?»

Y luego me contesté:

«Una vida».

«¿Qué es una vida, Ari?»

«Como si supiera la respuesta a eso».

«En lo más profundo de tu ser lo sabes, Ari».

«No, no lo sé».

«Cállate, Ari».

Así que *sí* me callé. Y luego me pasó la idea por la mente de que me gustaría besar a alguien. No importaba a quién. A quien fuera. A Ileana.

Cuando terminé todas mis cervezas, me caí tambaleando en la cama.

No soñé nada esa noche. Nada de nada.

Veintitrés

En las vacaciones de Navidad, estaba envolviendo unos regalos navideños para mis sobrinos. Fui a buscar unas tijeras. Sabía que mi mamá tenía un cajón de sastre en la cómoda en la habitación de huéspedes. Así que ahí es donde las fui a buscar. Y ahí estaban, las tijeras, justo encima de un sobre café extragrande con el nombre de mi hermano escrito hasta arriba. BERNARDO.

Sabía que el sobre contenía todo sobre la vida de mi hermano.

Toda una vida en un sobre.

Y sabía que también había fotos suyas ahí.

Quería rasgarlo para abrirlo, pero no es lo que hice. Dejé las tijeras ahí y fingí que no había visto el sobre.

—Mamá —pregunté—, ¿dónde están las tijeras?

Me las buscó.

Esa noche escribí una entrada en mi diario. Escribí su nombre una y otra vez:

Bernardo
Bernardo
Bernardo
Bernardo
Bernardo
Bernardo

Veinticuatro

Querido Ari:
Tengo en la cabeza esta imagen tuya, de ti acostado en la caja de tu pick up mirando todas las estrellas. Tengo el boceto en mi cabeza. Te estoy mandando una foto mía parado junto a nuestro árbol de Navidad. Y te estoy mandando un regalo. Espero que te guste.

Feliz Navidad, Ari.

Dante

Cuando abrí el regalo, sonreí.

Luego me reí.

Un par de tenis en miniatura. Sabía exactamente lo que se suponía que debía hacer con ellos. Colgarlos de mi espejo retrovisor. Y eso fue exactamente lo que hice.

Veinticinco

El día después de Navidad, trabajé un turno de ocho horas en El Carbonero. Mi papá me dio permiso de tomar turnos extra porque eran las vacaciones de Navidad. No me molestaba el trabajo. Estaba bien; había un tipo con el que trabajaba que era un verdadero patán. Pero solo lo dejaba hablar y la mayor parte del tiempo ni se daba cuenta de que no estaba escuchando. Quería salir a pasar el rato después de nuestro turno y le dije:

—Tengo planes.

—¿Una cita? —dijo.

—Sí —dije.

—¿Tienes novia?

—Sí —dije.

—¿Cómo se llama?

—Cher.

—Vete al diablo, Ari —dijo.

Hay tipos que no aguantan una broma.

Cuando llegué a casa, mi mamá estaba en la cocina calentando unos tamales para la cena. Me encantaban los tamales caseros. Me gustaba calentarlos en el horno, que era medio raro, porque esa no es la manera típica de calentarlos. Me gustaba la manera en que el horno medio resecaba los tamales y los dejaba medio crujientes, y podías oler las hojas de maíz como quemándose y olía de verdad rico, así que mi mamá metió unos en el horno para mí.

—Te llamó Dante —dijo.

—¿De veras?

—Sí.

—Te va a volver a llamar al rato. Le dije que estabas trabajando.

Asentí.

—No sabía que trabajabas. Dijo que nunca se lo mencionaste en tus cartas.

—¿Y eso por qué importa?

Negó con la cabeza.

—Supongo que no.

Sabía que ella estaba haciendo cálculos en su cabeza sobre el tema, pero se estaba guardando el cálculo para sí misma. Fue ahí cuando sonó el teléfono otra vez.

—Probablemente sea Dante —dijo.

Era Dante.

—Hola.

—Hola.

—Feliz Navidad.

—¿Nevó en Chicago?

—No… Solo frío. Y gris. O sea, realmente frío.

—Suena bien.

—Como que me gusta. Pero estoy cansado de los días grises. Dicen que va a empeorar en enero. Probablemente en febrero también.

—Eso apesta.

—Sí, sí apesta.

Hubo un breve silencio al teléfono.

—¿Así que estás trabajando?

—Sí, cocinando hamburguesas en El Carbonero. Tratando de ahorrar un poco de dinero.

—No me habías contado.

—Sí, no importa. Solo es un trabajo de mierda.

—Bueno, no vas a ahorrar mucho dinero si te la pasas comprando libros de arte tan lindos para tus amigos.

Era evidente que sonreía.

—¿Así que recibiste el libro?

—Lo tengo en mis piernas. *La balsa de la Medusa de Gericault*, por Lorenza E. A. Eitner. Es un libro hermoso, Ari.

Pensé que se iba a poner llorar. Y en mi mente susurré: «No llores, no

llores, no llores, no llores». Y fue como si me hubiera escuchado… y no lloró. Y luego dijo:

—¿Cuántas hamburguesas cocinaste para comprar el libro?

—Esa es una pregunta muy Dante —dije.

—Esa es una respuesta muy Ari —dijo.

Y los dos empezamos a reír y no podíamos parar. Y lo extrañaba tanto.

Cuando colgué el teléfono, me sentí un poco triste. Y un poco contento. Por unos cuantos minutos deseé que Dante y yo viviéramos en el universo de los chicos en vez del universo de los casi-hombres.

Salí a dar un trote tranquilo. *Patas* y yo. Es cierto lo que dicen de que todos los chicos deberían de tener un perro. Gina dice que todo chico *es* un perro. Esa Gina. Era como mi madre. Tenía su voz en mi cabeza.

A medio trote comenzó a llover. La película del accidente me pasó por la mente. Por unos cuantos segundos sentí un dolor en las piernas.

Veintiséis

Durante la Noche Vieja me llamaron para trabajar en El Carbonero. No tenía problemas con eso. No tenía planes y no tenía ganas de estar encerrado en mi propia cabeza.

—¿Vas a ir a trabajar? —Mi mamá no estaba contenta.

—Interacción social —dije.

Me lanzó una mirada:

—Todos van a venir.

Sí, el rollo familiar Tíos. Primos. El menudo de mi mamá y más tamales. Estaba saturado de tamales. Cerveza. Vino para mi mamá y mis hermanas. No era muy dado a las reuniones familiares. Demasiados desconocidos íntimos. Sonreía mucho, pero en realidad nunca sabía qué decir.

Le sonreí a mi mamá.

—1987. Qué bueno que ya terminó.

Me lanzó otra mirada.

—Fue un buen año, Ari.

—Bueno, hubo ese pequeño incidente en la lluvia.

Sonrió.

—¿Por qué es tan difícil para ti darte un poco de crédito?

—Porque soy como mi papá. —Levanté mi taza de café hacia ella en un brindis—. Por 1988. Y por papá.

Mi mamá estiró el brazo y pasó sus dedos por mi pelo. Hacía tiempo que no lo hacía.

—Pareces cada vez más hombre —dijo.

Levanté mi taza de café otra vez.

—Bueno, pues por la hombría.

El trabajo no estaba tan lleno. La lluvia mantenía alejada a la gente, así que los cuatro que estábamos trabajando nos turnamos para tratar de cantar nuestras canciones favoritas de 1987. La versión de Los Lobos de «La bamba» era mi favorita, sin más. No podía cantar ni aunque me pagaran, así que la canté a propósito, porque sabía que todos me dirían: «No cantes no cantes», que es exactamente lo que dijeron. Así que la libré. Alma se la pasó cantando «Faith». No me gustaba George Michael. Lucy se la pasó fingiendo que era Madonna, y aunque tenía buena voz, no me gustaba Madonna. Hacia el final del turno comenzamos todos a cantar canciones de U2. «I Still Haven't Found What I'm Looking For». «Todavía no encuentro lo que busco». Sí, esa era una buena canción. Mi canción. Pero en realidad pensaba que era la canción de todos.

A los cinco minutos para las diez, escuché una voz en el autoservicio pidiendo una hamburguesa y papas. Gina Navarro. Conocería esa voz donde fuera. No podía decidir si en realidad me agradaba o si solo estaba acostumbrado a ella. Cuando estaba lista su orden, se la llevé a su *vochito* golpeado, donde se habían estacionado ella y Susie Byrd.

—¿Están saliendo juntas?

—Ja, ja, ja; imbécil.

—Feliz Año Nuevo a ustedes también.

—¿Ya casi sales?

—Tenemos que limpiar antes de que me vaya.

Susie Byrd sonrió. Debo decir que tenía una sonrisa dulce.

—Vinimos a invitarte a una fiesta.

Fiesta.

—No lo creo —dije.

—Hay cerveza —dijo Gina.

—Y chicas que quizá quieras besar —dijo Susie.

Mi propio servicio personal de citas. Justo lo que quería para el Año Nuevo.

—Puede ser —dije.

—Nada de puede ser —dijo Gina—. Ya relájate.

No sé por qué dije que sí, pero eso fue justo lo que dije.

—Solo denme la dirección y las alcanzo ahí. Tengo que ir a casa y

avisarles a mis papás.

Esperaba que mi mamá y papá dijeran que «ni en sueños». Pero eso no fue lo que pasó.

—¿De verdad vas a ir a una fiesta? —dijo mi madre.

—¿Te sorprende que me inviten, mamá?

—No. Solo me sorprende que quieras ir.

—Es Año Nuevo.

—¿Va a haber alcohol?

—No lo sé, mamá.

—No vas a manejar en tu camioneta. Punto.

—Supongo que no puedo ir.

—¿Adónde es la fiesta?

—En la esquina de Silver y Elm.

—Está bajando la calle. Puedes caminar.

—Está lloviendo.

—Ya paró.

Mi mamá estaba prácticamente echándome de la casa.

—Ve. Pásatela bien.

Mierda. Pasármela bien.

¿Y adivina qué? *Sí* me la pasé bien.

Besé a una chica. No, ella me besó a mí. Ileana. Estaba ahí. Ileana. Solo se me acercó y me dijo:

—Es Año Nuevo. Así que Feliz Año Nuevo.

Y luego se inclinó hacia mí y me besó y ya.

Nos besamos. Por mucho tiempo. Y luego susurró:

—Eres el mejor besador del mundo.

—No —dije—, no lo soy.

—No discutas conmigo. Yo sé de estas cosas.

—Está bien —dije—. No discutiré contigo.

Y luego nos volvimos a besar.

Y luego ella dijo:

—Me tengo que ir.

Y luego solo se fue.

Ni siquiera tuve tiempo de absorberlo todo antes de tener a Gina parada

frente a mí.

—Lo vi todo —me dijo.

—¿Y qué carajos me importa?

—¿Cómo estuvo?

Solo la miré.

—Feliz Año Nuevo.

Y luego la abracé.

—Tengo una resolución de Año Nuevo para ti.

Eso la hizo reír.

—Tengo toda una lista para ti, Ari.

Nos paramos ahí reventándonos de la risa.

Qué raro era pasársela bien.

Veintisiete

Un día, cuando estaba solo en la casa, abrí el cajón. El cajón con el gran sobre de manila marcado BERNARDO. Lo quería abrir. Quería conocer todos los secretos que contenía.

Quizá me liberaría. ¿Pero por qué no era libre? Yo no estaba en la cárcel, ¿o sí?

Volví a guardar el sobre.

No quería hacerlo así. Quería que mi mamá me lo pasara. Que me dijera: «Esta es la historia de tu hermano».

Quizá quería demasiado.

Veintiocho

Dante me escribió una carta breve.

Ari:
¿Te masturbas? Se me ocurre que la consideres una pregunta rara. Pero es una pregunta muy seria. O sea, es bastante normal.

Por lo menos eres más normal que yo.

Así que quizá te masturbas o quizá no. Quizá yo esté un poco obsesionado con este tema últimamente. Quizá solo sea una etapa. Pero, Ari, si sí te masturbas, ¿en qué piensas?

Sé que debería de preguntarle a mi papá sobre eso, pero no tengo ganas. Amo a mi papá, ¿pero le tengo que contar todo?

Los chicos de 16 años se masturban, ¿correcto? ¿Cuántas veces por semana es lo normal?

Tu amigo.

Dante

Me hizo enojar mucho que me mandara esa carta. No el hecho de que la escribiera, sino que la mandara. De verdad me abochornaba todo el tema. *No me interesa tener una conversación sobre la masturbación con Dante*.

No me interesa tener una conversación sobre la masturbación con nadie.

¿Qué demonios le pasaba a ese tipo?

Veintinueve

Enero, febrero, marzo, abril. Los meses se juntaron en uno. La escuela estaba bien. Estudiaba. Hacía ejercicio. Corría con *Patas*. Trabajaba en El Carbonero. Jugaba a las escondidas con Ileana. O más bien, ella jugaba a las escondidas conmigo. Simplemente no la entendía.

Algunos viernes por la noche manejaba en mi camioneta al desierto después del trabajo. Me acostaba en la caja de mi *pick up* y miraba las estrellas.

Un día le pedí directamente a Ileana que saliera conmigo. Estaba cansado de ese coqueteo. Ya no estaba funcionando.

—Solo vamos a ver una película —le dije—. Ya sabes, agarrarnos de la mano, quizá.

—No puedo —dijo.

—¿No puedes?

—Nunca jamás.

—¿Entonces por qué me besaste?

—Porque estás guapo.

—¿Esa es la única razón?

—Y que eres lindo.

—¿Así que cuál es el problema?

Comenzaba a descubrir que Ileana jugaba un juego que simplemente no me gustaba.

Algunas veces pasaba por El Carbonero los viernes por la noche, cuando estaba cerrando, y nos sentábamos en mi *pick up* y hablábamos. Pero en realidad no hablábamos sobre nada importante. Era aún más privada que yo.

Se estaba acercando el baile de graduación y pensé que quizá le diría

que fuéramos. No importaba que ya me hubiera dicho que no. ¿Y no era ella la que me venía a ver a El Carbonero? Un par de semanas antes de la graduación se apareció en El Carbonero mientras cerraba. Nos sentamos en mi camioneta.

—Así que, ¿quieres ir al baile conmigo? —pregunté. Trataba de sonar seguro, pero no creo que me haya salido exactamente bien.

—No puedo —dijo.

—Está bien —dije.

—¿Está bien?

—Sí, está bien.

—¿No quieres saber por qué, Ari?

—Si me quisieras decir por qué, me lo dirías.

—Está bien, te diré por qué no puedo ir.

—No tienes que hacerlo.

—Tengo novio, Ari.

—Oh —dije. Lo dije como si nada—. Así que yo solo soy, este, bueno, ¿qué soy, Ileana?

—Eres un tipo que me gusta.

—Está bien —dije. Escuché la voz de Gina en mi cabeza. «Solo está jugando contigo».

—Está en una pandilla, Ari.

—¿Tu novio?

—Sí. Y si supiera que estoy aquí, te pasaría algo malo.

—No tengo miedo.

—Deberías.

—¿Y por qué no rompes con él y ya?

—No es tan fácil.

—¿Por qué?

—Eres un buen chico, ¿lo sabes, Ari?

—Sí, bueno, eso apesta, Ileana. No quiero ser un buen chico.

—Pues lo *eres*. Me encanta eso de ti.

—Pues, así las cosas —dije—. Me toca ser el chico bueno. Y al pandillero le toca la chica. No me gusta esta película.

—Estás enojado. No te enojes.

—No me digas que no me enoje.

—Ari, por favor, no te enojes.

—¿Por qué me besaste? ¿Por qué me besaste, Ileana?

—No debí hacerlo. Lo siento.

Solo me miró. Antes de que pudiera decirle otra cosa, se bajó de mi camioneta.

El lunes la busqué en la escuela. Pero nunca la pude encontrar. Puse a Gina y a Susie a investigar. Eran buenas detectives. Gina volvió con un reporte: «Ileana dejó la escuela».

—¿Por qué?

—Simplemente lo hizo, Ari.

—¿Puede hacer eso? ¿No es contra la ley o algo así?

—Está en su último año, Ari. Tiene 18 años. Puede hacer lo que quiera.

—No sabe lo que quiere.

Encontré su dirección. El teléfono de su papá estaba en el directorio. Fui a su casa y toqué a la puerta. Salió su hermano.

—¿Sí? —Solo me miraba.

—Estoy buscando a Ileana.

—¿Para qué la quieres?

—Es una amiga. De la escuela.

—¿Amiga? —No paraba de asentir con la cabeza—. Mira, vato, se casó.

—¿Qué?

—Se embarazó. Se casó con el tipo.

No sabía qué decir. Así que no dije nada.

Me quedé sentado en mi camioneta esa noche, con *Patas*. Me quedé pensando que había tomado este tema de besarse con demasiada seriedad. Me prometí que me iba a volver el besador más casual del mundo.

Besarse no significaba una maldita cosa.

Treinta

Querido Ari:

Siete a uno. Esa es la proporción de Cartas de Dante a Cartas de Ari. Nada más para que lo sepas. Cuando vuelva, este verano, te voy a llevar a nadar y te voy a ahogar. A casi ahogar. Luego te voy a dar respiración de boca a boca y te voy a revivir. ¿Qué tal te suena? A mí me suena bien… ¿Todavía no te estoy espantando?

En cuanto al tema de los besos. Esta chica con la que he estado experimentando. O sea, con los besos. Es buena para besar. Me ha enseñado mucho en ese sentido. Pero finalmente me dijo:

—Dante, creo que cuando me besas, estás besando a alguien más.

—Sí —dije—. Supongo.

—¿Estás besando a otra chica? ¿O estás besando a un chico?

Me pareció una pregunta muy interesante y atrevida.

—A un chico —le dije.

—¿A alguien que conozco? —preguntó.

—No —dije—. Creo que solo estoy inventando a un chico en mi cabeza.

—¿Cualquier chico?

—Sí —dije—. Un chico guapo.

—Sí, bueno —dijo—. ¿Tan guapo como tú?

Me encogí de hombros. Qué lindo que pensara que estoy guapo. Ya somos amigos. Es lindo, porque ahora ya no siento que le estoy dando falsas esperanzas. Y de todos modos, me confesó que la única razón por la que le gustaba besarme en todas esas fiestas era porque estaba tratando de hacer que este tipo que de verdad le gusta se pusiera celoso. Eso me hizo reír. Me dijo que no estaba funcionando. «Quizá preferiría estarte besando

a ti que a mí», dijo. «Ja, ja», dije. No sé de qué tipo estaba hablando, pero para decirte la honesta verdad, Ari, aunque ha sido un verdadero viaje llevarse con chicos privilegiados de Chicago, que pueden pagar mucha cerveza y licor y yerba, en realidad no son tan interesantes. O no para mí, al menos.

Quiero volver a casa.

Eso es lo que les dije a mi mamá y papá:

—¿Ya nos podemos ir? ¿Ya acabamos aquí?

Claro, mi papá, que puede ser un verdadero pasado de listo, me mira directamente a los ojos y me dice:

—Pensaba que odiabas El Paso. ¿No es lo que me dijiste cuando te dije que nos íbamos a mudar a El Paso? Dijiste: «Solo mátame, papá».

Sé lo que estaba buscando. Quería que yo dijera que estaba equivocado. Bueno, le devolví la mirada y le dije:

—Me equivoqué, papá. ¿Estás contento?

Y se le cubre el rostro con esta sonrisota.

—¿Feliz de qué, Dante?

—¿Feliz de que me equivocara?

Me besó en la mejilla y dijo:

—Sí, estoy contento, Dante.

La cosa es que amo a mi papá. A mi mamá también. Y me sigo preguntando qué van a decir cuando les diga que algún día me voy a querer casar con un chico. ¿Me pregunto cómo les va a caer eso? Soy el único hijo. ¿Qué va a pasar con el tema de los nietos? Odio tener que decepcionarlos, Ari. Sé que también a ti te decepcioné.

Estoy un poquito preocupado de que no seamos amigos cuando regrese. Tengo que lidiar con estas cosas, supongo. Odio mentirle a la gente, Ari. En especial, odio mentirles a mis padres. Sabes lo que siento por ellos.

Supongo que simplemente le voy a decir a mi papá. Tengo esta breve discurso. Comienza algo así como: «Papá, tengo que decirte algo. Me gustan los chicos. No me odies. Por favor, no me odies. O sea, papá, también tú eres un chico». En realidad el discurso no está muy bien armado. Necesita un poco de trabajo. Suena demasiado necesitado. Odio eso. No quiero sonar como un necesitado. Solo porque juego para el equipo

contrario no significa que soy un ser humano patético que está rogando que lo amen. Tengo más respeto por mí mismo que eso.

Sí, ya sé. Estoy hablando y hablando de lo mismo. Tres semanas más y estaré en casa. Casa. Otro verano, Ari. ¿Crees que estemos demasiado viejos para jugar en las calles? Probablemente. Quizá no. Mira, solo quiero que sepas que no quiero que te sientas como que tienes que ser mi amigo cuando vuelva. No tengo exactamente madera de mejor amigo, ¿o sí?

Tu amigo.

Dante

P D. Sería muy extraño no ser amigo del tipo que te salvó la vida, ¿no crees? ¿Estoy rompiendo las reglas?

Treinta y uno

El último día de escuela, Gina hasta me hizo un cumplido.

—Sabes que todo ese ejercicio te convirtió en un galán.

Le sonreí.

—Esa es la cosa más linda que me hayan dicho jamás.

—¿Así que cómo vas a celebrar el inicio del verano?

—Trabajo esta noche.

Sonrió.

—Tan serio.

—¿Tú y Susie van a una fiesta?

—Sí.

—¿No se cansan de las fiestas?

—No seas tonto. Tengo 17 años, idiota. Claro que no me canso de las fiestas. ¿Sabes qué?, eres un viejito atrapado en el cuerpo de un chico de 17 años.

—No cumplo 17 hasta agosto.

—Solo va a empeorar.

Los dos nos reímos.

—¿Me quieres hacer un favor? —dije.

—¿Qué?

—Si salgo al desierto y me emborracho esta noche, ¿tú y Susie me pueden llevar de vuelta a casa? —Ni siquiera sabía que iba decir eso.

Ella sonrió. Tenía una sonrisa estupenda. Una sonrisa realmente estupenda.

—Claro —dijo.

—¿Qué de tu fiesta?

—Ver que te relajes, Ari. Esa es una fiesta. Hasta te vamos a conseguir

la cerveza —dijo—, para celebrar el fin de año.

Gina y Susie me estaban esperando en los escalones de enfrente cuando llegué a casa del trabajo. Estaban hablando con mi mamá y mi papá. Claro que estaban haciendo eso. Me maldecí por decirles que nos viéramos en mi casa. ¿En qué demonios estaba pensando? Y ni siquiera tenía una explicación. «Sí, mamá, vamos a salir al desierto para que me ponga borracho a morir».

Pero Gina y Susie fueron de lo más geniales. No había indicio de la cerveza que dijeron que iban a conseguir. Hicieron el papel de buenas chicas con mis papás. No porque no fueran buenas chicas. Eso es exactamente lo que eran: buenas chicas que querían fingir que eran malas chicas, pero que jamás serían malas chicas, porque eran demasiado decentes.

Cuando llegué en mi auto, mi mamá estaba extática. No porque se comportara de manera extática. Pero conocía esa mirada. «¡Amigos finalmente! ¡Vas a una fiesta!» Sí, está bien, de verdad que sí amaba a mi mamá. Mi mamá. Mi mamá que conocía a los papás de Gina, que conocía a los papás de Susie, que conocía a todos. Claro que los conocía.

Recuerdo cambiarme de ropa en mi cuarto y lavarme. Recuerdo mirarme en el espejo. Recuerdo susurrar. «Eres un chico hermoso». No lo creía… pero quería creerlo.

Así que las primeras personas en subir a mi camioneta, además de *Patas* y mi mamá y mi papá, fueron Gina Navarro y Susie Byrd. «Están subiendo a mi camioneta virgen», les dije. Entrecerraron los ojos… Luego rompieron en risas.

Paramos en casa de la prima de Gina y recogimos una hielera llena de cerveza y de Cocas. Dejé que Gina manejara para asegurarme de que supiera cómo manejar una palanca de cambios. Era una pro. Manejaba mejor que yo. Pero no se lo dije. Era una noche perfecta y todavía había una frescura en la brisa desértica, el calor del verano todavía estaba a un paso de distancia.

Yo y Susie y Gina nos sentamos en la caja de mi camioneta. Tomé cerveza y levanté la mirada hacia todas las estrellas. Y me encontré susurrando:

—¿Creen que alguna vez descubriremos todos los secretos del universo?

Me sorprendió escuchar la voz de Susie contestando mi pregunta.

—Sería una cosa hermosa, ¿no crees, Ari?

—Sí —susurré—. Realmente hermosa.

—¿Crees, Ari, que el amor tenga algo que ver con los secretos del universo?

—No lo sé. Quizá.

Susie sonrió.

—¿Amas a Ileana?

—No. Quizá un poquito.

—¿Te rompió el corazón?

—No. Ni siquiera la conocía.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—¿Mi perra cuenta?

—Bueno, cuenta para algo. —Todos nos reímos.

Susie estaba sorbiendo una Coca lentamente, mientras yo tomaba cerveza tras cerveza.

—¿Ya estás borracho?

—Más o menos.

—¿Y por qué te quieres emborrachar?

—Para sentir algo.

—Eres un idiota —dijo—. Eres un buen tipo, Ari, pero definitivamente un idiota.

Nos echamos todos en la parte de atrás de la *pick up*, yo y Gina y Susie, y seguimos mirando el cielo nocturno. En realidad no me emborraché tanto. Solo me dejé relajar. Escuché a Gina y a Susie hablar, y pensé en lo lindo que era que supieran cómo hablar y cómo reír y cómo ser en el mundo. Pero quizás era más fácil para las chicas.

—Qué bueno que trajeron una cobija —dije—. Bien pensado.

Gina se rio.

—Eso es lo que hacen las chicas, pensar bien.

Me pregunté cómo sería, amar a una chica, saber cómo piensa una chica, ver el mundo por los ojos de una chica. Quizá sabían más que los

chicos. Quizá entendían cosas que los chicos no podrían entender jamás.

—Lástima que no nos podamos echar aquí para siempre.

—Lástima —dijo Susie.

—Lástima —dijo Gina.

Lástima.

Recuerda
la lluvia

cambiando las páginas con paciencia
en busca de significados

—W. S. Merwin

Uno

El verano había vuelto. Verano. Verano. Verano. Amaba y odiaba los veranos. Los veranos tenían una lógica propia y siempre me sacaban algo. Se suponía que el verano tenía todo que ver con la libertad y la juventud, y nada de escuela, y posibilidades y aventura y exploración. El verano era un libro de esperanza. Por eso amaba y odiaba los veranos. Porque me daba ganas de creer.

Tenía esa canción de Alice Cooper en la cabeza.

Decidí que este iba a ser *mi* verano. Si el verano era un libro, entonces yo iba a escribir algo hermoso en él. Con mi propia letra. Pero no tenía la menor idea de qué escribir. Y ese libro ya estaba siendo escrito por mí. Desde ya no era tan prometedor. Desde ya trataba de más trabajo y compromisos.

Había comenzado a trabajar de tiempo completo en El Carbonero. Nunca había trabajado 40 horas a la semana. Sin embargo, me gustaban las horas: de once de la mañana a siete y media de la tarde, de lunes a jueves. Eso quería decir que siempre podía dormir hasta tarde, y si quería, podía salir. No porque supiera adónde quería salir. Los viernes entraba tarde y cerraba a las diez. Nada mal como horario… Y tenía los fines de semana libres. Así que, estaba bien. ¡Pero era el verano! Y los sábados en la tarde, mi mamá me inscribió al banco de comida. No discutí con ella.

Mi vida todavía era la idea de otra persona.

Me levanté temprano el primer sábado después de que terminó la escuela. Traía puestos mis *shorts* para correr y estaba en la cocina, tomando un vaso de jugo de naranja. Miré a mi mamá que estaba leyendo el periódico.

—Tengo que trabajar esta noche.

—¿Pensaba que no trabajabas los sábados?

—Solo voy a cubrir a Mike un par de horas.

—¿Es tu amigo?

—En realidad no.

—Es muy decente de tu parte cubrirlo.

—No lo estoy haciendo gratis, me están pagando. Y, de todas formas, me criaste para ser decente.

—No suenas muy emocionado.

—¿Qué tiene de emocionante ser decente? Quiero ser un chico malo, si quieres saber la verdad.

—¿Un chico malo?

—Ya sabes. Che Guevara. James Dean.

—¿Quién te está deteniendo?

—La estoy mirando.

—Sí, échale la culpa a tu madre —se rio.

Yo, yo estaba tratando de decidir si estaba bromeando o no.

—Sabes, Ari, si de verdad quisieras ser un chico malo, simplemente lo harías. Lo último que necesitan los chicos malos es la aprobación de su madre.

—¿Crees que necesito tu aprobación?

—No sé cómo contestar eso.

Nos miramos. Siempre terminaba por meterme en estas conversaciones que no quería tener con mi mamá.

—¿Y si renuncio a mi trabajo?

Solo me miró.

—Perfecto.

Conocía ese tono. «Perfecto» quería decir que estaba diciendo tonterías. Conocía el código. Nos miramos durante unos cinco segundos… que me parecieron eternos.

—Estás demasiado grande para que te dé una mesada —dijo.

—Quizá solo corte céspedes.

—Qué imaginativo.

—¿Demasiado mexicano para ti, mamá?

—No… Solo que muy poco confiable.

—Cocinar hamburguesas. Eso es confiable. No muy imaginativo, pero confiable. Ahora que lo pienso, es el trabajo perfecto para mí. Soy confiable y poco imaginativo.

Negó con la cabeza.

—¿Te vas a pasar la vida castigándote?

—Tienes razón. Quizá me tome el verano libre.

—Estás en la prepa, Ari. No estás buscando una profesión. Solo estás buscando la manera de ganarte un dinero. Estás en transición.

—¿En transición? ¿Qué clase de madre mexicana eres?

—Soy una mujer educada. Eso no me vuelve menos mexicana, Ari.

Sonaba un poco enojada. Me encantaba su enojo y deseaba tener más de él. Su enojo era distinto al mío o al de mi padre. Su enojo no la paralizaba.

—Está bien, entiendo lo que dices, mamá.

—¿Lo entiendes?

—De alguna manera, mamá, siempre me siento como un estudio de caso cuando estoy contigo.

—Lo siento —dijo. Aunque no lo sentía. Me miró—. Ari, ¿sabes lo que es un ecotono?

—Es el terreno en el que se encuentran dos ecosistemas distintos. En un ecotono, el paisaje contendrá elementos de dos ecosistemas distintos. Es como una frontera natural.

—Chico listo. En transición. No tengo que decir nada más, ¿o sí?

—No, mamá, no tienes que hacerlo. Vivo en un ecotono. El empleo debe coexistir con ser un vago. La responsabilidad debe coexistir con la irresponsabilidad.

—Algo así.

—¿Me saco 10 en Introducción a la Filialidad?

—No te enojes conmigo, Ari.

—No lo estoy.

—Claro que lo estás.

—Eres tan maestra de escuela.

—Mira, Ari, no es mi culpa que casi tengas 17 años.

—Y cuando tenga 25, todavía vas a ser maestra de escuela.

—Pues eso sonó cruel.

—Lo siento.

Me estudió.

—Lo siento, mamá, de verdad.

—Siempre comenzamos cada verano con una discusión, ¿verdad?

—Es una tradición —dije—. Voy a correr.

Mientras me daba la vuelta, me agarró el brazo.

—Mira, Ari, también yo lo siento.

—Está bien, mamá.

—Te conozco, Ari —dijo.

Quería decirle lo mismo que le quería decir a Gina Navarro. *Nadie me conoce*.

Entonces hizo lo que sabía que iba a hacer… Me peinó el pelo con sus dedos.

—No tienes que trabajar si no quieres. Tu papá y yo estaríamos felices de darte dinero.

Sabía que lo decía en serio.

Pero eso no es lo que quería. No sabía lo que quería.

—No tiene que ver con el dinero, mamá.

No dijo nada.

—Solo hazlo un verano lindo, Ari.

La manera en que me lo dijo. La manera en que me miraba. A veces había tanto amor en su voz que no lo podía soportar.

—Está bien, mamá —dije—. Quizá me enamore.

—¿Por qué no?

A veces los papás aman tanto a sus hijos que vuelven sus vidas un romance. Pensaban que nuestra juventud nos podría ayudar a superarlo todo. Quizá las mamás y papás se olvidaban de este pequeño dato: estar al borde de los 17 podía ser duro, y doloroso, y confuso. Estar al borde de los 17 realmente apestaba.

Dos

No fue exactamente por accidente que *Patas* y yo corriéramos por la casa de Dante. Sabía que iba a volver… aunque no sabía exactamente cuándo. Me había mandado una postal el día que salió de Chicago: «Regresamos hoy en coche, pasando por Washington, D. C. Mi papá quiere buscar algo en la biblioteca del Congreso. Nos vemos pronto. Con cariño, Dante».

Cuando llegué al parque, solté a *Patas* de su correa, aunque se suponía que no debía hacerlo. Me encantaba mirarla correr. Estaba enamorado de la inocencia de los perros, de la pureza de su afecto. No tenían la sensatez de esconder sus sentimientos. Existían. Un perro era un perro. Había una elegancia tan simple en ser perro que envidiaba. La llamé de vuelta y le puse la correa, y comencé a correr otra vez.

—¡Ari!

Me detuve, luego me di la vuelta. Y ahí estaba, Dante Quintana, parado en el porche, saludándome con esa sonrisa suya tan honesta y sincera, esa misma sonrisa que llevaba cuando me preguntó si quería aprender a nadar.

Le devolví el saludo y caminé hacia su casa. Nos quedamos ahí parados, mirándonos el uno al otro por un minuto. Era raro que no tuviéramos palabras, y luego, simplemente saltó del porche y me abrazó.

—¡Ari! ¡Mírate! ¡Pelo largo! Te pareces al Che Guevara sin el bigote.

—Lindo —le dije.

Patas le ladró.

—La tienes que acariciar —dije—. Odia que la ignoren.

Dante se arrodilló y la acarició. Luego la besó. Patas le lamió la cara. Era difícil decir cuál de los dos era más cariñoso.

—*Patas, Patas*, qué gusto conocerte. —Se veía tan feliz, y me pregunté por eso, por su capacidad de felicidad. ¿De dónde venía? ¿Tenía yo ese tipo

de felicidad en mi interior? ¿Solo le tenía miedo?

—¿De dónde sacaste todos esos músculos, Ari?

Lo miré, parado frente a mí, él y sus preguntas sin censura.

—Las pesas viejas de mi papá en el sótano —dije. Y luego me di cuenta de que ya estaba más alto que yo.

—¿Cómo creciste tanto? —dije.

—Debe haber sido el frío —dijo—. 1.80. Mido exactamente lo mismo que mi papá.

Me estudió.

—Estás más bajo… Pero tu pelo te hace parecer más alto.

Eso me hizo reír, aunque no supe por qué. Me volvió a abrazar y susurró:

—Te extrañé tanto, Ari Mendoza.

Típicamente no supe qué decir, así que no dije nada.

—¿Vamos a ser amigos?

—No te pongas loco, Dante. *Somos* amigos.

—¿Siempre seremos amigos?

—Siempre.

—Nunca te mentiré sobre nada —dijo.

—Quizá yo te mienta —dije. Y luego nos reímos. Y pensé: «Quizá este sea el verano en el que no haya nada más que risas. Quizá este sea el verano».

—Ven a saludar a mamá y papá —dijo—. Te van a querer ver.

—¿Pueden salir?

—*Patas* puede entrar.

—No creo que eso le guste a tu mamá.

—Si es tu perro, el perro puede entrar. Créemelo.

Bajó su voz a un susurro.

—Mi mamá no está por olvidar ese incidente en la lluvia.

—Es historia antigua.

—Mi mamá es un elefante cuando se trata de recordar.

Pero no tuvimos que poner a prueba a la mamá de Dante sobre los perros en la casa, porque justo entonces el señor Quintana estaba en la puerta de enfrente y le gritaba a su mujer:

—Soledad, adivina quién llegó.

Estaban encima de mí, abrazándome y diciéndome cosas lindas, y me dieron ganas de llorar. Porque su afecto era tan real y de alguna manera sentía que no lo merecía, o quizá sentía que abrazaban al tipo que le había salvado la vida a su hijo. Quería que me abrazaran solo porque era Ari y nunca sería solo Ari para ellos. Pero había aprendido a esconder lo que sentía. No, eso no es cierto. No involucraba aprendizaje. Había nacido sabiendo cómo esconder lo que sentía.

Estaban tan contentos de verme. Y la verdad es que yo también estaba contento de verlos.

Recuerdo haberle dicho al señor Quintana que estaba trabajando en El Carbonero. Él le dio una sonrisita burlona a Dante.

—Trabajo, Dante, una idea para masticar.

—Voy a conseguir un trabajo, papá. De verdad que sí.

La señora Quintana se veía distinta. No sé, era como si tuviera al sol dentro de ella. Nunca había visto a una mujer lucir más hermosa. Se veía más joven que la última vez que la vi. Más joven, no más vieja. No era vieja. Había tenido a Dante cuando tenía 20 años, eso lo sabía. Así que 38 años o algo así. Pero se veía más joven que eso a la luz de la mañana. Quizá era eso, la luz de la mañana.

Oí la voz de Dante mientras escuchaba a sus papás hablar sobre su año en Chicago.

—¿Cuándo me toca subirme a la camioneta?

—¿Qué tal después del trabajo? —dije—. Salgo a las siete y media.

—Me tienes que enseñar a manejar, Ari.

Vi la mirada en el rostro de su mamá.

—¿No se supone que los papás hacen eso? —dije.

—Mi papá es el peor conductor del universo —dijo.

—Eso no es cierto —dijo el señor Quintana—. Solo el peor conductor de El Paso.

Era el único hombre que conocía que en verdad admitía que era malo para manejar. Antes de irme, su mamá logró jalarme a un lado.

—Sabes que vas a dejar que Dante maneje tu camioneta tarde o temprano.

—No lo haré —le dije.

—Dante es muy persuasivo. Solo prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo —le sonreí. Algo en ella me hacía sentir perfectamente seguro y relajado. Simplemente no me sentía así alrededor de la mayoría de la gente.

—Puedo ver que este verano voy a tener que lidiar con dos mamás.

—Eres parte de esta familia —dijo—. Es inútil resistirte.

—Estoy seguro de que la decepcionaré algún día, señora Quintana.

—No —dijo. Y aunque su voz podía ser tan firme, justo entonces su voz era casi tan gentil como la de mi propia madre—. Eres tan duro contigo mismo, Ari.

Me encogí de hombros.

—Quizá solo soy así.

Me sonrió.

—Dante no es el único que te extrañó.

Fue la cosa más hermosa que un adulto que no fuera mi mamá o papá me hubiera dicho jamás. Y yo sabía que había algo en mí que la señora Quintana veía y amaba. Y aunque sentí que era una cosa hermosa, también sentí que era un lastre. No creo que fuera su intención que me pesara. Pero el amor siempre fue algo pesado para mí. Algo que tenía que cargar.

Tres

Patas y yo recogimos a Dante alrededor de las ocho de la noche. El sol todavía no se ponía, pero se hundía rápidamente y hacía calor. Toqué el claxon y Dante estaba parado en la puerta.

—¡Esa es tu camioneta! ¡Está increíble! ¡Está hermosa, Ari!

Sí, sabía que debía tener una sonrisota estúpida en la cara. Un tipo que ama su camioneta necesita que otra gente admire su máquina de manejo. Sí, lo *necesita*. Esa es la verdad. No sé por qué, pero así son los tipos de las camionetas.

Gritó hacia la casa.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Vengan a ver la camioneta de Ari! —Bajó corriendo por los escalones como niño. Siempre sin censura. *Patas* y yo saltamos de la camioneta y miramos a Dante caminar alrededor, admirándola—. Ni un rasguño —dijo.

—Eso es porque no la llevo a la escuela.

Dante sonrió.

—Rines cromados de verdad —dijo—. Eres un mexicano de verdad, Ari.

Eso me hizo reír.

—También tú, idiota.

—Nah, nunca seré un mexicano de verdad.

¿Por qué le importaba tanto? Pero también a mí me importaba. Estaba por decir algo, pero luego sintió a sus padres bajar por los escalones de enfrente de su casa.

—¡Estupenda camioneta, Ari! Ese es un clásico. —El señor Quintana reaccionó igual que Dante, con ese entusiasmo sin censura.

La señora Quintana solo sonrió. Los dos caminaron alrededor de la

camioneta, inspeccionándola, sonriendo, como si se hubieran topado con un viejo amigo.

—Es una camioneta hermosa, Ari.

No me lo había esperado de la señora Quintana. Dante ya le había redirigido su atención a *Patas*, que le estaba lamiendo la cara. No sé qué me pasó, pero le eché mis llaves al señor Quintana.

—Puede llevar a su novia a dar una vuelta si quiere —dije.

No hubo vacilación en su sonrisa. Podía notar que la señora Quintana estaba tratando de suprimir a la niña que todavía vivía dentro de ella. Pero hasta sin la sonrisa de su marido, lo que guardaba dentro de ella parecía mucho más profundo para mí. Era como si estuviera llegando a entender a la mamá de Dante. Sabía que me importaba. Me preguntaba por qué.

Me gustaba mirarlos, a los tres, alrededor de mi camioneta. Quería que el tiempo se detuviera, porque todo parecía tan simple, Dante y *Patas* enamorándose el uno al otro, la mamá y el papá de Dante recordando algo sobre su juventud, mientras examinaban mi camioneta, y yo, el dueño orgulloso. Yo tenía algo de valor… Aunque solo fuera una camioneta que le sacaba una dulce nostalgia a la gente. Era como si mis ojos fueran una cámara y yo estuviera fotografiando el momento, sabiendo que guardaría esa foto para siempre.

Dante y yo nos sentamos en los escalones y miramos a su papá arrancar mi camioneta, su mamá recargada contra él como una chica en una primera cita.

—¡Cómprale una malteada! —gritó Dante—. ¡A las chicas les gusta que les compres algo!

Podíamos verlos reírse mientras se iban manejando.

—Tus papás —dije—. A veces son como niños.

—Están felices —dijo—. ¿Tus papás? ¿Están contentos?

—Mamá y papá no son para nada como tu mamá y papá. Pero mi mamá adora a mi papá. Eso lo sé. Y creo que mi papá también adora a mi mamá. Solo que no es efusivo.

—«Efusivo». Esa no es una palabra de Ari.

—Te estás burlando. Amplié mi vocabulario. —Lo pellizqué—. Me estoy preparando para la universidad.

—¿Cuántas nuevas palabras al día?

—Ya sabes, algunas. Me gustan más las palabras viejas. Son como los amigos viejos.

Dante me devolvió el codazo.

—«Efusivo». ¿Esa palabra será un viejo amigo algún día?

—Quizá no.

—¿Eres como tu papá, no?

—Sí, supongo que sí.

—También mi mamá lucha con eso, ¿sabes? No muestra sus sentimientos naturalmente. Por eso se casó con mi papá. Eso creo. Se lo saca todo, todos esos sentimientos que tiene.

—Entonces hacen buena pareja.

—Así es. Lo chistoso es que a veces pienso que mi mamá ama a mi papá más de lo que él la ama a ella. ¿Eso tiene sentido?

—Sí, supongo. Quizá. ¿El amor es una competencia?

—¿A qué te refieres?

—Quizá todos aman distinto. Quizás eso es lo único que importa.

—¿Sí te das cuenta de que estás hablando, verdad? O sea, hablando de verdad.

—Yo hablo, Dante. No seas una mierda.

—A veces hablas. Otras veces solo, no sé, solo evitas.

—Hago lo mejor que puedo.

—Lo sé. ¿Va a haber reglas para nosotros, Ari?

—¿Reglas?

—Sabes de qué estoy hablando.

—Sí, supongo que lo sé.

—¿Así que cuáles son las reglas?

—No beso chicos.

—Está bien, entonces la primera regla es: nada de tratar de besar a Ari.

—Sí, esa es la primera regla.

—Y yo tengo una regla para ti.

—Okey, me parece justo.

—Nada de alejarse corriendo de Dante.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Creo que sabes lo que quiere decir. Algún día, alguien se te va a acercar y te va a decir: «¿Por qué te llevas con ese marica?». Si no te puedes quedar conmigo como amigo, Ari, si no lo puedes hacer, entonces, quizá sea mejor que solo, ya sabes… Eso me mataría. Sabes que eso me mataría si…

—Entonces es cuestión de lealtad.

—Sí.

Me reí.

—Me toca la regla más difícil de seguir.

Se rio también.

Me tocó el hombro… Luego sonrió.

—Patrañas, Ari. ¿Que te tocó la regla más difícil de seguir? Patrañas y más patrañas. Lo único que tienes qué hacer es serle leal al tipo más brillante que jamás hayas conocido; que es como caminar descalzo por el parque. Yo, por otro lado, tengo que abstenerme de besar al mejor tipo del universo; que es como caminar descalzo sobre carbones encendidos.

—Veo que todavía tienes ese asunto de estar descalzo.

—Siempre voy a odiar los zapatos.

—Juguemos ese juego —dije—. El juego que inventaste para darle una paliza a tus tenis.

—Fue divertido, ¿verdad?

La manera en que lo decía. Como si supiera que nunca jugaríamos ese juego otra vez. Ya estábamos demasiado viejos. Habíamos perdido algo y los dos lo sabíamos.

No dijimos nada por mucho tiempo.

Solo nos sentamos ahí en sus escalones de enfrente. Esperando. Volteé a mirarlo y vi a *Patas* descansando su cabeza en las piernas de Dante.

Cuatro

Dante y yo y *Patas* salimos a manejar al desierto esa noche. A mi lugar favorito. Apenas había pasado el crepúsculo, y las estrellas estaban saliendo de donde sea que se escondían en el día.

—La próxima vez traeremos mi telescopio.

—Buena idea —dije.

Nos acostamos en la caja de mi camioneta y nos quedamos mirando la nueva noche. *Patas* estaba explorando el desierto y la tuve que llamar para que volviera. Saltó sobre la camioneta y se hizo un espacio entre mí y Dante.

—Amo a *Patas* —dijo Dante.

—Y ella te ama a ti.

Apuntó al cielo.

—¿Ves la Osa Mayor?

—No.

—Ahí.

Estudié el cielo.

—Sí. Sí. La veo.

—Es increíble.

—Sí, está *increíble*.

Nos quedamos callados. Solo nos quedamos ahí acostados.

—¿Ari?

—¿Sí?

—¿Adivina qué?

—¿Qué?

—Mi mamá está embarazada.

—¿Qué?

—Mi mamá va a tener un bebé. ¿Lo puedes creer?

—No jodas.

—Hacía frío en Chicago, y mis papás encontraron la manera de mantenerse calentitos. —Eso de verdad me hizo reír.

—¿Crees que los papás alguna vez dejan atrás el sexo?

—No lo sé. No creo que sea algo que uno deje atrás, ¿o sí? Yo qué sé; solo estoy esperando a tenerlo delante.

—Yo también.

Nos quedamos callados de nuevo.

—Guau, Dante —susurré—. Vas a ser un hermano mayor.

—Sí, un hermano verdaderamente mayor. —Me volteó a mirar—. ¿Esto te hace pensar en…? ¿Cómo se llamaba tu hermano?

—Bernardo.

—¿Te hace pensar en él?

—Todo me hace pensar en él. A veces, cuando estoy manejando en mi camioneta, pienso en él, y me pregunto si le gustaban las camionetas, y me pregunto cómo es, y desearía conocerlo, y no sé, no lo puedo dejar ir. O sea, no es como si lo conociera en realidad. Así que, ¿por qué me importa tanto?

—Si te importa, te importa.

No dije nada.

—¿Estás entornando los ojos?

—Sí, supongo.

—Creo que deberías de confrontar a tus papás. Deberías de hacer que se sienten y obligarlos a que te lo digan. Oblígalos a ser adultos.

—No puedes obligar a nadie a ser adulto. En especial a un adulto. —Eso de verdad hizo reír a Dante, y terminamos por reír con tanta fuerza, que *Patas* nos comenzó a ladrar.

—¿Sabes? —dijo Dante—. Necesito seguir mis propios consejos.

Hizo una pausa.

—Espero, por Dios, que mi mamá tenga un niño. Y más le vale que le gusten las niñas. Porque si no es así, lo mato.

Eso nos hizo reír otra vez. Y eso hizo a *Patas* ladrar otra vez.

Cuando finalmente nos volvimos a callar, escuché la voz de Dante, y parecía tan pequeña en la noche del desierto.

—Les tengo que decir, Ari.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacerlo.

—¿Pero qué si te enamoras de una chica?

—Eso no va pasar, Ari.

—Siempre te van a amar, Dante.

No dijo nada. Y luego lo escuché llorar. Así que solo lo dejé llorar. No había nada que pudiera hacer. Excepto escuchar su dolor. Podía hacer eso. Apenas lo podía tolerar. Pero podía hacer eso. Solo escuchar su dolor.

—Dante —susurré—. ¿No puedes ver cuánto te aman?

—Los voy a decepcionar. Así como te decepcioné a ti.

—No me decepcionaste, Dante.

—Lo dices solo porque estoy llorando.

—No, Dante. —Me levanté de donde estaba acostado y me senté en el borde de la plataforma trasera abierta de la camioneta. Se incorporó y nos quedamos mirando el uno al otro—. No llores, Dante. No estoy decepcionado.

De camino de vuelta a la ciudad, paramos en una hamburguesería y tomamos una cerveza de raíz.

—¿Y qué vas a hacer este verano? —dije.

—Pues, voy a practicar con el equipo de natación de Cathedral y voy a trabajar en unos cuadros y voy a conseguir un trabajo.

—De verdad. ¿Vas a conseguir un trabajo?

—Dios, suenas como mi papá.

—Bueno, ¿por qué quieres trabajar?

—Para aprender de la vida.

—La vida —dije—. Trabaja. Caga. El ecotono.

—¿Ecotono?

Cinco

Una noche, Dante y yo estábamos pasando el rato en su cuarto. Había pasado a trabajar en lienzos. Trabajaba sobre un cuadro grande en un caballete. Estaba tapado.

—¿Lo puedo ver?

—No.

—¿Cuando termines?

—Sí. Cuando termine.

—Está bien —dije.

Él estaba acostado en su cama y yo sentado en su silla.

—¿Has leído algún buen libro de poemas últimamente? —dije.

—No, en realidad no. —Parecía un poco distraído.

—¿Dónde andas, Dante?

—Aquí —dijo. Se incorporó en la cama—. Estaba pensando en este tema de los besos —dijo.

—Oh —dije.

—O sea, ¿cómo sabes que no te gusta besar a los chicos si nunca has besado a uno?

—Creo que es algo que uno sabe, Dante.

—Bueno, ¿y lo has hecho?

—Sabes que no. ¿Y tú?

—No.

—Bueno, quizá en realidad no te guste besar a los chicos. Quizá solo creas que sí.

—Creo que deberíamos de hacer un experimento.

—Sé lo que vas a decir y la respuesta es no.

—Eres mi mejor amigo, ¿no?

—Sí. Pero justo ahora me estoy arrepintiendo de verdad.

—Simplemente intentémoslo.

—No.

—No se lo digo a nadie. Vamos.

—No.

—Mira, solo es un beso. Ya sabes. Y luego los dos lo sabremos.

—Lo que ya sabemos.

—En realidad no lo sabremos hasta que en realidad lo hagamos.

—No.

—Ari, por favor.

—Dante.

—Párate.

No sé por qué lo hice, pero lo hice. Me levanté.

Y luego se paró justo frente a mí.

—Cierra los ojos —dijo.

Así que cerré los ojos.

Y me besó. Y le devolví el beso.

Y luego comenzó a besarme en serio. Y me hice para atrás.

—¿Y entonces? —dijo.

—No es lo mío —dije.

—¿Nada?

—Nop.

—Está bien. A mí sí me sirvió.

—Sí. Creo que ya me di cuenta, Dante.

—Así que, bueno, ya terminamos eso entonces, ¿eh?

—Sí.

—¿Estás enojado conmigo?

—Un poquito.

Se volvió a sentar en la cama. Parecía triste. No me gustaba verlo así.

—Estoy más enojado conmigo mismo —dije—. Siempre dejo que me convenzas de todo. No es tu culpa.

—Sí —susurró.

—No llores, ¿está bien?

—Está bien —dijo.

—Estás llorando.
—No lo estoy haciendo.
—Está bien.
—Está bien.

Seis

No llamé a Dante durante algunos días.

Tampoco él me llamó.

Pero de alguna manera sabía que estaba enfurruñado. Se sentía mal. Y yo me sentía mal también. Así que después de que pasó un par de días, le llamé.

—¿Quieres salir a correr en la mañana? —dije.

—¿A qué hora? —dijo.

—A las seis y media.

—Está bien —dijo.

Para alguien que no era corredor, de verdad corría bien. Corrí mucho más lento con Dante junto a mí, pero estuvo bien. Hablamos un poco. Nos reímos. Luego jugamos frisbee con *Patas* en el parque y estábamos bien. Y yo necesitaba que estuviéramos bien… Y él necesitaba que estuviéramos bien también. Así que lo estuvimos.

—Gracias por llamar —dijo—. Pensaba que quizá no me volverías a llamar.

La vida pareció extrañamente normal por un rato. No porque quisiera que mi verano fuera normal. Pero normal estaba bien. Me conformaba con «normal». Iba a correr en las mañanas y hacía ejercicio. Me iba a trabajar.

A veces me llamaba Dante y hablábamos. No sobre algo en particular. Estaba trabajando en un cuadro y había conseguido un trabajo en una farmacia en Kern Place. Dijo que le gustaba trabajar ahí, porque cuando salía podía ir a la universidad y pasar un rato en la biblioteca. Ser hijo de profesor tenía sus privilegios. También dijo:

—No creerías quién compra condones.

No sabía si me lo dijo para hacerme reír. Pero funcionó.

—Y mi mamá me está enseñando a manejar —dijo—. En general nos peleamos.

—Te voy a dejar manejar mi camioneta —dije.

—La peor pesadilla de mi mamá —dijo.

Otra vez nos reíamos. Y eso estuvo bien. No sería el verano sin la risa de Dante. Hablábamos mucho por teléfono, pero no nos vimos mucho durante esas primeras cuantas semanas de verano.

Él estaba ocupado. Yo estaba ocupado.

En general, creo que estábamos ocupados evitándonos. Aunque no habíamos querido que el beso fuera gran cosa, sí lo había sido. Pasó un rato para que desapareciera el fantasma de ese beso.

Una mañana, cuando volví de correr, mi mamá no estaba. Dejó una nota para decirme que iba a pasar el día reorganizando el banco de comida. «¿Cuándo vas a empezar tu turno de los sábados? Lo prometiste».

No sé por qué, pero decidí llamar a Dante.

—Me ofrecí de voluntario para trabajar en el banco de comida los sábados por la tarde. ¿Quieres ir de voluntario conmigo?

—Claro. ¿Qué se supone que tenemos que hacer?

—Estoy seguro de que mi mamá nos va a entrenar —dije.

Me dio gusto preguntarle. Lo extrañaba. Lo extrañaba más ahora que había regresado que cuando se había ido.

No sabía por qué.

Me di un duchazo y miré el reloj. Tenía un poco de tiempo que matar. Me encontré abriendo el cajón del cuarto de invitados. Me encontré agarrando el sobre etiquetado BERNARDO. Quería abrirlo de un tirón. Quizá si lo rasgaba, también abriría mi vida.

Pero simplemente no pude. Lo volví a echar en el cajón.

Todo el día pensé en mi hermano. Pero ni siquiera recordaba cómo se veía. Me la pasé equivocándome con los pedidos en el trabajo. El gerente me dijo que pusiera atención. «No te pago para verte bonito».

Una grosería se me vino a la mente. Pero no la dejé pasar mis labios.

Fui en auto a casa de Dante después del trabajo.

—¿Te quieres emborrachar? —dije.

Estudió mi cara.

—Claro.

Tuvo la decencia de no preguntarme qué me pasaba.

Regresé a casa y me di un baño, y me lavé el olor de las papás fritas y los aros de cebolla de la piel. Mi papá estaba leyendo. La casa me parecía callada.

—¿Dónde está mamá?

—Ella y tus hermanas se fueron a Tucson a visitar a tu tía Ofelia.

—Ah, sí. Se me había olvidado.

—Solo estamos tú y yo.

Asentí.

—Suena muy divertido. —No era mi intención sonar tan sarcástico.

Podía ver que me estaba estudiando.

—¿Todo bien, Ari?

—No. Voy a salir. Dante y yo vamos a ir a dar una vuelta.

Asintió. No me paraba de mirar.

—Te ves distinto, Ari.

—¿Distinto cómo?

—Enojado.

Si hubiera sido más valiente, esto es lo que le habría dicho: «¿Enojado? ¿Por qué habría de estar enojado? ¿Sabes algo, papá? En realidad no me importa que no puedas contar sobre Vietnam. Aunque sé que esa guerra es tu dueña, no me importa si no quieres hablar de ello. Pero sí me importa que no hables de mi hermano. Maldito sea al infierno todo, papá, no puedo vivir con todo tu silencio».

Me imaginé su respuesta: «Todo ese silencio me ha salvado, Ari. ¿No lo sabes? ¿Y cuál es esta obsesión que tienes con tu hermano?»

Me imaginé mi argumento: «¿Obsesión, papá? ¿Sabes lo que he aprendido de ti y mi mamá? Aprendí a no hablar. Aprendí cómo guardar todo lo que siento enterrado en lo más profundo de mi ser. Y te odio por eso».

—¿Ari?

Sabía que iba a empezar a llorar. Sabía que él lo podía ver. Odiaba dejar que mi papá viera toda esa tristeza dentro de mí.

Extendió la mano.

—Ari…

—No me toques, papá. Solo no me toques.

No recuerdo haber manejado hasta casa de Dante. Solo recuerdo sentarme en mi camioneta, estacionada fuera de su casa.

Sus papás estaban sentados en los escalones del frente. Me saludaron con la mano. Yo los saludé de vuelta. Y luego estaban parados justo ahí. En la puerta de mi camioneta. Y escuché la voz del señor Quintana.

—Ari, estás llorando.

—Sí, a veces pasa —dije.

—Deberías de entrar —dijo la señora Quintana.

—No.

Y luego Dante estaba ahí. Me sonrió. Y luego le sonrió a su mamá y papá.

—Vamos —dijo.

Sus papás no hicieron ninguna pregunta.

Solo manejé. Podría haber manejado para siempre. No sé cómo logré encontrar mi lugar en el desierto, pero lo encontré. Era como si tuviera una brújula escondida en alguna parte dentro de mí. Uno de los secretos del universo era que nuestros instintos a veces eran más fuertes que nuestras mentes. Cuando detuve la camioneta, salí, golpeado la puerta.

—¡Mierda! Olvidé la cerveza.

—No necesitamos cerveza —susurró Dante.

—¡Necesitamos la cerveza! ¡Necesitamos la jodida cerveza, Dante! —No sé por qué estaba gritando. Los gritos se transformaron en sollozos. Caí en los brazos de Dante y lloré.

Me abrazó y no dijo una sola palabra.

Otro secreto del universo: a veces el dolor era como una tormenta que venía de la nada. La mañana más despejada de verano podía terminar en un aguacero. Podía terminar con rayos y truenos.

Siete

Era extraño no tener a mi mamá por ahí.

No estaba acostumbrado a hacer el café.

Mi papá me dejó una nota. «¿Estás bien?»

«Sí, papá».

Me dio gusto que *Patas* rompiera el silencio de la casa cuando comenzó a ladrar. Su manera de decirme que era hora de ir a correr.

Patas y yo corrimos más rápido esa mañana. Traté de no pensar en nada mientras corría, pero no funcionó. Pensé en mi papá, y en mi hermano, y en Dante. Siempre estaba pensando en Dante, siempre tratando de descifrarlo, siempre preguntándome por qué éramos amigos y por qué parecía importar tanto. A los dos. Odiaba pensar en cosas y gente… En especial cuando eran misterios que no podía resolver. Cambié el tema en mi cabeza a la tía Ofelia en Tucson. Me pregunté por qué yo nunca la iba a visitar. No es que no la quisiera. Vivía sola y podría haberme esforzado. Pero nunca lo hacía. A veces la llamaba. Era extraño, pero podía hablar con ella. Siempre me hacía sentir tan amado. Me preguntaba cómo lo hacía.

Cuando me estaba secando después de ducharme, me quedé mirando mi cuerpo desnudo en el espejo. Lo estudié. Qué extraño es tener un cuerpo. A veces se sentía así. Recordé lo que una vez me dijo mi tía: «El cuerpo es una cosa hermosa». Ningún adulto me había dicho eso jamás. Y me pregunté si alguna vez sentiría como que mi propio cuerpo era hermoso. Mi tía Ofelia había resuelto unos cuantos de los muchos misterios del universo. Yo sentía que yo no había solucionado uno solo.

Ni siquiera había resuelto el misterio de mi propio cuerpo.

Ocho

Justo antes de ir a trabajar, pasé por la farmacia donde trabajaba Dante. Creo que solo quería ver que de verdad tenía un trabajo. Cuando entré a la farmacia, estaba atrás del mostrador, colocando cigarros en la repisa.

—¿Estás usando zapatos? —dije.

Sonrió. Me quedé mirando su etiqueta de identificación. «Dante Q.»

—Justo pensaba en ti —dijo.

—¿Sí?

—Unas chicas entraron hacer ratito.

—¿Chicas?

—Te conocían. Comenzamos a platicar.

Sabía qué chicas eran antes de que me lo dijera.

—Gina y Susie —dije.

—Sí. Lindas. Y bonitas, también. Van a la escuela contigo.

—Sí, son lindas y bonitas. E insistentes, también.

—Vieron el nombre en mi etiqueta. Y luego se miraron la una a la otra. Y luego una de ellas me preguntó si te conocía. Se me hizo una pregunta rara.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que sí. Que eras mi mejor amigo.

—¿Les dijiste eso?

—*Eres* mi mejor amigo.

—¿Te preguntaron algo más?

—Sí, preguntaron si sabía algo sobre un accidente y que te rompiste las piernas.

—¡No lo puedo creer! ¡No lo puedo creer!

—¿Qué?

—¿Se los contaste?

—Claro que se los conté.

—¿Se los contaste?

—¿Por qué te estás enojando?

—¿Les contaste lo que pasó?

—Claro que lo hice.

—Hay una regla, Dante.

—¿Estás enojado? ¿Estás enojado conmigo?

—La regla era que se suponía que no debíamos hablar del accidente.

—Error. La regla era que se suponía que no debíamos de hablar del accidente el uno con el otro. La regla no aplica para nadie más.

Se estaba formando una fila atrás de mí.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Dante.

Más tarde, Dante me llamó al trabajo.

—¿Por qué estás enojado?

—Simplemente no me gusta que otra gente lo sepa.

—No te entiendo, Ari. —Colgó el teléfono.

Lo que sabía que iba a pasar, pasó. Gina y Susie aparecieron en El Carbonero justo cuando estaba por salir del trabajo.

—Nos estabas diciendo la verdad —dijo Gina.

—¿Y qué? —dije.

—¿Y qué? Le salvaste la vida a Dante.

—Gina, no hablemos de eso.

—Suenas molesto, Ari.

—No me gusta hablar de eso.

—¿Por qué no, Ari? Eres un héroe. —Susie Byrd tenía no sé qué en la voz.

—¿Y por qué —dijo Gina— no sabemos nada sobre tu mejor amigo?

—Sí, ¿por qué?

Las miré a las dos.

—Está tan guapo. Yo también me habría lanzado frente a un auto en movimiento por él.

—Cállate, Gina —dije.

—¿Por qué lo tienes tan secreto?

—No es un secreto. Solo que estudia en Cathedral.

Susie tenía una mirada embobada en la cara.

—Los chicos de Cathedral están tan guapos.

—Los chicos de Cathedral apestan —dije.

—Y entonces, ¿cuándo lo íbamos a conocer?

—Nunca.

—Ah, así que lo quieres para ti solo.

—Ya déjalo, Gina, de verdad me estás haciendo enojar.

—Eres superdelicado con las cosas, ¿sabes, Ari?

—Vete al diablo, Gina.

—En realidad no quieres que lo conozcamos, ¿verdad?

—En realidad no me importa. Ya saben dónde trabaja. Vayan a fastidiarlo a él. Quizá así me dejarán solo a mí.

Nueve

—No entiendo por qué estás tan molesto.

—¿Por qué les contaste a Gina y Susie en particular?

—¿Qué te pasa, Ari?

—Acordamos no hablar de ello.

—No te entiendo.

—Yo tampoco me entiendo.

Me levanté de los escalones de su porche delantero donde estábamos sentados.

—Me tengo que ir.

Miré al otro lado de la calle. Me acordé de Dante corriendo tras dos chicos que le disparaban a un pájaro.

Abrí la puerta de mi camioneta y me subí. Cerré la puerta con fuerza. Dante estaba parado frente a mí.

—¿Quisieras no haberme salvado la vida? ¿Es eso? ¿Quisieras que estuviera muerto?

—Por supuesto que no —susurré.

Solo se quedó ahí parado, mirándome.

No volteé para atrás. Arranqué mi camioneta.

—Eres el tipo más inescrutable del universo.

—Sí —dije—. Supongo que lo soy.

Papá y yo cenamos juntos. Los dos estábamos callados. Nos turnamos para darle sobras de comida a *Patas*.

—Mamá no lo aprobaría.

—No, no lo haría.

Nos sonreímos con torpeza el uno al otro.

—Voy a jugar boliche. ¿Quieres venir?

—¿A jugar boliche?

—Sí… Sam y yo vamos a ir a jugar boliche.

—¿Vas a ir a jugar boliche con el papá de Dante?

—Sí. Me invitó. Pensé que estaría bien salir. ¿No quieren venir tú y Dante?

—No lo sé —dije.

—¿Tuvieron una discusión?

—No.

Le llamé a Dante por teléfono.

—Nuestros papás van a jugar boliche esta noche.

—Lo sé.

—Mi papá quería saber si queríamos ir.

—Dile que no —dijo Dante.

—Está bien.

—Tengo una mejor idea.

El señor Quintana pasó por mi papá para ir a jugar boliche. Me pareció realmente extraño. Ni siquiera sabía que mi papá jugaba boliche.

—Noche de chicos —dijo el señor Quintana.

—No beban y manejen —dije.

—Se te está pegando Dante —dijo—. ¿Qué le pasó a ese joven tan respetuoso?

—Todavía está aquí —dije—. No le estoy llamando Sam, ¿o sí?

Mi papá me disparó una mirada.

—Chau —dije.

Los miré irse manejando. Miré a *Patas*.

—Vámonos.

Saltó sobre la camioneta y manejamos a casa de Dante. Estaba sentado en el porche delantero, hablando con su madre. Subí las escaleras y me agaché y le di un beso a la señora Quintana. La última vez que la vi, le había dicho «hola» y le había dado la mano. Me sentí estúpido. «Un beso en la mejilla está perfecto, Ari», me dijo. Así que ese era nuestro nuevo saludo.

El sol se estaba poniendo. Aunque el día había sido realmente cálido, la brisa se estaba levantando, las nubes se estaban juntando, y parecía como que podría caer una tormenta. Mirar el cabello de la señora Quintana en la

brisa me hizo pensar en mi madre.

—Dante está haciendo una lista de nombres para su hermanito.

Miré a Dante.

—¿Qué si es niña?

—Va a ser niño.

No había la menor duda en su voz.

—Me gusta Diego. Me gusta Joaquín… Me gusta Javier. Rafael. Me gusta Maximiliano.

—Esos nombres suenan bastante mexicanos —dije.

—Sí, pues, me estoy alejando de los nombres clásicos antiguos. Y además, si tiene un nombre mexicano, entonces quizá se *sienta* más mexicano.

La expresión en el rostro de su madre me dijo que habían tenido esta discusión más de unas cuantas veces.

—¿Y qué tal Sam? —dije.

—Sam está bien —dijo.

La señora Quintana se rio.

—¿La madre tiene voz en esto?

—No —dijo Dante—. A la madre solo le toca hacer todo el trabajo.

Se inclinó hacia él y le dio un beso. Levantó la mirada hacia mí.

—¿Así que ustedes dos van a ir a observar las estrellas?

—Sí, a observar las estrellas a ojo desnudo. Nada de telescopios —dije —. Y somos tres. Olvidó a *Patas*.

—No —dijo—. *Patas* se queda conmigo. Tengo ganas de compañía.

—Está bien —dije—. Si quiere.

—Es una perra maravillosa.

—Sí, lo es. ¿Así que le gustan los perros ahora?

—Me gusta *Patas*. Es dulce.

—Sí —dije—. Dulce.

Era casi como si *Patas* supiera de qué iba el asunto. Cuando Dante y yo saltamos en la camioneta, se quedó justo a un lado de la señora Quintana. Qué raro, pensé, que los perros a veces entendían las necesidades y comportamientos de los seres humanos.

La señora Quintana me gritó antes de que arrancara la camioneta.

—Prométeme que tendrás cuidado.
—Lo prometo.
—Acuérdate de la lluvia —dijo.

Diez

Mientras manejaba hacia mi lugar en el desierto, Dante sacó el botín. Ondeó dos churros en el aire.

Los dos sonreímos, luego reímos.

—Eres un chico malo —dije.

—Tú también eres un chico malo.

—Justo lo que siempre quisimos ser. Si nuestros padres supieran —dije.

—Si nuestros padres supieran —dijo.

Nos reímos.

—Nunca lo he hecho.

—No es difícil de aprender.

—¿Dónde los conseguiste?

—Daniel. Un tipo con el que trabajo. Creo que le gusto.

—¿Te quiere besar?

—Creo que sí.

—¿Lo quieres besar a él?

—No estoy seguro.

—¿Pero lo convenciste de que te diera un poco de yerba, verdad?

Aunque mantuve la mirada sobre el camino, sabía que él estaba sonriendo.

—¿Te gusta convencer a la gente de hacer cosas, verdad?

—No voy a contestar eso.

Había rayos en el cielo y truenos, y el aroma a lluvia.

Dante y yo salimos de la camioneta. No dijimos una palabra. Encendió el churro, inhaló, y luego guardó el humo en sus pulmones. Luego, finalmente, lo soltó. Luego lo volvió a hacer, y me pasó el churro. Hice exactamente lo que él. Debo decir que me gustó el olor, pero la yerba se

sentía ruda en mis pulmones. Luché por no toser. Si Dante no tosía, entonces yo tampoco iba a toser. Nos quedamos ahí, pasando el churro hasta que desapareció.

Me sentía ligero y despreocupado y feliz. Era extraño y maravilloso, y todo parecía lejano, pero más o menos cercano. Dante y yo nos seguíamos mirando mientras nos sentábamos en la plataforma trasera de mi camioneta. Comenzamos a reírnos y no podíamos parar.

Luego la brisa se volvió viento. Y los truenos y rayos estaban más y más cerca, y comenzó a llover. Corrimos dentro de la camioneta. No podíamos parar de reír, no queríamos parar de reír.

—Es una locura —dije—. Se siente loquísimo.

—Loco —dijo—. Loco, loco, loco.

—Dios, loco.

Quería que nos riéramos para siempre. Escuchamos el aguacero. Dios, de verdad llovía. Como esa noche.

—Vamos allá fuera —dijo Dante—. Salgamos a la lluvia.

Lo miré mientras se quitaba toda la ropa: su camisa, sus shorts, sus bóxeres. Todo menos sus tenis. Lo que se me hizo muy chistoso.

—Bueno —dijo. Tenía la mano en la manija de la puerta—. ¿Listo?

—Espera —dije. Me quité la camiseta y toda la ropa. Excepto por los tenis.

Nos miramos y nos reímos.

—¿Listo? —dije.

—Listo —dijo.

Salimos corriendo a la lluvia. Dios, las gotas de lluvia estaban tan frías.

—¡Mierda! —grité.

—¡Mierda! —gritó Dante.

—Estamos jodidamente locos.

—¡Sí, sí! —rio Dante. Corrimos alrededor de la camioneta, desnudos y riéndonos, la lluvia golpeando contra nuestros cuerpos. Dimos vueltas y vueltas corriendo alrededor de la camioneta. Hasta que los dos quedamos cansados y sin aliento.

Nos sentamos dentro de la camioneta, riéndonos, tratando de volver a recobrar el aliento. Y luego paró la lluvia. Así era en el desierto. Llovía a

cántaros, luego paraba. Así nada más. Abrí la puerta de la camioneta y salí al húmedo y ventoso aire nocturno.

Extendí mis brazos hacia el cielo. Y cerré los ojos.

Dante estaba parado junto a mí. Podía sentir su aliento.

No sé qué habría hecho si me hubiera tocado.

Pero no lo hizo.

—Estoy muerto de hambre —dijo.

—Yo también.

Nos vestimos y manejamos de vuelta a la ciudad.

—¿Qué comemos? —dije.

—Menudo —dijo.

—Te gusta el menudo.

—Sí.

—Creo que eso te hace un mexicano de verdad.

—¿A los mexicanos de verdad les gusta besar a los chicos?

—No creo que el gusto por los chicos sea una invención gringa.

—Puede ser que tengas razón.

—Sí, puede ser.

Le lancé una mirada. Él odiaba cuando yo tenía razón.

—¿Qué tal los Tacos de Chico?

—No tienen menudo.

—Está bien, ¿qué tal el Café Buena Suerte sobre Alameda?

—A mi papá le encanta ese lugar.

—Al mío también.

—Están jugando boliche —dije.

—Están jugando boliche.

Los dos nos reíamos tanto que tuve que hacer el auto a un lado.

Cuando finalmente llegamos al Café Buena Suerte, teníamos tanta hambre que los dos comimos un plato de enchiladas y dos tazones de menudo.

—¿Tengo los ojos rojos?

—No —dije.

—Bien. Supongo que podemos ir a casa.

—Sí —dije.

—No puedo creer que hiciéramos eso.
—Yo tampoco.
—Pero fue divertido —dijo.
—Dios —dije—. Fue fantástico.

Once

Mi papá me despertó temprano.

—Vamos a Tucson —dijo.

Me incorporé en la cama. Me le quedé mirando.

—Hay café.

Patas lo siguió por la puerta.

Me pregunté si estaba enojado conmigo, me pregunté por qué teníamos que ir a Tucson. Me sentía un poco aturdido, como si me hubieran despertado en medio de un sueño. Me puse un par de *jeans* y me dirigí a la cocina. Papá me pasó una taza de café.

—Eres el único chico que conozco que toma café.

Traté de seguir charlando de cualquier cosa, traté de fingir que no había tenido esa conversación imaginaria con él. No creo que él supiera lo que había dicho. «Pero yo lo sabía». Y sabía que había querido decir esas cosas, aunque no las hubiera dicho.

—Algún día, papá, los chicos de todo el mundo estarán tomando café.

—Necesito un cigarro —dijo.

Patas y yo lo seguimos al patio de atrás.

Lo miré encender su cigarro.

—¿Cómo estuvo el boliche?

Me dio una sonrisa torcida.

—Fue bastante divertido. Soy pésimo para el boliche. Por suerte, también Sam.

—Deberías de salir más —dije.

—Tú también —dijo. Le dio una fumada a su cigarro—. Tu mamá llamó en la noche, muy tarde. Tu tía tuvo un derrame cerebral muy serio. No se recuperará.

Recuerdo haber vivido con ella un verano. Yo era un niño muy chico y ella era una mujer muy gentil. Nunca se había casado. Pero eso no importaba. Ella sabía de los niños y sabía cómo reírse y sabía cómo hacer a un niño sentirse como que era el centro del universo. Había vivido una vida separada del resto de la familia por razones que nadie se había molestado jamás en explicarme. Nunca me importó eso.

—¿Ari? ¿Me escuchas?

Asentí.

—A veces pareces lejano.

—No, en realidad, no. Solo estaba pensando. Pasé un verano con ella cuando era pequeño.

—Sí, así es. No querías volver a casa.

—¿No? No lo recuerdo.

—Te enamoraste de ella —sonrió.

—Quizá lo hice. No recuerdo no haberla querido. Y eso es extraño.

—¿Por qué es extraño?

—No siento lo mismo por mis otros tíos y tías.

Asintió.

—El mundo tendría suerte de tener a más gente como ella. Ella y tu mamá se escribían todas las semanas. Una carta a la semana por años y años y años. ¿Lo sabías?

—No. Esas son muchas cartas.

—Las guardó todas.

Le di un sorbo a mi café.

—¿Puedes arreglarlo con tu trabajo, Ari?

Me lo pude imaginar en el ejército. Haciéndose cargo. Su voz tranquila e impertérrita.

—Sí. Solo es un trabajo haciendo hamburguesas. ¿Qué me van a hacer, correrme?

Patas me ladró. Estaba acostumbrada a su trote matutino. Miré a mi papá:

—¿Qué vamos a hacer con *Patas*?

—Dante —dijo.

Su mamá contestó el teléfono.

—Hola —dije—. Habla Ari.

—Lo sé —dijo—. Te despertaste temprano.

—Sí —dije—. ¿Ya se levantó Dante?

—¿Bromeas, Ari? Se levanta media hora antes de tener que llegar al trabajo. No se levanta ni un minuto antes.

Los dos nos reímos.

—Bueno —dije—, como que necesito un favor.

—Está bien —dijo.

—Bueno, mi tía tuvo un derrame. Mi mamá la estaba visitando. Mi papá y yo nos vamos tan pronto como podamos. Pero, luego, está *Patas*, y pensé que quizá…

No me dejó terminar la oración.

—Por supuesto que la cuidamos. Es gran compañía. Se quedó dormida en mis piernas anoche.

—Pero tú trabajas y Dante trabaja.

—No hay problema, Ari. Sam está en casa todo el día. Está terminando su libro.

—Gracias —dije.

—No me agradezcas, Ari. —Sonaba mucho más feliz y ligera que la mujer que conocí por primera vez. Quizá era porque iba a tener un bebé. Quizá era eso. No se trataba de que no siguiera tras de Dante todavía.

Colgué el teléfono, empaqué algunas cosas. Sonó el teléfono. Era Dante.

—Siento lo de tu tía. Pero ¡oye, tengo a *Patas*! —Podía ser tan niño. Quizá siempre sería un niño. Como su papá.

—Sí, tienes a *Patas*. Le gusta correr en la mañana. Temprano.

—¿Qué tan temprano?

—Nos levantamos a la cinco cuarenta y cinco.

—¡Cinco cuarenta y cinco! ¿Estás loco? ¿Y dormir qué?

Este tipo siempre me podía hacer reír.

—Gracias por hacerlo —dije.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí.

—¿Tu papá te echó bronca por llegar tan tarde?

—No. Estaba dormido.

—Mi mamá quería saber qué nos traíamos entre manos.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no pudimos ver las estrellas por la tormenta. Le dije que llovió endemoniadamente y nos quedamos atorados en la tormenta. Y que solo nos quedamos sentados en la camioneta platicando. Y que cuando paró la lluvia, nos dio mucha hambre y salimos por menudo. Me miró raro. Me dijo: «¿Por qué no te creo?». Y le dije: «Porque eres muy desconfiada por naturaleza». Y luego ahí lo dejó.

—Tu mamá tiene hiperinstintos —dije.

—Sí, pues, no puede comprobar nada.

—Te apuesto a que lo sabe.

—¿Cómo lo sabría?

—No lo sé. Pero apuesto a que lo sabe.

—Me estás poniendo paranoico.

—Qué bueno.

Los dos nos desternillamos de la risa.

Dejamos a *Patas* en casa de Dante esa mañana más tarde. Mi papá le dio una llave de nuestra casa al señor Quintana. A Dante le enjaretamos el riego las plantas de mi mamá.

—Y no te robes mi camioneta —dije.

—Soy mexicano —dijo—. Sé todo sobre puentear.

Eso me hizo reír mucho.

—Mira —le dije—. Comer menudo y arrancar la camioneta sin llave son dos formas de arte completamente distintas.

Nos miramos con sonrisitas de superioridad.

La señora Quintana nos lanzó una mirada.

Tomamos una taza de café con la mamá y el papá de Dante. Dante le dio un *tour* en la casa a *Patas*.

—Apuesto a que Dante va a alentar a *Patas* a que mastique todos sus zapatos.

Todos nos reímos, menos mi papá. No sabía de la guerra de Dante contra los zapatos. Nos reímos aún más cuando *Patas* y Dante entraron de nuevo a la cocina; *Patas* llevaba uno de los zapatos de Dante en la boca.

—Mira lo que encontró, mamá.

Doce

Mi papá y yo no hablamos tanto mientras manejábamos a Tucson.

—Tu mamá está triste —dijo. Sabía que estaba recordando.

—¿Quieres que maneje?

—No —dijo. Pero luego cambió de parecer—. Sí. —Tomó la siguiente salida y compramos un poco de gasolina y café. Me pasó las llaves. Su auto se manejaba con más facilidad que mi camioneta. Sonreí.

—Nunca he manejado otra cosa que mi camioneta.

—Si puedes manejar esa camioneta, puedes con todo.

—Siento lo de anoche —dije—. Solo que a veces hay cosas corriendo dentro de mí. Estos sentimientos. No siempre sé qué hacer con ellos. Probablemente no tiene sentido lo que digo.

—Suena normal, Ari.

—No creo ser tan normal.

—Sentir cosas es normal.

—Solo que estoy enojado. Y en realidad no sé de dónde viene todo ese enojo.

—Quizá si habláramos más.

—Bueno, ¿cuál de nosotros es bueno con las palabras, papá?

—Eres bueno con las palabras, Ari. Solo que no eres tan bueno con las palabras cuando estás cerca de mí.

No dije nada. Pero luego dije:

—Papá, no soy bueno con las palabras.

—Pero hablas con tu mamá todo el tiempo.

—Sí, pero eso es porque es un requisito.

Se rio.

—Me da gusto que nos obligue hablar.

—Moriríamos en nuestro propio silencio si no estuviera cerca.

—Bueno, estamos hablando ahora, ¿o no?

Lo miré de reojo y vi que sonreía.

—Sí, estamos hablando.

Bajó la ventanilla.

—Tu mamá no me deja fumar en el auto. ¿Te molesta?

—No, no me molesta.

Ese olor —el cigarro— siempre me hacía pensar en él. Fumó su cigarro. Manejé. No me molestaban el silencio, ni el desierto, ni el cielo sin nubes.

¿Qué le importaban las palabras al desierto?

Mi mente comenzó a divagar. Pensé en *Patas* y Dante. Me pregunté qué veía Dante cuando me miraba. Me pregunté por qué no miraba los bocetos que me dio. Nunca. Pensé en Gina y Susie, y me pregunté por qué nunca las llamaba. Me molestaban, pero era su manera de ser amables conmigo. Sé que les agradaba. Y ellas me agradaban a mí. ¿Por qué un tipo no podía ser amigo de las chicas? ¿Qué tenía de malo eso? Pensé en mi hermano y me pregunté si había tenido una relación cercana a mi tía. Me pregunté por qué una señora tan linda había divorciado a su familia. Me pregunté por qué había pasado un verano con ella cuando apenas tenía cuatro años.

—¿En qué estás pensando? —Escuché la voz de mi padre. Casi nunca hacía esa pregunta.

—Pensaba en mi tía Ofelia.

—¿Qué estabas pensando?

—¿Por qué me mandaron con ella a pasar el verano?

No contestó. Bajó la ventanilla y el calor del desierto invadió el auto acondicionado. Sabía que iba a fumar otro cigarro.

—Dime —dije.

—Fue justo alrededor del juicio de tu hermano.

Era la primera vez que me decía algo sobre mi hermano. No dije nada. Quería que siguiera hablando.

—Tu mamá y yo estábamos pasando por un rato muy difícil. Todos lo estábamos. Tus hermanas también. No queríamos que tú… —Se detuvo—. Creo que sabes lo que intento decir.

Tenía una mirada muy seria en el rostro. Más seria de lo normal.

—Tu hermano te amaba, Ari. Te amaba. Y no quería que estuvieras cerca. No quería que pensaras en él de esa manera.

—Así que me mandaron a otro lado.

—Sí. Lo hicimos.

—No resolvió una maldita cosa, papá. Pienso en él todo el tiempo.

—Lo siento, Ari. Yo solo… De verdad lo siento.

—¿Por qué no podemos solo…?

—Ari, es más complicado de lo que crees.

—¿De qué manera?

—Tu mamá tuvo una crisis. —Lo podía escuchar darle una jalada su cigarro.

—¿Qué?

—Estuviste en casa de tu tía Ofelia por más que un verano. Estuviste ahí nueve meses.

—¿Mamá? No puedo… Solo que… ¿Mamá? —Le quería pedir un cigarro a mi papá.

—Es tan fuerte, tu mamá. Pero, no sé, la vida no es lógica, Ari. Fue como si tu hermano se hubiera muerto. Y tu mamá se volvió otra persona. Apenas si la reconocí. Cuando le dictaron la sentencia, se cayó en pedazos. Estaba inconsolable. No tienes idea de cuánto amaba a tu hermano. Y yo no sabía qué hacer. Y a veces, incluso ahora, la miro y quiero pensar: «¿Ya acabó? ¿Ya?». Cuando volvió conmigo, Ari, se veía tan frágil. Y a medida que pasaban las semanas y los meses, volvió a ser la de antes otra vez. Se volvió fuerte otra vez y…

Escuché a mi papá llorar. Hice el auto a un lado de la carretera.

—Lo siento —susurré—. No lo sabía. No lo sabía, papá.

Asintió. Se bajó del auto. Se paró afuera, en el calor. Sé que trataba de organizarse. Como una habitación desordenada que había que recoger. Lo dejé solo un rato. Pero luego decidí que quería estar con él. Decidí que quizá nos habíamos dejado el uno al otro solos demasiado tiempo. Dejarnos solos el uno al otro nos estaba matando.

—Papá, a veces los odiaba a ti y a mamá por fingir que estaba muerto.

—Lo sé. Lo siento, Ari. Lo siento, lo siento, lo siento.

Trece

Para cuando llegamos a Tucson, mi tía Ofelia había muerto.

Solo había espacio para quedarse de pie en su misa funeraria. Era obvio que había sido amada profundamente. Por todos menos por su familia. Nosotros éramos los únicos que estábamos ahí. Mi mamá, mis hermanas, yo y mi papá.

Se me acercaba gente que no conocía.

—¿Ari? —me preguntaban.

—Sí, soy Ari.

—Tu tía te adoraba.

Me sentí tan avergonzado. Por haberla guardado en los márgenes de mi memoria. Me sentí tan avergonzado.

Catorce

Mis hermanas volvieron a sus casas después del funeral.

Mi mamá y mi papá y yo nos quedamos. Mi mamá y mi papá cerraron la casa de mi tía. Mi mamá sabía exactamente qué hacer, y era casi imposible para mí imaginármela morando en los límites de la cordura.

—Te me quedas mirando —dijo una noche mientras veíamos cómo llegaba una tormenta de verano desde el oeste.

—¿Lo estoy haciendo?

—Has estado callado.

—Callado es bastante normal para mí. ¿Por qué no vinieron? —pregunté—. ¿Mis tíos y tías? ¿Por qué no vinieron?

—No aprobaban a tu tía.

—¿Por qué no?

—Vivió con otra mujer. Por muchos años.

—Franny —dije—. Vivía con Franny.

—¿Te acuerdas?

—Sí. Un poquito. No mucho. Era muy linda. Tenía ojos verdes. Le gustaba cantar.

—Eran amantes, Ari.

Asentí.

—Okey —dije.

—¿Eso te molesta?

—No.

Seguí jugando con la comida de mi plato. Levanté los ojos para ver a mi papá. No esperó a que hiciera mi pregunta.

—Yo amaba a Ofelia —dijo—. Era gentil y era decente.

—¿No te importaba que viviera con Franny?

—A alguna gente le importaba —dijo—. Tus tíos y tías, Ari, simplemente no pudieron.

—¿Pero a ti no te importó?

Mi papá tenía una expresión rara en la cara, como si tratara de contener su enojo. Creo que yo sabía que ese enojo estaba dirigido a la familia de mi madre, y también creo que él sabía que su enojo era inútil.

—Si nos hubiera importado, ¿crees que te habríamos dejar venir a quedarte con ella? —Miró a mi mamá.

Mi mamá le asintió.

—Cuando lleguemos a casa —dijo—, me gustaría mostrarte unas fotos de tu hermano. ¿Te parece bien?

Se inclinó hacia mí y me limpió las lágrimas. Yo no podía hablar.

—No siempre tomamos las decisiones correctas, Ari. Hacemos lo mejor que podemos.

Asentí, pero no había palabras y las lágrimas silenciosas simplemente siguieron corriendo por mi rostro, como si hubiera un río dentro de mí.

—Creo que te lastimamos.

Cerré los ojos e hice que las lágrimas pararan. Y luego dije:

—Creo que estoy llorando porque estoy feliz.

Quince

Llamé a Dante y le dije que volvíamos en un par de días. No le dije nada sobre mi tía. Excepto que me había heredado su casa.

—¿Qué? —dijo.

—Sí.

—Guau.

—«Guau» es justo.

—¿Es una casa grande?

—Sí. Es una casa estupenda.

—¿Qué vas a hacer con la casa?

—Pues, parece ser que hay una amiga de mi tía que la quiere comprar.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero?

—No lo sé. No lo he pensado.

—¿Por qué crees que te dejó la casa?

—No tengo la menor idea.

—Bueno, pues puedes dejar tu trabajo en El Carbonero.

Dante. Siempre me podía hacer reír.

—Así que, ¿qué has estado haciendo?

—Trabajando en la farmacia. Y estoy como que pasando tiempo con este tipo —dijo.

—¿Sí? —dije.

—Sí.

Quería preguntarle su nombre, pero no lo hice.

Cambió de tema. Sabía cuando Dante estaba cambiando de tema.

—Mi mamá y mi papá están enamorados de *Patas*.

Dieciséis

El 4 de julio seguíamos en Tucson.

Fuimos a ver los fuegos artificiales.

Mi papá me dejó tomar una cerveza con él. Mi mamá trató de fingir que no aprobaba. Pero si no aprobara, lo habría detenido.

—No es tu primera cerveza, ¿verdad, Ari?

—Mamá, te dije que cuando rompiera las reglas, lo haría a tus espaldas.

—Sí —dijo—. Eso es lo que dijiste. No estabas manejando, ¿o sí?

—No.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Tomé la cerveza lentamente y miré los fuegos artificiales. Me sentí como un niño pequeño. Me encanaban los fuegos artificiales, las explosiones en el aire, la manera en que la multitud a veces hacía «uuuuuh» y «aaaaah» y «oooooh».

—Ofelia siempre dijo que Franny era el 4 de Julio.

—Qué cosa tan estupenda decir eso —dije—. ¿Así que qué le pasó?

—Murió de cáncer.

—¿Cuándo?

—Hace como seis años, supongo.

—¿Viniste al funeral?

—Sí.

—No me trajiste.

—No.

—Solía mandarme regalos de Navidad.

—Debimos habértelo dicho.

Diecisiete

Creo que mi madre y padre decidieron que había demasiados secretos en el mundo. Antes de salir de casa de mi tía, ella puso dos cajas en la cajuela del auto.

—¿Qué es? —pregunté.

—Las cartas que le escribí.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Te las voy a dar.

—¿De verdad?

Me pregunté si mi sonrisa era tan grande como la suya. Quizá tan grande. Pero no tan hermosa.

Dieciocho

Mientras volvíamos a El Paso desde Tucson, me senté en el asiento de atrás. Podía ver que mi mamá y papá estaban agarrados de la mano. A veces se miraban el uno al otro. Miré afuera, al desierto. Pensé en la noche en que Dante y yo fumamos yerba y corrimos desnudos en la lluvia.

—¿Qué vas a hacer el resto del verano?

—No lo sé. Trabajar en El Carbonero. Pasar tiempo con Dante. Hacer ejercicio. Leer. Cosas así.

—No tienes que trabajar —dijo mi papá—. Tienes el resto de tu vida para hacerlo.

—No me molesta trabajar. Y de todos modos, ¿qué haría? No me gusta ver la televisión. Estoy fuera de contacto con mi propia generación. Y puedo agradecerle eso a ti y a mi mamá.

—Bueno, puedes ver toda la televisión que quieras de aquí en adelante.

—Demasiado tarde.

Los dos se rieron.

—No es chistoso. Soy el chico de casi 17 años menos *cool* del universo. Y todo es culpa de ustedes.

—Todo es nuestra culpa.

—Sí, todo es su culpa.

Mi mamá se dio la vuelta solo para asegurarse de que estuviera sonriendo.

—Quizá tú y Dante deberían de hacer un viaje juntos. Ir a acampar o algo.

—No lo creo —dije.

—Lo deberías pensar —dijo mi mamá—. Es verano.

«Es verano», pensé. Seguí pensando en lo que había dicho la señora

Quintana: «Recuerda la lluvia».

—Hay una tormenta más adelante —dijo mi padre—. Y estamos por toparnos con ella.

Miré por la ventana las nubes negras frente a nosotros. Abrí la ventana de atrás y olí la lluvia. Podías oler la lluvia en el desierto incluso antes de que cayera una gota. Cerré los ojos. Extendí la mano y sentí la primera gota. Era como un beso. El cielo me estaba besando. Era una idea bonita. Era algo que Dante habría pensado. Sentí otra gota y luego otra. Un beso. Un beso. Y luego otro beso. Pensé en todos los sueños que había estado teniendo… Todos sobre besos. Pero nunca sabía a quién estaba besando. No podía ver. Y luego, así nada más, estábamos en medio de un aguacero. Cerré la ventanilla y de repente me dio frío. Mi brazo estaba mojado, el hombro de mi camiseta empapado.

Mi papá hizo el coche a un lado.

—No puedo manejar en esto —dijo.

No había nada más que oscuridad y cortinas de lluvia y el asombro de nuestro silencio.

Mi mamá estaba agarrada de la mano de mi papá.

Las tormentas siempre me hacían sentir tan pequeño.

Aunque los veranos en general estaban hechos de sol y calor, los veranos para mí tenían que ver con las tormentas que iban y venían, y me dejaban sintiendo solo.

¿Todos los chicos se sentían solos?

El sol de verano no estaba hecho para chicos como yo. Los chicos como yo pertenecían en la lluvia.

Todos los secretos del universo

A lo largo de toda la juventud te estuve buscando
sin saber lo que estaba buscando

—W. S. Merwin

Uno

Llovió de vez en cuando durante el viaje de vuelta a El Paso. Cabeceaba hasta quedarme dormido. Me despertaba cada vez que golpeábamos un aguacero pesado.

Hubo algo muy sereno en ese viaje de vuelta a casa.

Fuera del coche había una tormenta horrible. Dentro del coche estaba calentito. No me sentía amenazado por el clima iracundo e impredecible. De alguna manera me sentía seguro y protegido.

Una de las veces en que me dormí, comencé a soñar. Creo que podía soñar con solo pedirlo. Soñé que mi papá y mi hermano y yo estábamos fumando un cigarro juntos. Estábamos en el jardín de atrás. Mi mamá y Dante estaban en la puerta. Mirando.

No podía decidir si el sueño era bueno o malo. Quizás un buen sueño, porque cuando me desperté no estaba triste. Quizás era así como medías si un sueño era bueno o malo. Por la manera en que te hacía sentir.

—¿Estás pensando en el accidente? —Escuché la voz suave de mi mamá.

—¿Por qué?

—¿La lluvia te recuerda alguna vez el accidente?

—A veces.

—¿Tú y Dante hablan del tema?

—No.

—¿Por qué?

—Simplemente no lo hacemos.

—Oh —dijo—. Pensaba que ustedes dos hablaban de todo.

—No —dije—. Somos justo como todos los demás en el mundo.

Yo sabía que no era cierto. No éramos como nadie más en el mundo.

Cuando llegamos a la casa, llovía a cántaros. Truenos y rayos y viento, la peor tormenta de la temporada de verano. Mi papá y yo nos empapamos llevando las maletas de vuelta a la casa. Mi mamá encendió las luces y puso un poco de té mientras que mi papá y yo nos poníamos ropa seca.

—*Patas* odia los truenos —dije—. Le lastiman los oídos.

—Estoy segura de que está durmiendo justo a un lado de Dante.

—Sí, supongo —dije.

—¿La extrañas?

—Sí.

Me imaginé a *Patas* tirada a los pies de Dante, gimiendo por el sonido de los truenos. Me imaginé a Dante besándola, diciéndole que todo estaba bien. Dante, que amaba besar a los perros, que amaba besar a sus papás, que amaba besar a los chicos, que amaba hasta besar a las chicas. Quizá besar era parte de la condición humana. Quizá yo no era humano. Quizá no era parte del orden natural de las cosas. Pero Dante disfrutaba besar. Y sospecho que también le gustaba masturbarse. En mi opinión, la masturbación era bochornosa. Ni siquiera sé por qué. Simplemente lo era. Era como tener sexo contigo mismo. Tener sexo contigo mismo era realmente extraño. Autoerotismo. Lo había buscado en un libro en la biblioteca. Dios, me sentía tonto tan solo por pensar en estas cosas. Algunos chicos hablaban de sexo todo el tiempo. Los escuchaba en la escuela. ¿Por qué estaban tan contentos cuando hablaban del sexo? Me hacía sentir miserable. Inadecuado. Ahí estaba esa palabra otra vez. ¿Y por qué estaba pensando en estas cosas en medio de una tormenta, sentado a la mesa de la cocina con mi madre y mi padre? Traté de traer mis pensamientos de vuelta a la cocina. Donde estaba. Donde vivía. Odiaba el tema de vivir en mi cabeza.

Mi mamá y papá estaban hablando y me quedé ahí sentado, tratando de escuchar su conversación, pero sin escuchar nada en realidad, solo pensando en cosas. Simplemente dejé volar la mente. Y luego mis pensamientos cayeron en mi hermano. Siempre caían ahí. Era como mi lugar favorito para estacionarme en el desierto. Simplemente manejaba ahí todo el tiempo. Me pregunté cómo habría sido si mi hermano hubiera estado por aquí. Quizá me habría enseñado cosas sobre ser un chico, y lo que los

chicos deben sentir, y lo que deben decir y cómo deben comportarse. Quizá sería feliz. Pero quizá mi vida sería igual. Quizá mi vida sería aún peor. No creo que tuviera una mala vida. Lo sabía. Tenía a una mamá y a un papá, y les importaba, y tenía un perro y a un mejor amigo llamado Dante. Pero había algo que nadaba dentro de mí que siempre me hacía sentir mal.

Me pregunté si todos los chicos tenían esa oscuridad dentro de ellos. Sí. Quizás hasta Dante.

Sentí los ojos de mi mamá sobre mí. Me estaba estudiando. De nuevo.

Le sonreí.

—Te preguntaría en qué estás pensando, pero no creo que me lo contaras.

Me encogí de hombros. Apunté hacia mi papá.

—Demasiado parecido a él, supongo.

Eso hizo reír a mi padre. Parecía cansado, pero en ese momento, sentados a la mesa de la cocina, había algo joven en él. Y pensé que quizá se estaba transformando en otro.

Todos se estaban convirtiendo en otro siempre.

A veces, cuando eres mayor, te vuelves alguien más joven. Y yo, yo me sentía viejo. ¿Cómo puede un tipo que está por cumplir 17 sentirse viejo?

Todavía llovía cuando me fui a dormir. Los truenos estaban distantes y su suave sonido era más como un susurro lejano.

Dormí. Soñé. Era ese sueño otra vez, ese sueño en el que estaba besando a alguien.

Cuando desperté, me quería tocar. «Darle la mano a tu mejor amiga». Ese era el eufemismo de Dante. Siempre sonreía cuando lo decía.

Mejor me di un duchazo frío.

Dos

Por alguna razón tenía un sentimiento raro en el fondo del estómago. No solo el tema del sueño, el tema de besar, el tema del cuerpo, el tema de la ducha fría. No solo eso; había otra cosa que no se sentía bien.

Caminé hasta casa de Dante para recoger a *Patas*. Estaba vestido para correr en la mañana fresca. Me encantaba la humedad del desierto después de todas las lluvias.

Toqué a la puerta de adelante.

Era temprano, pero no demasiado temprano. Sabía que Dante probablemente seguía dormido, pero sus papás estarían despiertos. Y yo quería a *Patas*.

El señor Quintana abrió la puerta. *Patas* salió corriendo y me saltó encima. La dejé lamerme la cara, que no es algo que le dejara hacer con mucha frecuencia.

—*¡Patas, Patas, Patas!* Te extrañé. —Seguí acariciándola y acariciándola, pero cuando alcé la mirada, noté que el señor Quintana parecía… Parecía, no lo sé… Había algo en su rostro.

Sabía que algo estaba mal. Lo miré. Ni siquiera le hice la pregunta.

—Dante —dijo.

—¿Qué?

—Está en el hospital.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Está bien?

—Está bastante golpeado. Su mamá se quedó con él a pasar la noche.

—¿Qué pasó?

—¿Quieres una taza de café, Ari?

Patas y yo lo seguimos a la cocina. Miré mientras el señor Quintana me servía una taza de café. Me pasó la taza y nos sentamos uno frente al otro.

Patas colocó su cabeza sobre el regazo del señor Quintana. Él pasaba su mano sobre la cabeza de ella una y otra vez. Nos quedamos ahí en el silencio, mientras yo lo veía. Esperé a que hablara. Finalmente dijo:

—¿Qué tan cercanos son tú y Dante?

—No entiendo la pregunta —dije.

Se mordió el labio.

—¿Qué tan bien conoces a mi hijo?

—Es mi mejor amigo.

—Lo sé, Ari. ¿Pero qué tan bien lo conoces?

Sonaba impaciente. Me hice el tonto. Sabía exactamente lo que estaba preguntando. Sentí mi corazón latir contra mi pecho.

—¿Le contó?

El señor Quintana negó con la cabeza.

—Así que lo sabe —dije.

No dijo nada.

Sabía que tenía que decir algo. Se veía perdido y asustado, y triste y enojado, y yo odiaba eso, porque era un hombre tan gentil y bueno. Sabía que tenía que decirle algo. Pero no sabía qué.

—Está bien —le dije.

—¿Está bien? ¿Qué, Ari?

—Cuando se fueron a Chicago, Dante me dijo que algún día se quería casar con otro chico. —Volteé a mirar alrededor del cuarto—. O por lo menos, besar a otro chico. Bueno, en realidad, creo que dijo eso en una carta. O quizá dijo parte de esto después de que regresó.

Asintió. Se quedó mirando dentro de su taza de café.

—Creo que yo lo sabía —dijo.

—¿Cómo?

—Por la manera en que te mira a veces.

—Oh. —Miré al suelo.

—Pero ¿por qué no me lo dijo, Ari?

—No lo quería decepcionar. Dijo… —Callé y luego desvié la mirada.

Pero luego me obligué a mirar fijamente sus ojos negros y esperanzados. Y aunque sentía que estaba traicionando a Dante, sabía que debía hablar con él. Se lo tenía que decir.

—Señor Quintana…

—Llámame Sam.

Lo miré.

—Sam —dije.

Asintió.

—Está loco por usted. Supongo que lo sabe.

—Si está tan loco por mí, entonces, ¿por qué no me lo dijo?

—Hablar con los papás no es tan fácil. Incluso con usted, Sam.

Sorbió nerviosamente de su café.

—Estaba tan feliz de que fueran a tener otro bebé. Y no solo porque iba a ser un hermano mayor. Dijo: «Tiene que ser un niño y le tienen que gustar las niñas». Eso es lo que dijo. Para que pudieran tener nietos. Para que pudieran ser felices.

—No me importan los nietos. Me importa Dante.

Odiaba mirar las lágrimas caer por el rostro de Sam.

—Amo a Dante —susurró—. Amo a ese chico.

—Tiene suerte —dije.

Me sonrió.

—Lo golpearon —susurró—. Golpearon a mi Dante endemoniadamente. Le quebraron unas costillas, le golpearon la cara. Tiene moretones por todos lados. Le hicieron eso a mi hijo.

Era extraño querer tomar a un hombre adulto en tus brazos. Pero eso es lo que quería hacer.

Terminamos nuestro café.

No hice más preguntas.

Tres

No sabía qué decirle a mi mamá y a mi papá. No es que yo supiera algo. Sabía que alguien, quizá varios de ellos, había golpeado tanto a Dante que había terminado en el hospital. Sabía que tenía algo que ver con otro chico. Sabía que estaba en el hospital Providence Memorial. Es lo único que sabía.

Llegué a casa con *Patas*, quien se puso como loca cuando llegamos. Los perros no se censuraban. Quizá los animales eran más listos que la gente. La perra estaba tan feliz. Mi mamá y mi papá también. Se sintió bien saber que amaban a la perra, que se permitían hacer eso. Y de alguna manera parecía que la perra nos ayudaba a ser una mejor familia.

Quizá los perros eran uno de los secretos del universo.

—Dante está en el hospital —dije.

Mi mamá me estaba estudiando. También mi papá. Los dos tenían un signo de interrogación en el rostro.

—Alguien lo atacó. Está herido. Está en el hospital.

—No —dijo—. ¿Nuestro Dante? —Me pregunté por qué había dicho «nuestro Dante».

—¿Fue algo de pandillas? —susurró mi papá.

—No. Sucedió en algún callejón —dije.

—¿En el barrio?

—Sí. Eso creo.

Esperaban que les contara más. Pero no podía.

—Creo que voy a ir —dije.

No recuerdo haber dejado la casa.

No recuerdo haber manejado al hospital.

Cuando me di cuenta, estaba parado frente a Dante, mirando su rostro hinchado y castigado. Estaba irreconocible. Ni siquiera podía ver el color de

sus ojos. Recuerdo haber tomado su mano y susurrar su nombre. Apenas podía hablar. Apenas podía ver, con los ojos tan hinchados que estaban cerrados.

—Dante.

—¿Ari?

—Aquí estoy —dije.

—¿Ari? —susurró.

—Debí haber estado aquí —dije—. Los odio. Los odio.

Y sí los odiaba. Los odiaba por lo que le habían hecho a su rostro. Por lo que le habían hecho a sus padres. *Debí haber estado aquí. Debí haber estado aquí*.

Sentí la mano de su madre en mi hombro.

Me senté con su madre y su padre. Solo me senté.

—¿Va a estar bien, verdad?

La señora Quintana asintió.

—Sí… Pero… —Me miró—. ¿Siempre serás su amigo?

—Siempre.

—¿No importa qué?

—No importa qué.

—Necesita un amigo. Todos necesitan un amigo.

—También yo necesito un amigo —dije. Nunca lo había dicho antes.

No había nada qué hacer en el hospital. Solo sentarnos y mirarnos los unos a los otros. Ninguno de nosotros parecía estar de humor para hablar.

Cuando me iba, sus papás me acompañaron. Nos quedamos parados fuera del hospital. La señora Quintana me miró.

—Deberíamos contarte lo que pasó.

—No me lo tienen que contar.

—Creo que sí —dijo—. Había una viejita. Ella vio lo que pasó. Se lo contó a la policía.

Sabía que ella no iba a llorar.

—Dante y otro chico se estaban besando en el callejón. Unos chicos estaban pasando por ahí y los vieron. Y… —Trató de sonreír—. Bueno, viste lo que le hicieron.

—Los odio —dije.

—Sam me contó que sabías lo de Dante.

—Hay peores cosas en el mundo que un chico al que le gusta besar a otros chicos.

—Sí, las hay —dijo—. Mucho peores. ¿Te molesta si digo algo?

Le sonreí y me encogí de hombros.

—Creo que Dante está enamorado de ti.

Dante tenía razón. *Sí* sabía todo.

—Sí —dije—. Bueno, quizá no. Creo que le gusta ese otro chico.

Sam me miró directamente.

—Quizá el otro tipo solo sea suplente.

—¿Para mí, dice?

Sonrió incómodamente.

—Es decir, lo siento. No debí haber dicho eso.

—Está bien —le dije.

—Esto es duro —dijo—. Estoy… Diablos, solo que me siento un poco perdido ahora.

Le sonreí.

—¿Sabe qué es lo peor de los adultos?

—No.

—No siempre son adultos. Pero es lo que me gusta de ellos.

Me tomó en sus brazos y me abrazó. Luego me soltó.

La señora Quintana nos miró.

—¿Sabes quién es?

—¿Quién?

—El otro chico.

—Creo que tengo idea.

—¿Y no te preocupa?

—¿Qué se supone que debo hacer? —Sabía que se me resquebrajaba la voz. Pero me rehusé a llorar. ¿Por qué habría de llorar?—. No sé qué hacer.

Miré a la señora Quintana y miré a Sam.

—Dante es mi amigo.

Quería decirles que nunca había tenido un amigo, nunca, no uno de verdad. Hasta Dante. Quería decirles que nunca supe que existía gente como Dante en el mundo, gente que miraba las estrellas, y conocía los

misterios del agua, y conocía lo suficiente para saber que los pájaros pertenecían a los cielos y no estaban hechos para ser derribados de sus gráciles vuelos por chicos crueles y estúpidos. Quería decirles que él había cambiado mi vida y que nunca volvería a ser el mismo, jamás. Y que de alguna manera, se sentía como que si fuera Dante el que me había salvado la vida y no al revés. Quería decirles que era el primer ser humano aparte de mi madre que alguna vez me hiciera querer hablar de las cosas que me daban miedo. Quería decirles tantas cosas, pero no tenía las palabras. Así que solo repetí estúpidamente:

—Dante es mi amigo.

Me miró directamente, casi sonriendo. Pero estaba demasiado triste para sonreír.

—Sam y yo teníamos razón sobre ti. *Eres* el chico más dulce del mundo.

—Después de Dante —dije.

—Después de Dante —dijo.

Me acompañaron a mi camioneta. Y luego me entró una idea a la cabeza.

—¿Qué le pasó al otro chico?

—Huyó —dijo Sam.

—Y Dante no lo hizo.

—No.

Fue en ese momento que la señora Quintana rompió a llorar.

—¿Por qué no huyó, Ari? ¿Por qué no huyó y ya?

—Porque es Dante —dije.

Cuatro

No sabía que iba a hacer las cosas que hice. No es que tuviera un plan. No es que estuviera pensando de verdad. A veces haces cosas, y las haces no porque estés pensando, sino porque estás sintiendo. Porque estás sintiendo demasiado. Y no siempre puedes controlar las cosas que haces cuando sientes demasiado. Quizá la diferencia entre ser un chico y ser un hombre es que los chicos no podían controlar las cosas horribles que a veces sentían. Y los hombres, sí. Esa tarde solo fui un chico. Ni me acerqué a ser un hombre.

Fui un chico. Un chico que se volvió loco. Loco, loco.

Me subí a la camioneta y fui directamente a la farmacia en la que trabajaba Dante. Repasé la conversación que tuvimos. Me acordaba del nombre del tipo. Daniel. Entré a la farmacia y ahí estaba. Daniel. Vi la etiqueta con su nombre. *Daniel G*. El chico que Dante dijo que quería besar. Estaba en el mostrador.

—Soy Ari —dije.

Me miró con una expresión de pánico en el rostro.

—Soy amigo de Dante —dije.

—Lo sé —dijo.

—Creo que deberías de tomar un descanso.

—Yo no…

No esperé sus excusas patéticas.

—Voy a salir a esperarte. Te voy a esperar por exactamente cinco minutos. Y si no sales en cinco minutos, entonces voy a volver a entrar a esta farmacia y te voy a patear el maldito trasero frente a todo el mundo. Y si no crees que lo haga, mejor mírame a los ojos y examínalos.

Salí por la puerta de enfrente. Y esperé. No pasaron ni cinco minutos para que estuviera parado ahí.

—Caminemos —dije.

—No me puedo ir mucho tiempo —dijo.

Me siguió.

Caminamos.

—Dante está hospitalizado.

—Oh.

—¿Oh?

—No lo has ido a visitar. —No dijo nada. Quería patearle el maldito trasero en ese mismo instante—. ¿No tienes nada qué decirme, imbécil?

—¿Qué quieres que diga?

—Bastardo. ¿No sientes nada?

Podía ver que temblaba. No es que me importara.

—¿Quiénes fueron?

—¿De qué estás hablando?

—No me jodas, imbécil.

—No se lo vas a contar a nadie.

Lo tomé por el cuello de la camisa y luego lo solté.

—Dante está tirado en el hospital y lo único que te preocupa es a quién se lo voy a contar. ¿A quién se lo voy contar, imbécil?

Solo dime quiénes eran.

—No lo sé.

—No inventes. *Dímelo ahora* y no te pateo el trasero de aquí al Polo Sur.

—No los conocía a todos.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro tipos.

—Solo necesito un nombre. *Solo uno*.

—Julián. Era uno de ellos.

—¿Julián Enríquez?

—Ese.

—¿Quién más?

—Joe Moncada.

—¿Quién más?

—No sé quiénes eran los otros dos.

—¿Y solo dejaste a Dante ahí?

—No corrió.

—¿Y no te quedaste con él?

—No. O sea, ¿de qué habría servido?

—¿Así que no te importó?

—Sí, me importa.

—Pero no regresaste, ¿verdad? No regresaste para ver si estaba bien, ¿verdad?

—No. —Se veía asustado.

Lo empujé contra la pared de un edificio. Y me fui caminando.

Cinco

Sabía dónde vivía Julián Enríquez. Jugaba beisbol con él y sus hermanos cuando estábamos en la primaria. Nunca nos caímos tan bien. No porque fuéramos enemigos ni nada por el estilo. Di la vuelta un rato en el auto, luego me encontré estacionando mi camioneta frente a su casa. Me acerqué a la puerta de adelante y toqué. Su hermanita abrió la puerta.

—Hola, Ari —dijo.

Le sonreí. Estaba bonita.

—Hola, Lulú —dije. Mi voz estaba calmada y casi amistosa—. ¿Dónde está Julián?

—Está en el trabajo.

—¿Dónde trabaja?

—En el taller de hojalatería y pintura de Benny.

—¿Y a qué hora sale? —dije.

—Normalmente llega a casa un poco después de las cinco.

—Gracias —dije.

Me sonrió.

—¿Le digo que pasaste?

—Claro —dije.

El taller de Benny. El señor Rodríguez, uno de los amigos de mi papá, era el dueño. Habían estudiado juntos. Sabía exactamente dónde estaba. Me la pasé manejando toda la tarde, solo esperando que dieran las cinco. Cuando casi llegó la hora, me estacioné a la vuelta de la esquina del taller. No quería que me viera el señor Rodríguez. Haría preguntas. Le contaría a mi papá. No quería preguntas.

Me bajé de la camioneta y crucé la calle frente al taller. Quería asegurarme de ver a Julián cuando saliera del garaje. Cuando lo vi,

gesticulé con la mano para que se acercara.

Cruzó la calle.

—¿Qué hay, Ari?

—No mucho —dije. Apunté a mi camioneta—. Solo dando la vuelta.

—¿Es tuya?

—Ajá.

—Linda nave, vato.

—¿La quieres ver de cerca?

Nos acercamos a mi camioneta y pasó la mano sobre los guardafangos cromados. Se hincó y examinó los rines cromados. Me lo imaginé dándole una paliza a Dante mientras estaba tirado en el suelo. Me imaginé a mí mismo sacándole la mierda en ese mismo instante.

—¿Quieres dar una vuelta?

—Tengo cosas que hacer. Por qué no vienes más tarde y damos una vuelta.

Lo agarré por el cuello de la camisa y lo jalé para arriba.

—Súbete.

—¿Qué mosco te picó, Ari?

—Súbete —dije. Lo aventé contra la camioneta.

—*Chingao*, ese. ¿Qué mierdas te pasa, hombre?

Lanzó un gancho. Eso fue lo único que necesité. Le sangró la nariz. Eso no me detuvo. No pasó mucho para que estuviera en el suelo. Le estaba diciendo cosas. Maldiciéndolo. Todo era un borrón y solo le seguí dando.

Luego escuché una voz y un par de brazos que me agarraban y me frenaban. La voz me gritaba y los brazos eran fuertes y ya no podía golpear.

Paré de luchar.

Y todo paró. Todo se detuvo.

El señor Rodríguez me estaba mirando fijamente.

—¿Qué demonios te pasa, Ari? ¿Qué te pasa?

No tenía nada qué decir. Miré al suelo.

—¿Qué está pasando aquí, Ari? A ver. Dime.

No podía hablar.

Miré mientras el señor Rodríguez se arrodillaba y ayudaba a Julián a levantarse del suelo. La nariz todavía le estaba sangrando.

—Te voy a matar, Ari —susurró.

—Tú y el ejército de quién —le dije.

El señor Rodríguez me fulminó con la mirada. Volteó hacia Julián.

—¿Estás bien?

Julián asintió.

—Vamos a que te limpies.

No me moví. Luego me empecé a subir a la camioneta.

El señor Rodríguez me lanzó otra mirada.

—Tienes suerte de que no llamara a la policía.

—Adelante, llámele. No me importa nada. Pero antes de que los llame, mejor pregúntele a Julián en qué se ha estado metiendo.

Me subí a la camioneta y arranqué.

Seis

No noté la sangre en mis nudillos ni en mi camiseta hasta que manejé a mi casa.

Me quedé ahí y ya.

No tenía un plan. Así que solo me senté. Me sentaría ahí para siempre… Ese era mi plan.

No sé cuánto tiempo me quedé ahí sentado. Comencé a temblar. Sabía que me había puesto como loco, pero no me lo podía explicar. Quizás eso era lo que te pasaba cuando te volvías loco, simplemente no lo podías explicar. A ti mismo. A nadie. Y lo peor de volverse loco es que cuando ya no lo estabas, simplemente no sabes qué pensar de ti mismo.

Mi papá salió de la casa y se paró en el porche delantero. Me miró. No me gustó la expresión de su rostro.

—Tengo que hablar contigo —dijo. Nunca me había dicho eso antes. Nunca. No así. Su voz me dio miedo.

Me bajé de la camioneta y me senté en los escalones del porche.

Mi papá se sentó junto a mí.

—Me acaba de llamar el señor Rodríguez.

No dije nada.

—¿Qué te pasa, Ari?

—No lo sé —dije—. Nada.

—¿Nada? —Podía escuchar el enojo en la voz de mi padre.

Me quedé mirando mi camisa sangrienta.

—Me voy a bañar.

Mi papá me siguió adentro de la casa.

—¡Ari!

Mi mamá estaba en el pasillo. No podía soportar la manera en que me

miraba. Me detuve y bajé la mirada al suelo. No podía parar el temblor. Todo mi cuerpo estaba temblando.

Me quedé mirando mis manos. Nada podía detener el temblor.

Mi papá me agarró del brazo, ni duro ni cruel, pero tampoco suave. Estaba fuerte, mi papá. Me movió hacia la sala y me sentó junto al sillón. Mi mamá se sentó junto a mí. Él se sentó en su silla. Me sentía entumecido y sin palabras.

—Habla —dijo mi padre.

—Quería lastimarlo —dije.

—¿Ari? —Mi madre solo se me quedó mirando. Odiaba esa mirada de incredulidad. ¿Por qué no podía creer que yo quisiera lastimar a alguien?

Le devolví la mirada.

—*Sí* lo quería lastimar.

—Tu hermano lastimó a alguien una vez —susurró. Y luego comenzó a sollozar. Y no lo pude soportar. Me odiaba más de lo que jamás me hubiera odiado. Solo la miré llorar y finalmente dije:

—No llores, mamá, por favor, no llores.

—¿Por qué, Ari? ¿Por qué?

—Le rompiste la nariz a ese chico, Ari. Y la única razón por la que no estás en la estación de policía es porque Elfigo Rodríguez es un viejo amigo de tu padre. Tenemos que pagar por esa pequeña visita al hospital. *Tú* tienes que pagarla, Ari.

No dije nada. Sabía lo que estaban pensando. «Primero tu hermano y ahora tú».

—Lo siento —dije. Hasta a mí me sonaba patético. Pero parte de mí estaba contento de haberle roto la nariz a Julián. Solo lamentaba haber lastimado a mi mamá.

—¿Lo siento, Ari? —Tenía una mirada en su rostro. Como acero.

Yo también podía ser como acero.

—Yo *no* soy mi hermano —dije—. Odio que puedan pensar eso. Odio vivir bajo su p… —Me frené antes de usar esa palabra frente a mi madre.

—Odio vivir bajo su sombra. Lo odio. Odio tener que ser un buen chico solo para complacerte.

Ninguno de ellos dijo nada.

—No sé si lo siento —dije.

Mi papá se me quedó mirando.

—Voy a vender tu camioneta.

Asentí.

—Perfecto. Véndela.

Mi mamá había parado de llorar. Tenía una mirada extraña en su rostro. No suave, no dura. Solo extraña.

—Necesito que me cuentes por qué, Ari.

Tomé un respiro.

—Está bien —dije—. ¿Y me van a escuchar?

—¿Por qué no te escucharíamos? —La voz de mi padre era firme.

Miré a mi papá.

Luego miré a mi mamá.

Luego bajé la mirada al suelo.

—Lastimaron a Dante —susurré—. Ni siquiera puedes ver cómo es. Deberían de ver su cara. Le quebraron algunas costillas. Lo dejaron tirado en un callejón. Como si no fuera nada. Como si fuera un pedazo de basura. Como si fuera una mierda. Como si no fuera nada. Y si hubiera muerto, no les habría importado. —Empecé a llorar—. ¿Quieren que hable? Hablaré. ¿Quieren que se los cuente? Se los cuento. Él estaba besando a otro chico.

No sé por qué, pero no podía parar de llorar. Y luego me detuve y sabía que estaba realmente enojado. Más enojado de lo que hubiera estado en mi vida.

—Eran cuatro. El otro chico huyó. Pero Dante no huyó. Porque Dante es así. No huye.

Miré a mi papá.

No dijo una sola palabra.

Mi madre se acercó más a mí. No podía parar de peinar mi pelo con sus dedos.

—Estoy tan avergonzado —susurré—. Quería lastimarlos también.

—¿Ari? —La voz de mi padre era suave—. Ari, Ari, Ari. Estás peleando esta guerra de la peor manera posible.

—No sabía cómo pelearla, papá.

—Deberías de pedir ayuda —dijo.

—Tampoco sabía cómo hacerlo.

Siete

Cuando salí de la regadera, mi padre se había ido.

Mi madre estaba en la cocina. El sobre de manila con el nombre de mi hermano estaba sobre la mesa. Mi mamá estaba tomando una copa de vino.

Me senté frente a ella.

—A veces tomo cerveza —le dije.

Asintió.

—No soy un ángel, mamá. Y no soy un santo. Solo soy Ari. Solo soy el Ari, el que está mal de la cabeza.

—No digas eso jamás.

—Es verdad.

—No, no lo es.

Su voz era feroz y fuerte y segura.

—No estás mal de la cabeza, en absoluto.

Tomó un sorbo de su vino.

—Lastimé a Julián —dije.

—No fue muy listo de tu parte.

—Ni tampoco muy amable.

Casi se rio.

—No, nada amable.

Estaba pasando su mano encima del sobre.

—Lo siento —dijo. Abrió el sobre y sacó una fotografía—. Este eres tú. Tú y Bernardo.

Me pasó la foto. Yo era un niño pequeño y mi hermano me sostenía en sus brazos. Y estaba sonriendo. Estaba guapo y sonriente, y yo me ría.

—Te amaba tanto —dijo—. Y lo siento. Es como dije. Ari, no siempre hacemos lo correcto, ¿sabes? No siempre decimos las cosas correctas. A

veces parece que simplemente duele demasiado mirar algo. Así que no lo haces. Simplemente no lo miras. Pero no desparece, Ari.

Me pasó el sobre.

—Todo está ahí. —No estaba llorando—. Mató a alguien, Ari. Mató a alguien con sus puños desnudos —casi sonrió. Pero era la sonrisa más triste que jamás hubiera visto—. Nunca lo había dicho —susurró.

—¿Todavía te duele mucho?

—Mucho, Ari. Incluso después de tantos años.

—¿Siempre dolerá?

—Siempre.

—¿Cómo lo soportas?

—No lo sé. Todos tenemos que soportar cosas, Ari. Todos. Tu papá tiene que soportar la guerra y lo que le hizo. Tú tienes que sobrellevar tu propio doloroso viaje para transformarte en hombre. Y es doloroso para ti, ¿no es así, Ari?

—Sí —dije.

—Y yo tengo que soportar a tu hermano, lo que hizo, la vergüenza de ello, su ausencia.

—No es tu culpa, mamá.

—No lo sé. Creo que las mamás siempre se culpan. Los papás también, creo.

—¿Mamá?

Quería alcanzarla y tocarla. Pero no lo hice. Solo la miré y traté de sonreír.

—No sabía que te podía amar tanto.

Y de repente su sonrisa ya no era tan triste.

—Hijo de mi corazón, te contaré un secreto. Tú me ayudas a soportarlo. Tú me ayudas a soportar todas mis pérdidas. Tú, Ari.

—No digas eso, mamá. Solo te decepcionaré.

—No, amor. Jamás.

—Lo que hice hoy. Te lastimé.

—No —dijo—. Creo que lo entiendo.

Pero la manera como lo dijo. Era como si entendiera algo sobre mí que nunca había entendido del todo. Siempre sentía que cuando ella me miraba,

trataba de encontrarme, trataba de descubrir quién era. Pero parecía que era en ese momento que me veía, que me conocía. Pero eso me confundía.

—¿Entender qué, mamá?

Empujó el sobre hacia mí.

—¿No lo vas a mirar?

Asentí.

—Sí. No en este momento.

—¿Tienes miedo?

—No. Sí. No lo sé. —Pasé mi dedo sobre el nombre de mi hermano. Nos quedamos ahí sentados, mi mamá y yo, por lo que pareció ser un largo rato.

Sorbía su copa de vino y yo miraba las fotografías de mi hermano.

Mi hermano cuando era bebé, mi hermano en brazos de mi padre, mi hermano con mis hermanas.

Mi hermano sentado en los escalones del frente de la casa.

Mi hermano, un niñito, haciéndole un saludo a mi padre uniformado.

Mi hermano, mi hermano.

Mi mamá me miraba. Era cierto. *Nunca la había amado tanto*.

Ocho

—¿Adónde fue papá?

—Fue a ver a Sam.

—¿Por qué?

—Solo quería hablar con él.

—¿De qué?

—De lo que pasó. Son amigos, ¿sabes?; papá y Sam.

—Qué interesante —dije—. Papá es mayor.

Ella sonrió.

—¿Y qué?

—Sí, y qué.

Nueve

—¿Puedo enmarcar esta y ponerla en mi habitación? —Era una fotografía de mi hermano saludando a mi padre.

—Sí —dijo—. Esa me encanta.

—¿Lloró? ¿Cuando papá se fue a Vietnam?

—Durante días. Estaba inconsolable.

—¿Tenías miedo de que papá no volviera?

—No lo pensé. Me obligué a no pensar en ello —se rio—. Soy buena para eso.

—Yo también —dije—. Y todo este tiempo pensaba que lo había heredado de papá.

Nos reímos.

—¿Podemos poner esa foto en la sala? ¿Te importaría, Ari?

Ese fue el día en que mi hermano entró de nuevo a la casa. De una manera extraña e inexplicable, mi hermano había vuelto a casa.

No fue mi madre la que contestó mis preguntas ávidas. Fue mi padre. Mi madre escuchaba a veces, mientras mi padre y yo hablábamos de Bernardo. Pero nunca decía una sola palabra.

La amé por su silencio.

O quizá solo lo entendí.

Y amé a mi padre también, por la manera cuidadosa en la que hablaba. Llegué a entender que mi padre era un hombre cuidadoso. Ser cuidadoso con la gente y con las palabras era una cosa rara y hermosa.

Diez

Visitaba a Dante todos los días. Estuvo en el hospital por unos cuatro días. Tenían que asegurarse de que estuviera bien, porque había tenido una concusión.

Le dolían las costillas.

El médico dijo que las costillas fisuradas tardarían un rato en sanar. Pero no estaban fracturadas. Eso habría sido peor. Los moretones sanarían por sí solos. Por lo menos los de afuera.

Nada de natación. En realidad no podía hacer mucho. Podía quedarse tirado todo el día. Pero a Dante le gustaba quedarse tirado. Eso era lo bueno.

Estaba distinto. Más triste.

El día en que volvió a casa del hospital, lloró. Lo abracé. Pensaba que nunca pararía.

Sabía que una parte de él nunca volvería a ser igual.

Quebraron más que sus costillas.

Once

—¿Estás bien, Ari? —La señora Quintana me estudiaba justo como me estudiaba mi madre. Estaba sentado frente a los padres de Dante a la mesa de la cocina. Dante estaba dormido. A veces, cuando le dolían las costillas, tomaba una píldora. Le daban sueño.

—Sí, estoy bien.

—¿Estás seguro?

—¿Cree que necesite un terapeuta?

—No tiene nada de malo ir a un terapeuta, Ari.

—Dicho como buena terapeuta —dije.

La señora Quintana negó con la cabeza.

—No solías ser tan respondón hasta que empezaste a llevarte con mi hijo.

Me reí.

—Estoy bien —dije—. ¿Por qué no habría de estarlo?

Los Quintana se miraron el uno al otro.

—¿Es una cosa de papás?

—¿Qué?

—Esas miradas que se dan las mamás y los papás.

Sam se rio.

—Sí, supongo.

Sabía que mi padre y él habían hablado. Sabía que él sabía lo que había hecho. Sabía que los dos lo sabían.

—Sabes quiénes son esos chicos, ¿verdad, Ari? —La señora Quintana era la misma estricta de antes, y eso no me molestaba.

—Sé quiénes son dos de ellos.

—¿Y los otros dos?

Se me ocurrió hacer una broma.

—Apuesto a que los podría hacer hablar.

La señora Quintana se rio. Eso me sorprendió.

—Ari —dijo—. Estás loco.

—Sí, supongo que sí.

—Todo tiene que ver con la lealtad —dijo.

—Sí, supongo.

—Pero, Ari, te podrías haber metido en muchos problemas.

—Estuvo mal. Sé que estuvo mal. Simplemente lo hice. No lo puedo explicar. Nunca le van a hacer nada a esos chicos, ¿verdad?

—Quizá no.

—Sí —dije—, como si la policía de verdad trabajara en este caso.

—No me importan esos otros chicos, Ari. —Sam me miraba directamente a los ojos—. Me importa Dante. Y me importas tú.

—Estoy bien —dije.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—¿Y no vas a ir tras esos otros chicos?

—La idea me pasó por la mente.

La señora Quintana no se rio esta vez.

—Lo prometo.

—Eres mejor que eso —dijo.

Quería tanto creerle.

—Pero no voy a pagar por la nariz rota de Julián.

—¿Ya se lo dijiste a tu papá?

—Todavía no. Pero solo le voy a decir que si esos bast… —Me detuve. No terminé la palabra que comencé. Había otras palabras que quería usar—. Si esos *tipos* no tienen que pagar por la estancia de Dante en el hospital, entonces yo no tengo que pagar por la pequeña visita de Julián a la sala de emergencias. Si papá me quiere quitar la camioneta, por mí está bien.

La señora Quintana tenía una sonrisita de autosuficiencia. No tenía de esas sonrisitas con mucha frecuencia.

—Cuéntame lo que diga tu papá.

—Y otra cosa. Julián puede llamarle a la policía si quiere. —Yo tenía mi

propia sonrisita de autosuficiencia—. ¿Creen que va a pasar?

—Eres bastante espabilado, ¿verdad, Ari? —Me gustó la expresión que tenía Sam en el rostro.

—He pasado por ahí.

Doce

Mi papá no me contradijo sobre pagar la cuenta de hospital de Julián. Me miró y dijo:

—Supongo que simplemente decidiste llegar a un acuerdo extrajudicial. —Solo siguió asintiendo pensativamente—. Sam habló con la viejita. Nunca reconocería a esos chicos. Ni en un millón de años.

El papá de Julián vino a hablar con mi papá. No se veía muy feliz cuando se fue.

Mi papá no me quitó la camioneta.

Trece

Parecía que Dante y yo no teníamos mucho qué decirnos el uno al otro.

Le pedía prestados libros de poemas a su papá y se los leía. A veces me decía: «Vuélveme a leer ese». Y así lo hacía. No sabía qué pasaba entre nosotros en esos últimos días de verano. De alguna manera nunca me había sentido más cerca de él. De otras maneras, nunca me había sentido más distante.

Ninguno de los dos volvió al trabajo. No lo sé. Supongo que, después de lo que pasó, no tenía sentido.

Hice un mal chiste un día.

—¿Por qué siempre tiene que terminar el verano con uno de nosotros completamente golpeado?

Ninguno de los dos se rio con el chiste.

No llevaba a *Patas* a verlo, porque le gustaba saltarle encima, y lo podría lastimar. Dante la extrañaba. Pero sabía que tenía razón en no llevarla.

Una mañana fui a casa de Dante y le mostré todas las fotos de mi hermano. Le conté la historia como la entendía, a partir de los recortes de periódico, a partir de las preguntas que respondía mi padre.

—¿Así que quieres escucharlo todo? —dije.

—Cuéntamelo —dijo.

Los dos estábamos cansados de la poesía, cansados de no hablar.

—Está bien. Mi hermano tenía quince años. Estaba enojado. Por todo lo que entendí de él, siempre estaba enojado. En especial fue lo que entendí de mis hermanas. Supongo que era cruel o, solo, no sé, nació enojado. Así que una noche estaba paseando por las calles del centro, buscando problemas. Es lo que dijo mi padre. Dijo: «Bernardo siempre estaba buscando

problemas». Levantó a una prostituta.

—¿De dónde sacó el dinero?

—No sé. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Cuando tenías quince años, ¿tenías dinero para una prostituta?

—¿Cuando tenía quince años? Lo dices como si hubiera sido hace mucho. Diablos, apenas tenía dinero para un caramelo.

—Es mi punto.

Lo miré.

—¿Puedo acabar?

—Disculpa.

—La prostituta resulta ser hombre.

—¿Qué?

—Era un travesti.

—Guau.

—Sí. Mi hermano se pone como loco.

—¿Cómo como loco?

—Mata al tipo con sus puños.

Dante no supo qué decir.

—Dios —dijo.

—Sí. Dios.

Pasó mucho tiempo antes de que alguno de los dos dijera algo.

Finalmente miré a Dante.

—¿Sabías lo que es un travesti?

—Sí. Claro que sí.

—Claro que sí.

—¿No sabías lo que era un travesti?

—¿Cómo iba a saberlo?

—Eres tan inocente, Ari, ¿lo sabes?

—No tan inocente —dije.

—La historia se vuelve más triste —dije.

—¿Cómo puede ponerse más triste la historia?

—Mató a alguien más.

Dante no dijo nada. Esperó a que terminara.

—Estaba en un centro de detención juvenil. Supongo que un día volvió

a sacar los puños. Mi mamá tiene razón. Las cosas no desaparecen simplemente porque así lo queramos.

—Lo siento, Ari.

—Si bueno, no hay nada que podamos hacer, ¿o sí? Pero es bueno, Dante. O sea, no es bueno para mi hermano. No sé si algo vaya estar bien con él algún día. Pero lo bueno es que ya salió todo, ¿sabes? A la vista. —Lo miré—. Quizá algún día lo conozca. Quizá algún día.

Me estaba mirando.

—Parece como que vas a llorar.

—No, no voy. Solo que es demasiado triste, Dante. ¿Y sabes qué? Soy como él, creo.

—¿Por qué? ¿Porque le rompiste la nariz a Julián Enríquez?

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Por qué no me dijiste que lo sabías?

—¿Por qué no me lo contaste a *mí*, Ari?

—No estoy orgulloso de mí mismo, Dante.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Te lastimó. Quería lastimarlo de vuelta. Hice un especie de cálculo estúpido en mi cabeza. —Lo miré—. Los moretones en tus ojos ya casi desaparecen.

—Casi —dijo.

—¿Cómo están las costillas?

—Mejor. Algunas noches me cuesta trabajo dormirme. Así que tomo una píldora para el dolor. Las odio.

—Serías un pésimo drogadicto.

—Quizá no. De verdad me gustó la yerba. De verdad.

—Quizá tu mamá te debería de entrevistar para el libro que está escribiendo.

—Pues, ya me regañó.

—¿Cómo lo descubrió?

—Te digo. Es como Dios. Lo sabe todo.

Traté de no reírme, pero no lo pude evitar. También Dante se rio. Pero le dolía reírse. Con sus costillas fisuradas.

—No lo eres —dijo—. No eres como tu hermano para nada.

—No lo sé, Dante. A veces pienso que nunca me voy a entender. No soy como tú. Tú sabes exactamente lo que eres.

—No siempre —dijo—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Te molesta que estuviera besando a Daniel?

—Creo que Daniel es un pedazo de mierda.

—No lo es. Es lindo. Está guapo.

—¿Está guapo? ¿Qué tan superficial es eso? Es un pedazo de mierda, Dante. Te dejó ahí nada más.

—Suena como que te importa más que a mí.

—Bueno, debería de importarte.

—Tú no lo habrías hecho, ¿verdad?

—No.

—Me alegra que le rompieras la nariz a Julián.

Los dos nos reímos.

—No le importas a Daniel.

—Estaba asustado.

—¿Y qué? Todos nos asustamos.

—Tú no, Ari. A ti no te asusta nada.

—No es cierto. Pero no les habría dejado hacerte eso.

—Quizá solo te gusta pelear, Ari.

—Quizá.

Dante me miró. Se me quedó mirando y ya.

—Me estás mirando —dije.

—¿Te cuento un secreto, Ari?

—¿Lo puedo evitar?

—No te gusta saber mis secretos.

—A veces tus secretos me asustan.

Dante se rio.

—En realidad no estaba besando a Daniel. En mi mente, te estaba besando a ti.

Me encogí de hombros.

—Tienes que conseguirte una nueva mente, Dante.

Se veía un poquito triste.
—Sí. Supongo.

Catorce

Me desperté temprano. El sol todavía no salía. La segunda semana de agosto. El verano estaba terminando, por lo menos la parte que tenía que ver con no tener escuela.

El último año. Y luego la vida. Quizá así funcionaba. La prepa era solo un prólogo a la novela de verdad. A todos les tocaba escribirte… Pero cuando te graduabas, te tocaba escribirte a ti mismo. En la graduación te tocaba juntar las plumas de tu maestro y de tus papás, y te daban tu propia pluma. Y podías hacer toda la escritura. Sí. ¿No sería estupendo?

Me incorporé en la cama y pasé mis dedos sobre las cicatrices de mis piernas. Cicatrices. Una señal de que te habías lastimado. Una señal de que habías sanado.

¿Me había lastimado?

¿Había sanado?

Quizá solo vivíamos entre lastimar y sanar. Como mi padre. Creo que ahí es donde vivía. En ese espacio intermedio. En ese ecotono. Mi mamá también, quizá. Había encerrado a mi hermano en algún lugar profundo dentro de ella. Y ahora trataba de dejarlo salir.

Seguí pasando mi dedo sobre mis cicatrices.

Patas se quedó acostada ahí conmigo. Mirando. «¿Qué ves, *Patas*? ¿Qué ves? ¿Dónde vivías antes de venir conmigo? ¿Alguien te lastimó, también?»

Otro verano estaba acabando.

¿Qué me pasaría después de graduarme? ¿Universidad? Más aprendizaje. Quizá me mudaría a otra ciudad, a otro lugar. Quizá los veranos serían diferentes en otro lado.

Quince

—¿Qué es lo que amas, Ari? ¿Qué es lo que amas de verdad?

—Amo el desierto. Dios, amo el desierto.

—Es tan solitario.

—¿Lo es?

Dante no lo entendía. Yo *era* inescrutable.

Dieciséis

Decidí ir a nadar. Llegué justo cuando la alberca abría para poder nadar unas vueltas con tranquilidad antes de que se llenara. Los salvavidas estaban ahí, hablando de chicas. Los ignoré. Ellos me ignoraron.

Nadé y nadé hasta que me dolieron las piernas y los pulmones. Luego me di un descanso. Y luego nadé y nadé más. Sentí el agua sobre mi piel. Pensé en el día en que conocí a Dante. «¿Quieres que te enseñe a nadar?» Pensé en su voz chillona y en cómo había dejado atrás sus alergias, cómo su voz había cambiado y era más profunda. La mía también. Pensé en lo que mi madre había dicho. «Hablas como hombre». Era más fácil hablar como hombre que ser uno.

Cuando salí de la alberca, noté que una chica se me quedaba mirando. Me sonrió.

Le devolví la sonrisa.

—Hola.

La saludé con la mano.

—Hola —me saludó también—. ¿Estudias en Austin?

—Sí.

Creo que ella quería seguir hablando. Pero no supe qué decir después.

—¿Qué año?

—Último.

—Yo voy en primero.

—Te ves más grande —le dije.

Sonrió.

—Soy madura.

—Yo no —dije. Eso la hizo reír—. Chau —le dije.

—Chau —dijo.

Madura. Hombre. ¿Exactamente qué querían decir esas palabras, de todos modos?

Caminé a casa de Dante y toqué a la puerta. Sam contestó.

—Hola —dije.

Sam se veía relajado y feliz.

—Hola, Ari. ¿Dónde está *Patas*?

—En casa. —Jalé la toalla húmeda que me había colgado en el hombro —. Fui a nadar.

—Le va a dar envidia a Dante.

—¿Cómo sigue?

—Bien. Mejorando. No has venido desde hace tiempo. Te extrañamos. —Me guio dentro de la casa—. Está en su cuarto.

Titubeó un momento.

—Tiene una visita.

—Ah —dije—. Puedo regresar.

—No te preocupes. Pásale.

—No lo quiero molestar.

—No seas loco.

—Puedo volver. No es gran cosa. Solo estaba volviendo de nadar…

—Solo es Daniel —dijo.

—¿Daniel?

Creo que notó la mirada en mi rostro.

—¿No te cae muy bien, verdad?

—Como que dejó a Dante colgado —dije.

—No seas tan duro con la gente, Ari.

Eso me hizo enojar, que dijera eso.

—Dígale a Dante que pasé —dije.

Diecisiete

—¿Dice mi papá que estabas molesto?

—No estaba molesto. —La puerta delantera estaba abierta y *Patas* le estaba ladrando a un perro que pasaba—. Espera un minuto —dije—. *¡Patas!* Ya párale.

Llevé el teléfono a la cocina y me senté a la mesa.

—Bien —dije—. Mira, no estaba molesto.

—Creo que mi papá lo sabría.

—Está bien —dije—. ¿Qué mierda de diferencia hace?

—Ya ves. *Estás* molesto.

—Solo que no estaba de humor para ver a tu amigo Daniel.

—¿Qué te hizo?

—Nada. Solo que no me agrada el tipo.

—¿Por qué no podemos ser amigos todos?

—Ese malnacido te dejó ahí a morir, Dante.

—Ya lo hablamos. Está bien.

—Bien, entonces. Qué bueno.

—Te estás portando como loco.

—Dante, a veces dices tantas tonterías, ¿sabes?

—Mira —dijo—. Vamos a ir a una fiesta esta noche. Me gustaría que vinieras.

—Te aviso —le dije. Colgué el teléfono.

Bajé al sótano y levanté pesas durante un par de horas. Levanté y levanté hasta que tenía el cuerpo entero adolorido.

El dolor no era algo tan terrible.

Me bañé. Me acosté en mi cama y solo me quedé ahí. Debo de haberme quedado dormido. Cuando desperté, *Patas* tenía su cabeza en mi panza. La

acaricié una y otra vez. Escuché la voz de mi mamá en el cuarto.

—¿Tienes hambre?

—Nah —dije—. En realidad no.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Qué hora es?

—Seis y media.

—Guau. Supongo que estaba cansado.

Me sonrió.

—¿Quizá fue todo ese ejercicio?

—Supongo.

—¿Te pasa algo?

—No.

—¿Seguro?

—Solo estoy cansado.

—Le has estado dando demasiado duro a esas pesas, ¿no crees?

—No.

—Cuando estás molesto, haces pesas.

—¿Es otra de tus teorías, mamá?

—Es más que una teoría, Ari.

Dieciocho

—Llamó Dante.

No dije nada.

—¿Le vas a contestar la llamada?

—Claro.

—¿Sabes?, llevas los últimos cuatro o cinco días tristeando por toda la casa. Tristeando y levantando pesas.

Tristeando. Pensé en lo que Gina siempre decía de mí: «El chico melancolía».

—No he estado tristeando. Y no he estado solo levantando pesas. He estado leyendo. Y he estado pensando en Bernardo.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Qué has estado pensando?

—Creo que le quiero empezar a escribir.

—Me regresó todas las cartas.

—¿De verdad? Quizá no devuelva las mías.

—Quizá no —dijo—. Vale la pena. ¿Por qué no?

—¿Paraste de escribir?

—Sí, Ari, lo hice. Me dolía demasiado.

—Tiene sentido —dije.

—Solo que no te sientas demasiado decepcionado, Ari, ¿está bien? No esperes demasiado. Tu papá lo fue a ver una vez.

—¿Qué pasó?

—Tu hermano se rehusó a verlo.

—¿Los odia a ti y a papá?

—No. No lo creo. Creo que está enojado consigo mismo. Y creo que

está avergonzado.

—Debería de superarlo. —No sé por qué, pero golpeé la pared.

Mi mamá se me quedó mirando.

—Lo siento —dije—. No sé por qué lo hice.

—¿Ari?

—¿Qué?

Tenía algo en el rostro. Esa mirada seria y preocupada. No estaba enojada, no llevaba esa expresión severa que a veces usaba cuando jugaba a la mamá.

—¿Qué pasa, Ari?

—Lo dices como si tuvieras otra teoría sobre mí.

—Puedes apostar tu lindo trasero a que sí —dijo. Pero su voz era tan linda y gentil y dulce.

Se levantó de la mesa de la cocina y se sirvió una copa de vino. Sacó dos cervezas y puso una frente a mí. Puso la otra en el centro de la mesa.

—Tu papá está leyendo. Creo que voy a ir por él.

—¿Qué pasa, mamá?

—Reunión familiar.

—¿Reunión familiar? ¿Qué es eso?

—Es algo nuevo —dijo—. De ahora en adelante, tendremos muchas más de ellas.

—Me estás asustando, mamá.

—Qué bueno. —Salió de la cocina.

Me quedé mirando la cerveza frente a mí. Toqué el vidrio frío. No sabía si se suponía que debía tomar de ella o solo mirarla. Quizá todo era un truco. Mi mamá y mi papá entraron a la cocina. Los dos se sentaron frente a mí. Mi papá destapó su cerveza. Luego destapó la mía. Dio un sorbo.

—¿Se están confabulando en mi contra?

—Cálmate —dijo mi padre. Dio otro trago a su cerveza. Mi mamá sorbió su vino—. ¿No quieres tomar una cerveza con tu mamá y tu papá?

—En realidad no —dije—. Va en contra de las reglas.

—Reglas nuevas —dijo mi mamá.

—Una cerveza con tu viejo no te va a matar. Ni que no hubieras tomado una antes. ¿Qué tiene de malo?

—Esto es verdaderamente extraño —dije. Tomé un trago de la cerveza —. ¿Contentos?

Mi papá tenía una expresión verdaderamente seria en el rostro.

—¿Alguna vez te conté sobre alguna de mis escaramuzas mientras estaba en Vietnam?

—Ah, sí —dije—. Justo pensaba en todas esas historias de la guerra que te la pasas contándome.

Mi papá se inclinó hacia mí y tomó mi mano en la suya.

—Me lo merezco. —Me siguió apretando la mano. Luego la soltó.

—Estábamos en el norte. Al norte de Da Nang.

—¿Ahí es donde estabas, en Da Nang?

—Esa era mi casa lejos de casa. —Me dio una sonrisa torcida—. Estábamos en una misión de reconocimiento. Las cosas estuvieron bastante tranquilas por varios días. Era la temporada de monzones. Dios, cómo odiaba esas lluvias interminables. Estábamos justo delante de un convoy. Habían despejado el área. Estábamos ahí para asegurarnos de que no hubiera moros en la costa. Y luego se desató el infierno. Había balas por todos lados. Granadas que explotaban. Básicamente nos tendieron una emboscada. No era la primera vez. Pero esta vez fue distinto.

—Nos disparaban de todos lados. Lo mejor era simplemente emprender la retirada. Beckett llamó a un helicóptero para que nos sacara. Había un tipo. Un tipo realmente lindo. Dios, estaba tan joven. De 19 años. Dios, era solo un niño. —Mi papá negó con la cabeza—. Se llamaba Louie. Era un cajún de Lafayette. —Las lágrimas caían por el rostro de mi padre. Sorbió su cerveza—. Se suponía que no debíamos dejar a un hombre herido. Esa era la regla. No dejabas a un hombre herido. No dejas a un hombre a morir.

Podía ver la mirada en el rostro de mi madre, su absoluto rechazo a llorar.

—Recuerdo haber corrido hacia el helicóptero; Louie estaba justo detrás de mí, las balas volaban por todos lados. Pensaba que era un hombre muerto. Y luego Louie cayó. Gritó mi nombre. Yo quería regresar. No lo recuerdo exactamente, pero lo último que recuerdo es a Beckett que me jalaba dentro del helicóptero. Ni siquiera sabía que me habían disparado. Lo dejamos ahí. A Louie. Lo dejamos.

Miré a mi padre inclinarse sobre sus propios brazos y sollozar. Había algo en el sonido de un hombre adolorido que se parecía al sonido de un animal herido. Se me rompía el corazón. Todo este tiempo había querido que mi padre me contara algo sobre la guerra y ahora no podía soportar ver la crudeza de su dolor, lo nueva que era después de tantos años, cómo el dolor estaba vivo y pujante justo debajo de la superficie.

—No sé si creía en la guerra o no, Ari. No creo que creyera. Lo pienso mucho. Pero me alisté. Y no sé lo que sentía por este país. *Sí* sé que el único país que tenía eran los hombres que luchaban uno al lado del otro. Ellos eran mi país, Ari. Ellos. Louie y Beckett y García y Al y Gio… Ellos eran mi país. No estoy orgulloso de todo lo que hice en la guerra. No siempre fui un buen soldado. No siempre fui un buen hombre. La guerra nos hizo algo. A mí. A todos nosotros. Pero los hombres que dejamos atrás. Esos son los que están en mis sueños.

Tomé mi cerveza. Mi padre bebió de la suya. Mi madre tomó de su copa de vino. Todos nos quedamos callados por lo que pareció ser mucho tiempo.

—A veces lo oigo —dijo mi padre—. A Louie. Lo escucho llamar mi nombre. No volví.

—Te habrían matado también a ti —susurré.

—Puede ser. Pero no cumplí con mi deber.

—Papá, no. Por favor… —Sentí a mi madre alcanzar desde el otro lado de la mesa, peinando mi pelo con sus manos y limpiando mis lágrimas—. No tienes que hablar de esto, papá. No tienes que hacerlo.

—Quizá lo tenga que hacer. Quizá sea hora de parar los sueños. —Se recargó contra mi madre—. ¿No crees que sea hora, Lily?

Mi madre no dijo una sola palabra.

Mi padre me sonrió.

—Hace unos minutos, tu madre entró a la sala y me sacó el libro que estaba leyendo de las manos. Y me dijo: «Habla con él. Habla con él, Jaime». Me puso esa voz fascista que tiene.

Mi mamá se rio suavemente.

—Ari, es hora de que dejes de huir.

Miré a mi padre.

—¿De qué?

—¿No lo sabes?

—¿Qué?

—Si sigues huyendo, te matará.

—¿Qué, papá?

—Tú y Dante.

—¿Yo y Dante? —Miré a mi madre. Luego miré a mi padre.

—Dante está enamorado de ti —dijo—. Eso es suficientemente obvio. No se esconde eso a sí mismo.

—No puedo evitar lo que siente, papá.

—No. No, no puedes.

—Y además, papá, creo que ya lo superó por mucho. Está clavado con ese otro tipo, Daniel.

Mi padre asintió.

—Ari, el problema no es solo que Dante está enamorado ti. El verdadero problema, para ti, por lo menos, es que estás enamorado de él.

No dije nada. Solo me quedé mirando la cara de mi madre. Y luego la cara de mi padre.

No sabía qué decir.

—No estoy seguro, o sea, no creo que eso sea cierto. Digo, simplemente no lo creo. O sea…

—Ari, sé lo que veo. Le salvaste la vida. ¿Por qué crees que lo hiciste? ¿Por qué crees que en un instante, sin siquiera pensarlo, te lanzaste hasta el otro lado de la calle y empujaste a Dante fuera del camino de un automóvil en movimiento? ¿Crees que simplemente pasó? Creo que no podías soportar la idea de perderlo. Simplemente no podías. ¿Por qué arriesgarías tu propia vida por salvar a Dante si no lo amas?

—Porque es mi amigo.

—¿Y por qué irías y le darías una reverenda paliza a un tipo que lo lastimó? ¿Por qué lo harías? Todos tus instintos, Ari, todos, me dicen algo. Amas a ese chico.

Seguí mirando la mesa.

—Creo que lo amas más de lo que puedas soportar.

—¿Papá? Papá, no. No. No puedo. No puedo. ¿Por qué dices estas cosas?

—Porque no puedo soportar ver toda esa soledad que vive dentro de ti. Porque te amo, Ari. —Mi madre y mi padre me vieron llorar. Pensé que quizá lloraría para siempre. Pero no lo hice. Cuando paré, le di un gran trago a mi cerveza—. Papá, creo que me gustaba más cuando no hablábamos.

Mi madre rio. Me encantaba su risa. Y luego mi papá rio. Y luego yo me reía.

—¿Qué voy a hacer? Estoy tan avergonzado.

—¿Avergonzado de qué? —dijo mi madre—. ¿De amar a Dante?

—Soy un chico. Él es un chico. No se supone que deben de ser así las cosas. Mamá…

—Lo sé —dijo—. Ofelia me enseñó algunas cosas, ¿sabes? Todas esas cartas. He aprendido algunas cosas. Y tu papá tiene razón. No puedes escapar. No de Dante.

—Me odio a mí mismo.

—No, mi amor. Te adoro. Ya perdí a un hijo. No voy a perder a otro. No estás solo, Ari. Sé que así se siente. Pero no lo estás.

—¿Cómo me pueden amar tanto?

—¿Cómo no podría amarte? Eres el chico más hermoso del mundo.

—No lo soy.

—Sí lo eres. *Lo eres*.

—¿Qué voy a hacer?

La voz de mi papá era suave.

—Dante no huyó. No paro de imaginármelo aguantando todos esos golpes. Pero no huyó.

—Está bien —dije. Por primera vez en mi vida entendí a mi padre perfectamente.

Y él me entendió a *mí*.

Diecinueve

—¿Dante?

—Te he estado llamado todos los días durante los últimos cinco días.

—Tengo gripe.

—Mal chiste. Vete al diablo, Ari.

—¿Por qué estás tan enojado?

—¿Por qué estás tan enojado *tú*? Así que quizá me toque a mí enojarme.

—Está bien, me parece justo. ¿Cómo está Daniel?

—Eres una basura, Ari.

—No. Daniel es una basura.

—No le agradas.

—A mí tampoco me agrada. Así que, ¿es como tu nuevo mejor amigo?

—Ni siquiera se acerca.

—¿Se han estado besando?

—¿Y qué te importa?

—Solo pregunto.

—No lo quiero besar. No es nada.

—¿Y qué pasó?

—Es un pedazo de basura egoísta y engreído. Y ni siquiera es listo. Y a mi mamá no le agrada.

—¿Qué piensa Sam de él?

—Mi papá no cuenta. Le agradan todos.

Eso de verdad me hizo reír.

—No te rías. ¿Por qué estabas enojado?

—Podemos hablarlo —dije.

—Sí, como si fueras tan bueno para eso.

—Dame chance, Dante.

—Está bien.

—Está bien. Así que, ¿qué vas a hacer esta noche?

—Nuestros papás van a salir al boliche.

—¿De veras?

—¿Hablan mucho?

—¿Lo hacen?

—¿No sabes nada?

—Supongo que a veces soy un poco distante.

—Un poco.

—Me estoy esforzando, Dante.

—Dime que lo sientes. No me gusta la gente que no sabe cómo decir que lo siente.

—Está bien. Lo siento.

—Está bien. —Sabía que estaba sonriendo—. Quieren que los acompañemos.

—¿A jugar boliche?

Veinte

Dante estaba sentado en el porche delantero, esperando. Bajó brincando por los escalones y saltó en la camioneta.

—Suena muy aburrido jugar boliche.

—¿Alguna vez has ido?

—Claro que sí. No soy bueno.

—¿Tienes que ser bueno en todo?

—Sí.

—Supéralo. Quizá nos divirtamos.

—¿Desde cuándo quieres pasar el rato con tus papás?

—Están bien —dije—. Son buenos. Algo que dijiste.

—¿Qué?

—Dijiste que nunca te escaparías de casa porque estabas loco por tus papás. Me pareció que era de verdad extraño decir algo así. O sea, no era normal. O sea, pensaba que los padres eran extraterrestres, supongo.

—No lo son. Solo son personas.

—Sí. Sabes, creo que cambié de opinión sobre mis papás.

—Quieres decir que estás bastante loco por ellos.

—Sí. Supongo que sí. —Arranqué la camioneta—. También soy un jugador de boliche bastante malo. Solo para que lo sepas.

—Te apuesto a que somos mejores que nuestras mamás.

—Más vale que lo seamos.

Nos reímos. Y nos reímos. Y nos reímos.

Cuando llegamos al boliche, Dante me miró y me dijo:

—Le dije a mi mamá y a mi papá que nunca jamás quería besar a otro tipo por el resto de mi vida.

—¿Eso les dijiste?

—Sí.

—¿Qué dijeron?

—Papá entornó los ojos.

—¿Qué dijo tu mamá?

—No mucho. Dijo que conocía a un terapeuta muy bueno. «Te ayudará a aceptarlo», dijo. Y luego dijo: «A menos que prefieras hablar conmigo mejor».

Me miró. Nos partimos de risa.

—Tu mamá —dije—. Me agrada.

—Es dura como ella sola —dijo—. Pero suave también.

—Sí —dije—. Lo había notado.

—Nuestros papás son superraros —dijo.

—¿Porque nos aman? No es tan raro.

—Es el *cómo* nos aman lo que es raro.

—Hermoso —dije.

Dante me miró.

—Cambiaste.

—¿Cómo?

—No lo sé. Te estas comportando distinto.

—¿Raro?

—Sí, raro. Pero en el buen sentido.

—Bien —dije—. Siempre quise ser raro en el mejor sentido.

Creo que nuestros papás estaban de verdad sorprendidos al ver que nos presentamos. Nuestros papás tomaban cerveza. Nuestras mamás tomaban 7UP. Sus marcas eran pésimas. Sam nos sonrió.

—No pensaba que fueran a llegar en serio.

—Estábamos aburridos —dije.

—Me caías mejor cuando no eras tan pasado de listo.

—Lo siento —dije.

Fue divertido. Nos divertimos. Resultó que yo era el mejor jugador. Tuve más de 120. Y en mi tercer juego logré más de 135. Terrible, en realidad, si lo piensas. Pero el resto del equipo en serio apestaba. En especial mi mamá y la señora Quintana. Hablaban mucho. Y se reían mucho. Dante y yo nos seguíamos mirando y riendo.

Veintiuno

Cuando Dante y yo dejamos el boliche, manejé la camioneta hacia el desierto.

—¿Adónde vamos?

—A mi lugar favorito.

Dante se quedó callado.

—Es tarde.

—¿Estás cansado?

—Más o menos.

—Apenas son las diez. ¿Te despiertas temprano, entonces?

—Pasado de listo.

—A menos que solo quieras ir a casa.

—No.

—Está bien.

Dante no puso música. Revisó mi caja llena de casetes, pero no podía decidirse por nada. No me importó el silencio.

Simplemente manejamos al desierto. Yo y Dante. Sin decir nada.

Me estacioné en mi lugar de siempre.

—Me encanta aquí —dije. Podía escuchar el latir de mi propio corazón.

Dante no dijo nada.

Toqué los tenis que me mandó que colgaban de mi espejo retrovisor.

—Me encantan estas cosas —dije.

—¿Te encantan muchas cosas, verdad?

—Suenas enojado. Pensaba que ya no estaba enojado.

—Creo que sí *estoy* enojado.

—Lo siento. Te dije que lo siento.

—No puedo hacer esto, Ari —dijo.

—¿No puedes hacer qué?

—Todo este tema de amigos. No puedo.

—¿Por qué no?

—¿Te lo tengo que explicar?

No dije nada.

Se bajó de la camioneta y azotó la puerta. Lo seguí.

—Oye —dije. Le toqué el hombro.

Me empujó a un lado.

—No me gusta cuando me tocas.

Nos quedamos ahí parados un largo rato. Ninguno de los dos dijo nada. Me sentí pequeño e insignificante e inadecuado. Odiaba sentirme así. Iba a parar de sentirme así. *Iba parar de hacerlo*.

—¿Dante?

—¿Qué? —Podía escuchar la rabia en su voz.

—No te enojes.

—No sé qué hacer, Ari.

—¿Te acuerdas de esa vez que me besaste?

—Sí.

—¿Te acuerdas que te dije que no era lo mío?

—¿Por qué traes esto a colación? Me acuerdo. Me acuerdo.

Maldita sea, Ari, ¿pensabas que lo había olvidado?

—Nunca te había visto así de enojado.

—Dijiste que no era lo tuyo.

—Mentí.

Me miró.

—No juegues conmigo, Ari.

—No lo estoy haciendo.

Lo tomé de los hombros. Lo miré. Y él me miró.

—Dijiste que yo no le tenía miedo a nada. No es cierto. *Tú*. A eso le tengo miedo. Te tengo miedo a ti, Dante.

Di un respiro profundo.

—Inténtalo de nuevo —dije—. Bésame.

—No —dijo.

—Bésame.

—No. —Y luego sonrió—. *Tú* bésame a *mí*.

Puse mi mano en su nuca. Lo jalé hacia mí. Y lo besé. Lo besé. Y lo besé. Y lo besé. Y lo besé. Y él me seguía besando de vuelta.

Reímos y hablamos y miramos las estrellas.

—Quisiera que estuviera lloviendo —dijo.

—Yo no necesito la lluvia —dije—. Te necesito a ti.

Dibujó su nombre en mi espalda. Yo dibujé mi nombre en la suya.

Todo este tiempo.

Esto era lo que me pasaba. Todo este tiempo había estado tratando de dilucidar los secretos del universo, los secretos de mi propio cuerpo, de mi propio corazón. Todas las respuestas habían estado tan cerca y aún así había luchado siempre contra ellas sin siquiera saberlo. Desde el instante en que conocí a Dante, me había enamorado de él. Solo que no me permití saberlo, pensarlo, sentirlo. Mi padre tenía razón. Y era cierto lo que decía mi madre. Todos luchamos nuestras propias guerras privadas.

Mientras Dante y yo nos echamos de espaldas en la caja de mi camioneta y nos quedamos miramos las estrellas del verano, quedé libre. Imagínate. Aristóteles Mendoza, un hombre libre. Ya no tenía miedo. Pensé en la expresión en el rostro de mi madre cuando le dije que estaba avergonzado. Pensé en la expresión de amor y compasión que llevaba mientras me miraba: «¿Avergonzado? ¿De amar a Dante?».

Tomé la mano de Dante y no la solté.

¿Cómo podría haberme avergonzado jamás de amar a Dante Quintana?